
FLORAL
N.R. WALKER

FLORAL

N.R. WALKER

ÍNDICE

CRÉDITOS

Artista de Portada: N.R. Walker
Editor: Boho Edits
Editorial: BlueHeart Press
Traductor: Francisco David
Floral © 2024 N.R. Walker

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS:

Esta obra literaria no puede ser reproducida ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluida la reproducción electrónica o fotográfica, total o parcialmente, sin permiso expreso por escrito, excepto en el caso de breves citas plasmadas en artículos críticos y reseñas.
Esta es una obra de ficción, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o establecimientos comerciales, eventos o lugares es una coincidencia. El material artístico con licencia se utiliza únicamente con fines ilustrativos.

ADVERTENCIA:

Destinado únicamente a un público mayor de 18 años. Este libro contiene lenguaje gráfico y situaciones para adultos y está destinado a un público maduro.

MARCAS REGISTRADAS:

Todas las marcas registradas son propiedad de sus respectivos dueños.

SINOPSIS

Keats McCulloch abrió su floristería en Sídney hace dos años y está viviendo su sueño. Aunque dirigir su propio negocio deja poco espacio para su vida personal, está muy soltero, a veces solo, pero por lo demás feliz.

Linden Acres ha renunciado a los hombres por toda la eternidad. Armado con la tarjeta de crédito de su novio infiel y una lista de floriografías, decide comprarle el regalo de despedida perfecto. El ramo más grande y bonito de "flores asesinas" que su dinero pueda comprar.

Keats convence a Linden de evitar una posible pena de cárcel y optar por un ramo más tenue y algo pasivo-agresivo de rosas y hojas de albahaca negras. Después de todo, nada dice más *"estás muerto para mí y te odio"* con tanta elegancia.

Keats encuentra a Linden divertido y encantador, y Linden piensa que Keats es maravilloso… Es una lástima que haya renunciado a los hombres para siempre. Sin embargo, sus caminos se cruzan una y otra vez, como si el destino estuviera plantando semillas con la esperanza de que alguna florezca.

"Soy más del tipo de hombre que prefiere los claveles verdes".

CAPÍTULO UNO

KEATS MCCULLOCH

HOY IBA A SER un gran día.

Detuve la camioneta en el trabajo poco después de las siete de la mañana y salí. Era un lunes vigorizante y primaveral en Sídney. El cielo estaba azul, el aire limpio y fresco. Ni siquiera el bullicio de los mercados de flores o los rostros estoicos de los oficinistas que caminaban desanimadamente hacia el trabajo en la ciudad podían disuadir mi estado de ánimo.

Simplemente sabía que hoy iba a ser un gran día.

Tan pronto como abrí las puertas traseras de la camioneta para comenzar a descargar mi botín, se abrió la puerta trasera de mi tienda y aparecieron Lina y Robbie.

—Buenos días —dijo Lina alegremente.

Robbie puso una taza de café en mi mano.

—Buenos días —dijo tomando una caja de flores de la parte de atrás—. ¿Mercado ocupado?

—Siempre. —Tomé un sorbo de mi café y suspiré—. Gracias.

Sonrió mientras llevaba la caja al interior.

—Ningún problema.

Seguimos con nuestra rutina matutina habitual: desembalar la entrega, tomar nuestras hojas de pedidos diarias y ponernos a trabajar.

Mi floristería estaba ubicada justo en el medio del distrito comercial central de Sídney. Gran tránsito peatonal, visibilidad perfecta y algunas buenas cafeterías y restaurantes cerca.

Bloom era mi bebé. Trabajé duro para hacer de mi tienda el negocio exitoso que era. Había sido un comienzo difícil y estresante, pero dos años después, las cosas eran muy cómodas.

Robbie y Lina habían estado conmigo desde el principio y los adoraba a ambos. Lina tenía poco más de cuarenta años y su cabello oscuro estaba recogido en una cola de caballo permanente. Era una gran trabajadora con un comportamiento sereno y una sonrisa contagiosa. Nada la desconcertaba.

Robbie era un florista astuto con ojo para el estilo y predilección por lo dramático. Tenía la misma edad que yo e incluso iría tan lejos como para llamarlo un amigo cercano.

No tenía muchos amigos. Había estado tan ocupado…

Robbie, por otro lado, tenía millones. Tenía una gran vida social y un novio maravilloso.

Yo no tenía nada de eso.

Mi tienda había sido mi vida durante los últimos años. Y estaba bien con eso. Estaba orgulloso de mi pequeña floristería y estaba orgulloso de mí mismo por haber hecho realidad mi sueño. Tenía treinta años y no muchas personas de mi edad podían decir que habían logrado las metas de sus sueños.

Aparte de la soledad que a veces me atormentaba, era muy feliz.

Y hoy iba a ser un buen día. Podía sentirlo. Incluso una buena semana.

Alrededor de las dos de la tarde, cuando la mayoría de los pedidos estaban listos para ser entregados, estaba encargándome del papeleo en el escritorio cuando entró un hombre. Suponía que tendría unos veintitantos años. Era un poco bajo, tal vez un metro setenta y cinco, con cabello castaño chocolate, ojos aún más oscuros y piel bronceada. Tenía un poco de barba. Llevaba pantalones azul grisáceo de alta gama con una camisa blanca que parecía cara.

Y venía con una misión.

—Hola—dije desde detrás del mostrador.

Él sonrió, mostrándome unos dientes perfectos y sí, guau. Era realmente hermoso.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

—Sí. Necesito algunas flores —dijo refiriéndose a una lista en su teléfono—. Eh, acónito, matalobos y dedalera. —Sus grandes ojos brillantes y su agradable sonrisa me tomaron por sorpresa por un momento—. Por favor.

¿Qué coño?

—Eh, bueno, no. Esas plantas son… no puedo vendértelas… porque esas son… son flores *venenosas*.

Hizo una mueca.

—Sabía que dirías eso. —Volvió a su lista—. ¿Hay alguna posibilidad de un árbol urticante? Algunas personas lo llaman gimpi-gimpi o… —Hizo una mueca—. Aguijón del suicidio, que probablemente no sea el mejor…

—¿Qué te hizo esta persona?

—¿Perdón?

—Tienes una lista bastante específica —dije señalando el teléfono que tenía en la mano, un poco horrorizado, un poco curioso—. ¿Mató a tu perro o a tu abuela? Porque un árbol urticante hace que la gente suplique la muerte. Durante años. Y no existe antídoto ni alivio. Envuelve en una miseria constante que generalmente lleva a la gente a optar por quitarse la vida. De ahí el nombre de *aguijón del suicidio*.

Suspiró.

—No quiero que lo toque. Sólo quiero que reciba el mensaje.

—Bien. Quiero decir, claro, pero sigue siendo un no.

—Y no quiero que ingiera el acónito ni el matalobos. Pero él está

muy versado en estas cosas y sabría qué sentimientos estoy representando.

Asentí lentamente.

—Creo que está bastante claro, sí.

—Para responder a tu pregunta, él es mi mentiroso, infiel, pedazo de mierda y futuro exnovio. Y me pidió que buscara algunas flores para su trabajo, por lo que es un gasto laboral para su negocio, lo que significa que técnicamente estaría pagando por su propio insulto.

—Suena justo.

Asintió.

—Así que busqué en Google las flores que pensé serían las más apropiadas.

—¿Las que pueden herir, mutilar y matar?

Volvió a mirar la lista.

—Bueno, originalmente pensé en un cactus, pero según la floriografía, un cactus representa resistencia. —Hizo una mueca y negó con la cabeza con tristeza—. Créeme, él tiene todo lo contrario. ¿Existe alguna flor que sea lo opuesto a la resistencia?

Me encontré sonriéndole.

—Hablando floriográficamente, no creo que la haya.

Suspiró, desinflado.

—Eso es lamentable.

—Así que déjame ver si lo entiendo. Es tu futuro ex, es un pedazo de mierda mentiroso y tramposo, y le falta resistencia. —Asentí lentamente.

—Voy a asumir que no te refieres a jugar un deporte en el que hace trampa y su resistencia es cuánto tiempo puede jugar dicho deporte, ¿correcto?

—Correcto. Si hubiera preguntado si hay una flor que diga: “Deberías haber mantenido los pantalones abrochados”, entonces todos estaríamos en la misma página.

Me reí.

—Bien. Vale, sí. La dedalera tiene sentido ahora.

Él se iluminó.

—Entonces, puedo…

—No.

Ahora hizo un puchero.

—Él no sabe que descubrí que es un mentiroso y tramposo… la falta de resistencia sí. Pero creo que con un arreglo ingeniosamente elegido, él unirá las piezas.

—Entonces, si las flores asesinas están fuera de discusión, ¿en qué más estás pensando?

Regresó a su teléfono y se desplazó rápidamente.

—Ah, está bien. Entonces, según la floriografía de la época

victoriana, las dalias negras simbolizan la traición.

Todavía le estaba sonriendo.

—Una elección audaz. —Miré alrededor de la sala de exposición—. Lamentablemente no tengo ninguna en stock. Sería una orden específica.

—Las bocas de dragón significan mentiras y engaños. Eso podría funcionar.

—Las tengo. —Pensé en ofrecer algunas sugerencias—. Los lirios anaranjados simbolizan el odio y el significado negativo del tulipán rojo simboliza la agresión, la ira, el peligro y el enfado. Entonces esas son opciones.

Suspiró, contemplando esto.

—Creo que ya superé la ira y estoy más en la etapa de "eres un saco de mierda mentiroso". —Él se encogió de hombros—. ¿No hay flores que huelen a cadáver podrido o algo así? Creo que lo leí en alguna parte.

Me reí de nuevo.

—Creo que sí, sí. Pero repito, no puedes comprarlas. Al menos no aquí. ¿Probablemente necesitarías buscar un proveedor online y tal vez un permiso?

Suspiró dramáticamente.

—Está bien, entonces nada de flores asesinas, ni flores de cadáveres podridos. Esto no es muy divertido.

Todavía le estaba sonriendo.

—Estoy seguro de que podemos encontrar un término medio. ¿Estamos hablando de un ramo o de un centro de mesa?

—Es para el mostrador de recepción de su salón, Vintage Emporium. Dijo que ya habíais hecho arreglos para él.

Ah. Conocía ese lugar. Muy lujoso y el dueño era un imbécil. Supuse que estábamos hablando del mismo hombre.

—Correcto, sí. Estoy familiarizado con eso. De memoria, creo que había un arreglo grande para la recepción y otro más pequeño para el área de espera.

Sacó una tarjeta de crédito de su bolsillo.

—Probablemente. No importa. Cárgale doble.

Me reí.

—Bueno, no haré eso. Pero ¿qué tal si trabajamos en algunos detalles más sobre las flores?

—Seguro. Siempre y cuando sea un mensaje claro.

No pude evitar que me agradara este tío.

—Por si sirve de algo, lamento que te haya lastimado.

Su rostro se suavizó por un segundo, y en ese momento, la dureza de sus ojos se derritió y tal vez vi un atisbo de su verdadero yo.

—Yo también —murmuró. Luego su mirada volvió a endurecerse

—. Y me gustaría que él lo lamentara *mucho más*, pero no me dejas comprar las flores asesinas.

Me reí.

—Está bien, pero estoy pensando que algo como esto podría funcionar. —Empecé a unir algunas flores—. ¿Qué tal unas hortensias, que se supone que significan *sin corazón*? —dije—. Rodeadas de hojas de albahaca negra, que según la antigua época victoriana significan *te odio*.

Ahora sonrió.

—Creo que ahora estamos en algo bueno.

—Luego, para la pieza más grande, podemos invertir los colores —sugerí—. Claveles verdes en el exterior con rosas negras en el centro.

Volvió a escanear la lista en su teléfono, luego levantó la vista y me sonrió con la mano en el corazón.

—Los claveles verdes significan *homosexualidad* y las rosas negras significan *estás muerto para mí*. Así que rosas negras rodeadas de claveles verdes significarían *estás muerto para mí, viejo homosexual*, y creo que eso es hermoso. —Suspiró—. Poesía con flores.

Me reí.

—¿Estás seguro de que entenderá el mensaje?

—Lo hará. Quizás no de inmediato, pero lo buscará en Google.

—¿Y él está pagando por esto?

Él sonrió entonces.

—Esa es la mejor parte.

—¿Lo entregamos nosotros? ¿O querías entregarlo tú mismo?

Tarareó mientras consideraba esto.

—Creo que me gustaría entregarlo yo mismo.

—Será pesado. Puedo pedirle a uno de los muchachos que te ayude a cargarlo si quieres. —El Vintage Emporium estaba en la misma manzana—. O tal vez incluso podría ayudarte a entregarlos, sólo para ver su cara.

Se le iluminó la cara ante eso.

—Sería justo que lo hicieras.

—Tardaré un poco de tiempo en terminar de prepararlo —dije—. ¿Quieres volver después?

—Podría entrar a la cafetería de al lado y tomar un café. —Agitó la tarjeta de crédito de su ex—. ¿Quieres uno?

Me reí de nuevo.

—No, no puedo. Pero gracias.

—Está bien, volveré —dijo desapareciendo por la puerta.

—Lina —la llamé y ella salió directamente. Le expliqué los dos ramos que queríamos y el presupuesto y nos pusimos manos a la obra. No siempre podíamos atender pedidos urgentes, pero éste era inusual. Y divertido. Y él era lindo, entonces…

Cuando antes pensé que hoy iba a ser un gran día, no tenía esto en mente. No todos los días recibimos órdenes para arreglos de venganza.

—Eh, estas son algunas decisiones audaces —reflexionó Lina.

—Y es exactamente lo que crees que significa —dije riendo—. Su novio lo engañó.

Ella se rio mientras preparaba las hojas de albahaca negra.

—Bueno, eso explicaría esto.

Ya había hecho la mayor parte del arreglo cuando él regresó, con un gran café helado en la mano. Deslizó sus caras gafas de sol hasta la parte superior de su cabeza.

—Oh, estos se ven perfectos —dijo.

Dejé el mío en las muy capaces manos de Lina.

Asentí al cliente, cuyo nombre aún no conocía.

—Ven al escritorio y arreglaremos el papeleo. —Tomé el iPad y abrí el formulario de pedido—. Nombre del cliente. ¿Escribo su nombre o el tuyo?

—Suyo, probablemente —dijo rotundamente—. Paga él, y seamos realistas, todos los insultos probablemente deberían ser deducibles de impuestos.

Resoplé.

—Cierto.

—Le daré eso.

—Generoso.

—Mejor de lo que probablemente me dio —murmuró.

Mi mirada se posó en la suya.

—Ah, eh. Sí. Lo lamento.

Le quitó importancia.

—He estado en la clínica. Estoy bien, pero aun así… si no lo estuviera, estaríamos encontrando una manera de conseguirme las flores asesinas.

Me reí de nuevo. Dios, no me había reído tanto en mucho tiempo.

Saqué los datos del cliente de Vintage Emporium y los escribí, preguntándome cómo podría preguntarle a este cliente su nombre sin invadir su privacidad.

—Keats —dijo.

Mi cabeza se disparó ante mi nombre. Estaba leyendo los certificados enmarcados en la pared y luego la etiqueta con mi nombre en el delantal.

—Entonces, Keats McCulloch. ¿Es ese tu verdadero nombre?

—Ah… ¿Sí?

—No pareces seguro.

—Bueno, estoy seguro de que lo es. Simplemente no estoy seguro de por qué pensarías que no es real.

—Es inusual.

—Tengo que agradecerle a mi padre —ofrecí voluntariamente.

—¿Un fan de las artes literarias?

—Sí.

—Es un nombre fabuloso. Justo al lado de Lord Byron y Percy Shelley, y yo aquí, sonando como una residencia de ancianos.

Intenté no reírme y fracasé.

—¿Residencia de ancianos? ¿Cómo Shady Pines?

—Linden Acres.

Me tragué la carcajada que casi se me escapó.

—Oh.

—Gracias por no reírte. Puedo ver la moderación que te costó. También aprecio la referencia a *Golden Girls*.

Me reí tanto que resoplé. Incluso Lina me miró por encima del hombro.

—Linden Acres. Es un nombre agradable.

—Agradable. —Asintió—. En mi industria, que se utilice "agradable" como descriptor es un beso de muerte.

—¿Y cuál es tu industria?

No se me podía culpar por preguntar cuándo fue él quien mencionó el tema.

—Soy un comprador personal.

—Ah. —No sé por qué eso me sorprendió. No tenía idea de que ese era un trabajo real—. ¿Qué hace exactamente un comprador personal?

—Trabajo para gente que tiene más dinero que tiempo, básicamente. Me dan listas de lo que necesitan para un próximo evento o vacaciones y me aseguro de que lo tengan.

Ciertamente explicaba por qué vino aquí con una lista de investigación.

—Suena fascinante. Apuesto a que has visto algunas cosas locas.

Sus ojos se abrieron como platos.

—Muchas cosas —dijo asintiendo—. Todo lo cual mis acuerdos de confidencialidad me prohíben decirte.

Me reí.

—Eso no me sorprende en absoluto. Pero explica por qué tienes un gusto tan impecable.

Me dio una pequeña y linda sonrisa con la nariz arrugada.

—Gracias.

—Entonces, ¿también le estás facturando a tu ex por tu tiempo de hoy? —pregunté.

Pareció confundido por un momento.

—No se lo cobro. ¿Por qué lo preguntas?

—Me preguntaba cuánto tiempo querías que tardara este pedido. ¿Te pagan por hora o por trabajo?

Su sonrisa se estaba extendiendo lentamente.

—Me gusta tu forma de pensar Keats McCulloch. Quizás debería enviarle una factura.

—Quizás deberías. —Me incliné más cerca y susurré—: Y envíale una factura por los honorarios que te cobró la clínica.

Me agarró del brazo e inhaló profundamente.

—Me encanta esto. Mi etapa de villano será la mejor hasta ahora.

Me eché a reír. Etapa de villano.

Este chico era gracioso. Y realmente lindo.

Lina llevó el primer ramo terminado al mostrador donde estábamos. Era el más grande de los dos y le había añadido vegetación y una cinta negra. Era realmente sorprendente, a pesar del mensaje que transmitía.

—Oh, esto es perfecto —dijo Linden con nostalgia—. Es casi una pena desperdiciarlas con él.

Pagó y le entregué mi tarjeta de presentación.

—Si alguna vez necesitas decirle a alguien más que está muerto para ti, llámame.

No se me pasó por alto que le estaba dando una tarjeta con mi número de teléfono móvil, y cuando sus ojos se posaron en los míos, tal vez a él tampoco se le pasó por alto.

—Sabes, tal vez podría —respondió.

Lina se aclaró la garganta.

—Robbie está ocupado. Tendrás que entregarlos tú mismo —me dijo, luego fue hacia la puerta y la mantuvo abierta. Su sonrisa descarada me dijo que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Entonces, armados con un ramo cada uno, nos dirigimos hacia el punto de entrega.

—¿Estás seguro de que quieres entregar esto conmigo? —preguntó—. No pensé que el jefe hiciera entregas.

—Completamente. Quiero ver su cara. Y no espero que mi personal haga nada que yo no haría.

Él sonrió ante eso.

—Me gustas Keats McCulloch.

Cuando llegamos al salón, respiró hondo y empujó la puerta con el trasero, dándome una sonrisa ganadora mientras lo hacía.

—Aquí vamos.

Lo seguí adentro. El salón en sí era muy lujoso y elegante, con detalles en mármol y negro. Linden deslizó el enorme ramo en el mostrador de recepción y el dueño, el futuro ex de Linden, salió e inspeccionó las flores. Su expresión era curiosa, un poco preocupada, tal vez incluso un poco desanimada.

—El verde y el negro son una… elección audaz —resopló. Luego el imbécil me miró de arriba abajo con tanto disgusto como miraba las flores, y luego volvió al ramo—. Quiero decir, son hermosas…

Supongo. Tendré que investigar qué significan estas flores antes de decidir si me encantan.

Riendo, le entregué a Linden el otro ramo y le di una palmada en el brazo.

—Te mereces algo mucho mejor —dije, y salí al cálido sol primaveral.

Sí. Hoy fue un gran día.

CAPÍTULO DOS

LINDEN ACRES

HABÍAN SIDO dos semanas ajetreadas desde la ruptura oficial con Jason. Ocupadas y productivas, lo cual era bueno. Ni siquiera estaba triste por eso. De hecho, me sentía un poco empoderado.

Oh, él había buscado en Google lo que significaban las flores.

Ahí mismo en su salón frente a todos.

La forma en que me miró desde su teléfono con una expresión de asombro y horror en su rostro era toda la gloria que necesitaba.

—Iba a ir con una flor que dijera *traición*, pero *te odio* y *estás muerto para mí* fue mucho mejor —le dije—. Dado que no hay ninguna flor que se traduzca en *deberías haber mantenido tu polla en tus pantalones*, elegí lo que hay en mi corazón.

La gente en el salón se quedó sin aliento.

Una señora había levantado su teléfono para grabarnos.

No me importó. Esperaba que lo hiciera.

—Ah, y puedes esperar una factura por mi tiempo hoy, y una de la clínica de salud sexual porque solo Dios sabe qué enfermedades me contagió tu pene infiel.

La clínica había sido totalmente gratuita, pero después de que Keats lo mencionara, pensé que tendría un gran impacto.

Alguien se había reído.

No Jason. *Ah, no, él parece que está a punto de ahogarse con algo.*

Me detuve en la primera silla al salir. Una dama con mechas recién echadas, vestida de pies a cabeza con Prada e YSL.

—Cariño, ese color te queda fabuloso. —Era verdad. Se veía increíble. Le entregué mi tarjeta—. Si alguna vez necesitas un comprador personal, llámame.

Y luego me fui.

Feliz y empoderado.

Esperé a que llegara el impacto, pero nunca ocurrió. Había esperado a que llegara la amargura que normalmente seguía, y tampoco llegó.

También esperé a que llegara la disculpa de Jason, sólo para poder decirle que se fuera a la mierda, y aún la seguía esperando. No es que me sorprendiera.

Entonces sí, había desperdiciado tres meses de mi vida con este imbécil infiel y estaba feliz de deshacerme de la basura de mi vida.

Podría concentrarme en mi trabajo y en mí mismo. Y mis amigos, por supuesto. Todos ellos me dijeron que nunca les agradó Jason desde el principio y que debería haberlos escuchado…

La retrospectiva siempre era muy clara.

Y tenía toda la intención de concentrarme en mí mismo en el futuro previsible. No más hombres, no más citas, no más actuar precipitadamente ni idiotas manipuladores. Ni siquiera estaba buscando enganches. No más encuentros casuales, no más Grindr.

—Oh, vamos —intentó Cory—. Será divertido y podrás olvidarte de cómo-se-llame.

Cory era mi mejor amigo y lo amaba con todo mi corazón. Debería haber escuchado cuando me advirtió sobre Jason, pero no lo hice. No era un error que cometería dos veces.

—Ya me he olvidado de él —respondí—. Y como dije, cuando esté listo para comenzar a buscar de nuevo, necesitaré tu sello de aprobación antes de que haya una segunda mirada.

—Prométemelo esta vez —dijo chocando su vaso con el mío.

—Te lo prometo. —Asentí hacia la pista de baile—. Ahora ve y mueve tu culito sexi para los chicos.

Se animó, bebió su cóctel y se dirigió sigilosamente a la pista de baile. Era una pequeña zorra y lo adoraba. Exagerado, femenino, ruidoso y extravagante, feroz y leal, y el alma más amable que había conocido.

Podía bromear con él sobre la perspectiva de conocer a alguien nuevo, aunque estaba convencido de que ese día sería dentro de años. Estaba tan harto de esta escena: sentado en un bar, observando a los hombres mientras bailaban, mientras se miraban unos a otros, se evaluaban entre ellos. Algunos buscaban un para siempre. Otros un polvo rápido.

No quería tener nada que ver con nada de eso.

Feliz de acompañar a Cory hasta que encontrara a alguien con quien irse. ¿Pero para mí?

No.

Sin embargo, la tarjeta de presentación de cierta persona seguía haciendo un agujero en mi billetera.

Sabía que estaba ahí. Podía sentirlo como una rebaba invisible. Incluso una astilla.

El hombre con el nombre perfecto y los ojos amables. El hombre que detuvo el tiempo con cada carcajada. El hombre que me tocó el brazo, me miró directamente a los ojos y me dijo que merecía algo mejor.

Keats McCulloch.

¿Qué clase de nombre ridículamente elegantón era ese?

Tenía su tarjeta, su número y sabía dónde trabajaba.

Lo que no sabía era si él de alguna manera estaba inclinado a follarme, no es que yo estuviera buscando eso, y lo que tampoco sabía era por qué no podía sacármelo de mi cabeza.

Sí, lo sabes. Simplemente no quieres admitirlo.

Me bebí el vodka y la lima, no por otra razón que para cerrar mi monólogo interior.

Contacto visual.

Él había mantenido contacto visual como un misil buscador de calor, fijo y cargado, como si no tuviera absolutamente nada que ocultar.

Ningún hombre en este bar podría mantener contacto visual durante dos segundos sin apartar la mirada, buscando a alguien más, buscando una excusa para salir corriendo.

Jason nunca pudo mantener el contacto visual, ni siquiera por un segundo, y ahora sabía por qué.

Siempre estaba ocultando algo y temía que yo viera la verdad.

Keats Nombre-Perfecto McCulloch nunca apartó la mirada ni una sola vez. De hecho, fui yo quien tuvo que apartar la mirada. Me sentí escrutado...

No, me sentí visto.

Al ver que Cory ahora estaba firmemente aferrado a un tipo árabe enorme, su tipo favorito, supe que estaba a cinco minutos de irse, así que me adelanté. Me abrí camino entre la multitud, solo teniendo que quitarme dos manos sudorosas de mi trasero en el camino, y me acerqué detrás de Cory.

Su compañero de baile pareció pensar que su suerte había cambiado para mejor cuando puse mis manos en las caderas de Cory.

—Me voy a casa —grité por encima de la música—. Sé bueno y llámame mañana.

Dejó caer su cabeza sobre mi hombro y se rio, apretando su polla contra la entrepierna del señor Enorme.

—¿Quieres unírtenos? —preguntó el chico—. Puedo atenderos a ambos.

Atendernos.

Hubo un tiempo en que eso me habría parecido gracioso y tal vez incluso habría considerado su oferta.

Pero ya no.

—No, gracias —dije. Entonces añadí—: atiéndelo a él dos veces.

Cory se rio.

—Te amo, Linden.

Le di una palmada en el trasero, haciéndolo gemir como la pequeña zorra que era, y lo dejé así. La noche aún era joven. Era una cálida noche de primavera. La gente feliz llenaba las calles y normalmente yo habría seguido adelante. Quizás hubiera encontrado un restaurante al aire libre en el paseo marítimo.

Pero todo lo que quería hacer esta noche era volver a casa.

Quería darme una ducha caliente y quitarme el olor a discoteca, tal

vez ver algo en televisión o simplemente irme directo a la cama.

No era propio de mí.

Bueno, no era como mi antiguo yo, pero al que habían engañado ya no estaba interesado en nada de esta mierda. Sólo quería ir a casa.

Fue un rápido viaje en Uber hasta Newtown, y veinte minutos más tarde, estaba en el sofá de mi pequeña casa de un dormitorio, duchado y vistiendo mis cómodos pantalones deportivos y una camiseta vieja, viendo una repetición de *House and Garden*, y comiendo sobras de tteokbokki.

Entonces se me ocurrió algo horrible.

Oh, Dios mío.

Cogí mi teléfono y le envié un mensaje a Cory.

> Sé que no recibirás esto hasta después de que te atienda el semental árabe y realmente espero que puedas caminar mañana, pero deberías ser el primero en saber que estoy a un paso de ser tu tía Cath.

> Sabes que la amo, pero soy un chico gay atractivo de veintiséis años, no una lesbiana de mediana edad.

> ESTOY VISTIENDO PANTALONES DEPORTIVOS VIENDO RENOVACIONES DE CASA EN LA TV MIENTRAS COMO COMIDA COREANA, AYÚDAME.

> Es una broma. Disfruta de su polla a fondo.

> Pero tenemos que hablar de esto mañana.

Todos mis mensajes quedaron sin leer, lo cual no era sorprendente, considerando que probablemente en este momento lo estaban ensartando con una polla de veinticinco centímetros.

Así que le envié un último mensaje.

> No bromeaba acerca de poder caminar mañana. Si necesitas algo como bolsas de hielo o anestesia local, llámame.

Luego terminé mi tteokbokki mientras veía a un hombre en la televisión destruyendo una terraza vieja, prepararla, reconstruirla y luego dejarla nueva, y por un breve segundo, consideré enviarle un mensaje de texto a la tía Cath de Cory para discutirlo. Antes de que pudiera odiarme aún más, apagué la televisión y me acosté.

Antes de la medianoche de un sábado por la noche.

Qué estrella de rock.



Me esperaba otra semana ocupada.

Tenía una cita con una cliente el lunes por la mañana y una cita con un nuevo cliente por la tarde, además de una solicitud de escenificación el martes. Afortunadamente, no lo hacía a menudo. Consumían mucho tiempo y eran estresantes, por eso pagaban bien. Las escenificaciones para anuncios inmobiliarios podían durar dos días enteros, por lo que estaba ocupado hasta una cita el viernes por la mañana.

Pero mi cliente del lunes por la mañana era habitual y la adoraba.

Armado con su café favorito, llegué a su casa poco después de las nueve. Abrió la puerta y vio lo que sostenía.

—Oh, eres un encanto —dijo dándome un beso en la mejilla.

—Y serás la anfitriona de la fiesta del año en siete días —dije—. Será mejor que te organicemos.

Y eso es lo que hice.

Organizaba a personas para todo tipo de ocasiones. A veces era ropa, joyas o perfumes. A veces era todo un guardarropa. A veces era decoración del hogar. A veces era urgente porque acababan de descubrir que se iban en vuelo nocturno a Nueva York. Y a veces simplemente porque un cliente tenía poco tiempo y necesitaba algo por la sencilla razón de que lo quería.

Por lo general, todos mis clientes eran muy ricos. Apreciaban mi ojo para los detalles y el hecho de que conocía cada tendencia, cada mercado, cada moda más actual. A algunos no les importaban los precios; algunos querían ventas exclusivas. Algunos querían que se organizara cada pequeño detalle; otros querían que yo corriera con mis propias ideas.

El hecho de que pudiera enviarle un mensaje a un cliente y decirle: *Entonces, estoy en Saint Laurent en este momento y esos vaqueros que no pudiste conseguir en Londres ahora los tienen en stock, en tu talla. ¿Sí o no?* Era un testimonio de su confianza en mí.

Tenía memoria para los detalles y una habilidad especial para ser tanto o tan poco como ellos necesitaran que fuera.

La clienta del lunes era organizada hasta el punto de tener una lista de lo necesario para su fiesta de aniversario, pero me dejó los detalles a mí. Ella era la anfitriona, así que además de los requisitos habituales de vestimenta, se estaba quedando sin su color de labios YSL favorito y también quería un pequeño obsequio para cada uno de los cuarenta invitados que asistieran.

Ah, y un reloj para su marido.

¿Podría hacer todo esto en cinco días? ¿Incluso con todo lo demás que estaba pasando?

Fácil.

El cliente del lunes por la tarde era nuevo. Él viajaría a Singapur y Tokio para trabajar y divertirse, y con la fecha límite acercándose y sin tiempo de sobra, uno de sus amigos era cliente mío y le había jurado que me necesitaba.

Realmente lo hacía.

Es decir, necesitarme.

En un minuto, le dije cómo iba a estar el clima en ambos destinos, lo que determinaría sus elecciones de estilo, y dado que tenía reuniones y fiestas tanto de trabajo como informales a las que asistir, revisé una lista de vestuario y elementos esenciales de viaje.

Equipaje nuevo, guardarropa nuevo, regalos para compañeros de trabajo y una nueva rutina de cuidado de la piel… porque también necesitaba eso.

Todo en un día de trabajo.

La cita del martes fue con Megan Morano Properties. A menudo le preparaba montajes para sesiones de fotos o anuncios abiertos. Nada importante y ciertamente ningún trabajo de mobiliario completo, pero los toques personales y el marketing personalizado eran más mi fuerte.

Este trabajo en particular era para una suite residencial exclusiva con un objetivo demográfico muy particular. Por supuesto, lo necesitaban para verlo personalmente el viernes.

Megan me entregó la lista de clientes de quienes vendrían a ver la propiedad.

—¿Puedes manejarlo?

Sabía exactamente lo que tenía que hacer, y esa pequeña tarjeta de presentación que había estado haciendo un agujero en mi billetera durante semanas ardía un poco más.

—Por supuesto que puedo —dije, confiado y tranquilizador.

Y con la barriga llena de mariposas, me encontré caminando hacia Bloom, esperando como loco que cierto florista con su nombre perfecto estuviera trabajando.

Que fuera soltero y que se encontrara en algún lugar del extremo queer de la escala Kinsey.

—¡Buenas tardes! —La señora detrás del mostrador sonrió alegremente cuando abrí la puerta. Era la misma mujer que había ayudado a Keats el otro día y *no* la persona que quería ver. Su etiqueta con su nombre decía que era Lina.

Intenté no mostrar mi decepción.

—Hola —dije caminando hacia el mostrador—. Estuve hace unas semanas con un pedido bastante específico. El chico que me ayudó fue genial. Tenía la esperanza de que pudiera estar hoy.

Ella me miró fijamente durante medio segundo y pude ver en sus ojos cuando cayó el céntimo.

—¡Ah, las flores de la ruptura!

Me reí.

—Esa es una forma de decirlo. Pero sí, ese soy yo.

Sonrió.

—Entonces, ¿funcionaron las flores?

Asentí.

—El mensaje fue recibido y comprendido, sí.

—Bien, bien —dijo asintiendo—. Entonces, ah, el hombre que te ayudó…

—Keats.

Ella pareció sorprendida de que recordara su nombre.

—Sí, Keats.

—No es un nombre que uno olvide —agregué.

—No —murmuró ella, pero ahí también hubo un comienzo de sonrisa—. Está en la trastienda. Lo avisaré.

Ah. Estaba aquí.

De repente mi estómago se llenó de mariposas, lo cual era ridículo. Mi corazón también estaba un poco nervioso.

¿Qué demonios?

Entonces la puerta exclusiva para el personal se abrió hacia dentro y apareció él. Alto y tan guapo como lo recordaba. Sus ojos azules brillaban, su sonrisa era amplia y mi corazón se estremeció un poco más.

Cristo, contrólate.

—Hola —dijo secándose las manos en el delantal—. Estás de vuelta. Lina dijo que tenías una petición específica. ¿Necesitas otro ramo de flores asesinas?

Me reí.

—Ah, no. Una petición bastante concreta, sí. Esta vez sin flores asesinas.

Me sonrió.

—Bien. Me alegra oír eso.

Me quedé allí sonriéndole y él me devolvió la sonrisa, y ahora mi corazón se sentía un poco oprimido. Tuve que obligarme a mirar hacia otro lado. Asentí hacia la puerta por la que había entrado.

—Si estabas ocupado… No quise interrumpir.

—No estás interrumpiendo —dijo Lina rápidamente. Medio empujó a Keats hacia mí—. Iré a terminar el pedido en el que estabas trabajando.

Él intentó discutir pero ella ya se había ido.

—¿Está tratando de deshacerse de ti? —bromeé. Definitivamente fue descarado, pero el sonrojo en sus mejillas me dijo que era algo más. Algo más que hizo que las mariposas en mi vientre se abalanzaran.

—Ehhh —dijo tragando saliva y secándose las manos en el delantal nuevamente—. No, ella sólo… solo… ¿Estaba diciéndome que tienes una solicitud específica hoy?

Bien. Directo al trabajo.

Pero el coqueteo era tan divertido que no podía evitarlo. Toqué una bonita flor que estaba en el mostrador de al lado.

—Sí. Estoy haciendo una escenificación para una suite inmobiliaria con una lista de clientes muy personalizada y pensé en ti.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Ah?

—Sí, fuiste de gran ayuda con mi última solicitud.

—Ah.

Definitivamente fue un destello de decepción. Lo vi antes de que lo ocultara.

La emoción me hizo sonreír.

—Y ha sido una buena excusa para verte de nuevo.

Esta vez sus ojos se abrieron como platos.

—Ah, eh…

Había olvidado lo divertido que podía ser el juego del coqueteo. Me mordí el labio inferior, como el pequeño descarado que aparentemente era.

—Sí, realmente me ayudaste la última vez y me diste tu tarjeta. Iba a llamarte y darte las gracias, pero luego surgió el tema del trabajo y fue una buena excusa para verte.

Él luchó contra una sonrisa mientras asentía, estudiando la flor que yo todavía estaba tocando.

—Bien. Y tú… ex. ¿Entendió el significado de las flores?

—Oh, sí. También recibió una factura por mi tiempo y por la clínica. Por cierto, gracias por sugerirlo.

Se rio, luego sus ojos se encontraron con los míos nuevamente mientras asentía.

—Así que tu etapa de villano va bien.

Resoplé.

—Bueno, duró poco. Ahora estoy en mi etapa de lesbiana de mediana edad viendo renovación de viviendas.

Se rio sorprendido.

—Oh, eso es… Todo un salto.

—Bueno, mi mejor amigo parece pensar que se me pasará —dije con un suspiro—. Que mi deseo de quedarme y evitar a los hombres a toda costa es sólo una fase pasajera, pero, sinceramente, no estoy seguro. Por lo que a mí respecta, mis días de discotecas y resacas pueden quedar atrás. Él, en cambio, todavía está en su etapa de puta. —Le parpadeé—. Él, mi mejor amigo, no yo. Dios mío, las cosas que me dice ese chico me hacen sonrojar y no soy ningún mojigato.

Keats se rio entre dientes.

—Bien. Bueno, mientras él sea feliz.

—Oh, lo es, créeme. Especialmente si se trata de un activo de proporciones de centauro, si sabes a lo que me refiero. —Suspiré—. Bueno, esta conversación tomó una dirección que estaba tratando de evitar. ¿Tienes alguna flor que pueda borrar los últimos minutos de la memoria de alguien? ¿Qué tal vez pudieras inhalar profundamente? Entonces podremos actuar como si toda esta conversación no hubiera sucedido.

Se rio de nuevo y ahora estaba más cerca… *¿Estaba tan cerca antes?*

—Vaya, estás mucho más cerca de lo que pensaba y tus ojos son más azules de lo que recuerdo. ¿Usaste la flor que borra la memoria conmigo?

Dios, cállate, Linden. Simplemente deja de hablar.

Apretó los labios para dejar de sonreír, sus mejillas estaban bastante rosadas.

—Eh, no. Creo que no existe tal flor.

—Eso probablemente sea algo bueno —murmuré—. No es que quisieras vendérmela, como tampoco me quisiste vender las flores asesinas.

—Probablemente sea mejor —dijo—. No creo que estés hecho para la cárcel.

Resoplé.

—Estoy bastante seguro de que me amarían en la cárcel.

Se rio de nuevo, con un sonido tan profundo y cálido.

—No hay nada malo en quedarse en casa, ¿sabes? —reflexionó—. La discoteca está sobrevalorada y las resacas son lo peor.

—¿Entonces tú también te quedas? —pregunté.

—Sí.

—¿Ves programas de renovación de viviendas?

—He visto algunos.

—Tienen un segmento de cocina y de jardinería —agregué—. Si soy sincero, es un gran entretenimiento para gais de mediana edad.

Se llevó la mano al pecho.

—Bueno, sólo tengo treinta años. No estoy seguro de que eso constituya una persona de mediana edad.

Mmm. Cuatro años mayor que yo.

Pero no desacreditó la parte gay de ese comentario, así que…

—Creo que la mediana edad es más un estado de ánimo —continué —. Sólo tengo veintiséis años, pero he vivido mi etapa de desvergonzado, mi etapa de villano, así que en realidad sólo nos queda la etapa de la mediana edad.

Se rio entre dientes.

—¿Es esa la esperanza de vida del hombre gay moderno en estos

días?

Suspiré.

—Aparentemente. Mi etapa de villano fue demasiado corta. Debería reconsiderar seguir adelante tan rápido.

—Tal vez avanzaste tan rápido porque no estabas tan interesado en él como podrías haber pensado.

Lo miré a los ojos, sin saber qué hacer con eso.

Me sonrió.

—Pero creo que todas las etapas de villanos deberían ser de corta duración o uno podría virar hacia una etapa de gay amargado o una etapa en espiral, y eso no puede ser divertido. Quizás deberías cambiar de rumbo; ver dónde la hierba es algo más verde.

Estaba… ¿Estaba coqueteando conmigo?

—La hierba es más verde donde se riega —murmuré.

—Cierto. Donde es regada por todos en la relación. Si sólo una persona riega el césped, nunca estará lo suficientemente verde.

Le sonreí.

—Parece que sabes un par de cosas sobre eso.

—Mmm. Tal vez. Probablemente fue uno de esos programas de renovación de viviendas con consejos de jardinería que vi en mi repentina etapa de soltero.

Me reí.

—Bien. ¿Y cómo te está yendo con esa etapa ahora?

—Bueno, ha sido divertida, pero ha sido larga, así que sería bueno salir de ella algún día.

Maldito fuera.

Estaba coqueteando, ¿verdad? ¿Eso es lo que era esto?

Dejé escapar un suspiro, completamente inseguro de cómo preguntar directamente. Miré alrededor de su sala de exposición, llena de flores, buscando alguna manera de abordar esto…

—Entonces, si estuvieras pensando en dejar atrás la etapa de la soltería y tal vez entrar nuevamente en la etapa de las citas, ¿qué tipo de flores elegirías? Una gardenia blanca para la atracción femenina, o claveles rosados para el amor de una mujer, o…

—Soy más del tipo de hombre que prefiere los claveles verdes —dijo.

Los claveles verdes eran para la homosexualidad.

Bien. Bueno, eso respondió eso.

—Eso es… Es bueno saberlo —dije tratando de actuar con calma y fallando terriblemente—. Da la casualidad de que a mí también me gustan los claveles verdes. Lo cual es terriblemente conveniente, ¿no crees?

Él estaba tratando de no sonreír demasiado.

—Creo que podría ser.

—Entonces, ¿hay alguna flor que signifique *definitivamente deberíamos quedar para tomar un café*?

Sus ojos se encontraron con los míos, sus mejillas estaban preciosamente sonrojadas.

—No estoy seguro de que la haya.

—¿Qué tal una flor que diga *cenar alguna vez*?

Se mordió el labio inferior, todavía luchando por no sonreír.

—Creo que las pamplinas significan *deberíamos volver a vernos*, pero sin especificar el café o la cena.

Miré alrededor de su tienda.

—¿Tienes pamplinas?

—No —dijo—. Pero sí tengo un número de teléfono. El cual creo que ya tienes.

—Sí. Y hay otra coincidencia, porque yo también. Tengo un número de teléfono. Debería dártelo. —Me encogí de hombros—. En lugar de pamplinas, claro está.

—Oh, por supuesto. En lugar de pamplinas. Un intercambio justo.

Y luego nos quedamos allí sonriéndonos de nuevo hasta que Lina entró por la puerta, sosteniendo con un arreglo de flores bastante grande. Pareció impulsar a Keats a ponerse en modo trabajo.

—Bien. Las flores que querías. Probablemente deberíamos ocuparnos de eso.

—Probablemente deberíamos —dije ignorando la forma en que Lina intentaba no mirarnos—. Entonces, ¿cuáles son las posibilidades de conseguir uno de estos para el viernes? —Le mostré una foto en mi teléfono—. En una maceta adornada, y tiene que estar dando frutos.

—Oh, vaya. Realmente tienes solicitudes oscuras.

Me reí entre dientes, disfrutando el momento en que él estaba lo suficientemente cerca como para mirar la pantalla de mi teléfono. Olía tan bien…

—Eso es un kumquat —dijo—. Tendría que hacer algunas llamadas telefónicas, pero no es imposible.

—Impresionante. Y también necesitaré dos arreglos: uno de orquídeas rojas, definitivamente nada de blancas, y el otro arreglo de flores de manzano y magnolias. Estaba pensando en un centro de mesa.

—Está bien —dijo lentamente—. Voy a asumir que hay un significado cultural.

—Asumirías correctamente. —Suspiré—. Mi cliente está mostrando una suite residencial exclusiva a algunos socios comerciales chinos. Para cualquier otra persona, estas flores y la planta de kumquat serán bonitas. Pero estas personas entenderán el significado. Significan prosperidad, éxito y riqueza, y son como una muestra de buena voluntad.

—Te gustan las flores con significado, ¿eh?

Pensé en eso por un segundo.

—Parece que sí. Aunque, para ser sincero, no lo hice hasta que mi horrible ex se metió en todo el asunto de la floriografía, como si fuera un gurú bien informado. —Puse los ojos en blanco—. Probablemente le guste leer hojas de té esta semana, así que lo que sea. Y la importancia cultural y saber qué artículos le hablan a qué persona es más un arte de regalar y conocer a tu cliente y lo que necesita, que es mi área de especialización. Es lo que hago.

—Estoy impresionado —dijo en voz baja.

Hizo que mi corazón latiera contra mis costillas.

—Entonces, ¿puedes hacérmelo? —pregunté. Cuando sus ojos muy abiertos se encontraron con los míos, me di cuenta de cómo sonaba eso—. El pedido de las flores y el árbol de kumquat, quiero decir.

—Debería estar bien —dijo divertido—. Haré algunas llamadas sobre el árbol y te lo haré saber. Aunque necesitaré tu número para eso.

—Tranquilo —dije sacando su tarjeta de presentación de mi billetera para obtener su número y le envié un mensaje de texto.

Hola.

Sacó su teléfono del bolsillo de su delantal, leyó el mensaje y me miró a los ojos.

—Hola.

Me sonrojé.

Me sonrojé muchísimo.

—Debería cambiar tu nombre en mis contactos —dijo pasando el pulgar por la pantalla—. Para no invitar accidentalmente a cenar a uno de mis proveedores.

Las mariposas en mi vientre se lanzaron en picado y dieron volteretas.

—Sí, eso sería una pena.

Habló lentamente mientras escribía.

—Lin. Den. A-cres.

—¿Te acuerdas?

Sonrió, todavía mirando su pantalla.

—Es difícil olvidar el nombre de una residencia de ancianos.

Resistí el impulso de empujarlo.

—Ah, está bien, señor nombre-perfecto Keats McCulloch.

Sonrió espectacularmente.

—¿Sabías que, floriográficamente hablando, Linden significa *amor en el matrimonio*?

Ay, dios mío.

—Bueno no. No sabía eso. Pero tal vez deberíamos empezar

primero con un café o una cena.

Rio.

—Es un buen plan.

—Entonces —vacilé—. ¿Eso algo que ya sabías? ¿O lo buscaste después de que me fuera la primera vez?

—Podría haberlo buscado.

¿Entonces había pensado en mí? Probablemente no tanto como yo había pensado en él, pero aun así.

Llegaron más clientes y Lina ya estaba ocupada. Otro chico salió por la puerta del personal para atenderlos, pero no era justo de mi parte quitarle tanto tiempo.

—Estás en el trabajo, debería dejarte —le ofrecí.

—Está bien —dijo—. Haré algunas llamadas sobre el árbol y veré qué puedo arreglar antes de crear el archivo de trabajo. Tengo tu número, así que…

—Así que deberías usarlo.

Sus ojos se encontraron con los míos y sonrió.

—Lo haré.

—Está bien —dije dando un paso hacia la puerta—. Tengo mil cosas que debo hacer.

—Espera —dijo acercándose a un ramo de flores en la pared del fondo. Arrancó una sola flor—. Para ti.

Oh. Mi corazón volvió a latir con fuerza y temblores.

La flor era roja y naranja, parecía una amapola, pero diferente.

—Oh. ¿Es esto una especie de amapola? ¿Eso es para recordar? ¿O estás sugiriendo que te provoco sueño como Dorothy en *El Mago de Oz*? ¿Soy tan aburrido?

Rio.

—No, es una rosa de Austria.

—Ah.

Se aclaró la garganta y metió las manos en los bolsillos de su delantal.

—Eh, ¿tal vez deberías buscar el significado cuando te vayas? —Sus ojos se dirigieron a Lina, que estaba con algunos clientes fingiendo que no nos escuchaba.

—Está bien —dije sintiéndome mareado y ridículamente emocionado. Tomé la flor y con una sonrisa, sin querer irme pero necesitándolo, di un paso atrás—. Llámame. O te enviaré un mensaje de texto sobre… las pamplinas.

Rio.

—Asegúrate de hacerlo.

Con el corazón acelerado, logré salir de su tienda, saqué mi teléfono y busqué en Google el significado de la rosa de Austria.

Tú eres todo lo encantador.

Dejé de caminar porque me flaquearon las rodillas y tuve que tomarme un segundo para respirar.

Volví a mirar su tienda, preguntándome si me estaba mirando. Esperando que me estuviera mirando. Me reí, tan irracionalmente emocionado, antes de continuar mi camino. Con el teléfono todavía en la mano, llamé a Cory.

Contestó al segundo timbre, pero no le di oportunidad de hablar.

—Oh. Dios. Mío. Cory, nunca adivinarás lo que acaba de pasar.

CAPÍTULO TRES

KEATS

SUPERAMOS la avalancha de clientes y no fue hasta media tarde que tuvimos un momento para tomar un descanso. Hice algunas llamadas telefónicas sobre el árbol de kumquat y le envié un mensaje de texto a Linden.

> Buenas noticias sobre el árbol. El precio es un poco excesivo. Llámame para hablarlo cuando tengas un momento.

Lo dejé así, ignorando la emoción que me dio.

—Te dije que volvería —dijo Lina con una sonrisa de complicidad.

—Sí, bueno —intenté—. Ya veremos.

Ella había dicho que volvería después de la primera vez que entró. Dijo que no me había oído reír así en mucho tiempo y que era agradable. También había jurado que él era muy lindo y que me miraba de cierta manera.

Yo había argumentado que él estaba en medio de una ruptura y que no deberíamos interpretar nada que simplemente no estuviera ahí. Ignorando el hecho de que le había dado mi tarjeta y que no me había llamado.

Pero entonces regresó y definitivamente hubo coqueteo. También el intercambio definitivo de números y la sugerencia de una cita para tomar un café o cenar. Había tanteado el tema de interés, preguntando si mi flor preferida sería para una mujer.

Le dije que yo era más del tipo de hombre que prefiere los claveles verdes.

Nunca había dicho algo tan ridículo en mi vida.

¿Pero la forma en que sonrió después que dije eso?

Valió la pena.

Entonces le envié un mensaje de texto sobre el árbol. Técnicamente un texto de trabajo pero aun así, ahora era un canal abierto de comunicación. La pelota estaba en su tejado.

—Si me responde un mensaje de texto o si me llama —agregué tratando de compartimentar y analizar demasiado cada detalle.

—Si envía un mensaje, significa que está ocupado. La mayoría de la gente prefiere enviar mensajes de texto. Lo sabes.

—Sí, pero si estuviera realmente interesado…

Mi teléfono sonó en el mostrador y el nombre de Linden apareció en la pantalla.

Lina se rio.

—Si estuviera interesado, ¿llamaría?

Le fruncí el ceño, cogí el teléfono y contesté.

—Linden —dije.

—El único —respondió—. Literalmente. Seguramente no hay nadie más con el nombre de una residencia de ancianos.

Me reí antes de tratar de no sonreír, ofreciéndole a Lina, demasiado feliz, una mirada de “detente” mientras atendía la llamada en la trastienda.

—Sobre el árbol de kumquat —dijo—. ¿Encontraste uno?

—Lo encontré. Aunque el precio es elevado.

—Este cliente pagará —dijo simplemente—. Sin preguntas. Luego lo utilizará como regalo de agradecimiento para los compradores cuando cierren los contratos.

—Ah, vale. Y los dos ramos —continué.

—También están bien. Sólo envíame la factura. También necesitaré la entrega. Puedo enviarte la dirección. Está en Millers Point, así que no muy lejos.

¿Millers Point? Una dirección muy cara.

—Bonito.

—Mucho.

—Entonces, café —dije, luego hice una mueca porque, Dios, ¿qué diablos estaba haciendo?

Tarareó.

—Me gusta el café.

Sonaba como si estuviera sonriendo.

—Esperaba que así fuera, porque si te pidiera reunirte conmigo para tomar uno en algún momento, sería incómodo si no te gustara.

Se rio entre dientes.

—Y no podríamos permitir que ahora fuera incómodo, ¿verdad?

—No sé. Creo que lo estoy logrando.

Ahora se rio.

—Esto no es incómodo. Busqué en Google el significado de la rosa de Austria bicolor, así que no puede haber ninguna incomodidad. En una escala del uno al diez, ya estás en el once, así que…

—¿Once? Excelente. Así que entonces no hay presión para mantener ese nivel de no-incomodidad.

—Sin presión alguna.

Me quedé allí sonriendo como un idiota durante unos largos segundos.

Habla, Keats. Di algo…

—Entonces, café —logré—. ¿Te parece bien el sábado o el domingo? —Entonces sentí la necesidad de explicarle—. Trabajo en la tienda durante la semana, eso es todo. Aunque probablemente podría tomar un breve descanso alrededor de las dos, la mayoría de los días

laborables, si te viene bien. O cenar, cualquier noche. Aunque para darte una justa advertencia, no me quedó hasta tarde en la noche porque me levanto bastante temprano todos los días para ir a los mercados.

Dios, deja de hablar, Keats.

—Lo siento —añadí—. Eso fue demasiado.

Rio.

—Ya no me quedo hasta altas horas de la noche tampoco. Estoy en mi etapa lesbiana de mediana edad, ¿recuerdas? Si quieres pedir comida coreana para llevar y ver reposiciones de *Home and Garden* o *Love it Or List It*, soy la persona idónea. Es mi vida ahora.

—¿Es malo si digo que en realidad suena como mi tipo ideal de noche?

Soltó una carcajada.

—Impresionante. Y si queremos vivir peligrosamente, podríamos ver *Home Renovations Gone Wrong*. O *Million Dollar Designs* y comenzar una nueva tendencia para los gais de todo el mundo. *Drag Race* ya está pasado de moda. Los espectáculos de renovación casera con hombres que usan lindos cinturones de herramientas y botas de trabajo están en auge.

—Deberías organizar una carroza para Mardi Gras.

Jadeó.

—No me tientes.

Me reí. No creía que hubiera dejado de sonreír todavía. Pero no se me pasó por alto que él no había acordado un día o una hora.

—Bueno, envíame un mensaje de texto cuando estés libre y yo…

—El sábado me viene bien —dijo rápidamente—. Dos en punto. Hay una bonita cafetería en King Street Wharf.

Mi corazón latía contra mis costillas.

—Vale, excelente.

—¿Te veré el viernes? —preguntó—. ¿Vas a entregar el árbol de kumquat y los ramos de flores, o lo entregará otra persona?

Ah.

—¿Estarás allí para supervisar esta entrega? —pregunté.

—Sí, estaré allí.

—Entonces debería entregarlos yo mismo. Ya sabes, para que todo sea de tu agrado.

—Me gusta un hombre que cumple.

Me sonrojé, agradecido de que no pudiera verme, y me llevó un segundo antes de poder hablar.

—Envíame la dirección de entrega y a quién necesito facturar. Y a qué hora necesitas que entregué el pedido.

—Lo haré.

—Bien, entonces. Voy a colgar antes de que esto se vuelva más

incómodo.

—Vale —respondió—. Estaré en contacto.

Pulsé el botón Finalizar Llamada y me quedé allí, apoyado contra la pared con una sonrisa estúpida en mi rostro. No sabía que Lina y Robbie me estaban observando hasta que Lina habló.

—Así que todo salió bien —dijo.

Robbie estaba sonriendo y meneó las cejas.

—La rosa de Austria funcionó, ¿eh?

Quería decirles a ambos que se callaran, pero estaba demasiado ocupado tratando de no sonreír y reír.

—Podría haber sido así —admití—. Ahora necesito encontrar una flor diferente para regalarle en nuestra cita.

Lina emitió un sonido agudo e hizo un pequeño baile feliz.

—¿Cita?

—Flor de lima —dijo Robbie.

—¿Qué significa eso? —Sabían sobre esto de la floriografía con Linden. Quiero decir, todos entendíamos bien el significado de las flores, pero no estábamos al tanto de las victorianas a las que se había referido Linden.

—Fornicación. Bueno, significa que quieres ponerte vulgar con él. Realmente no existe un significado victoriano de antaño para *quiero follarte*, pero tiene un significado amplio…

Levanté la mano.

—Eh, no. Pero gracias. Yo… No creo que ese sea el mensaje que quiero dar.

Me miró de reojo como sólo otro hombre gay podría hacerlo.

—Vi cómo te estaba mirando. A ese chico no le importaría ponerse vulgar, si sabes a lo que me refiero.

Me reí.

—Sí, gracias.

Lina me agarró del brazo.

—Sin embargo, una cita. Estoy muy emocionada por ti. ¿Qué vas a llevar? ¿A dónde lo llevas?

Intenté asimilar lo que había sucedido hoy.

—Eh, mencionó una cafetería en el muelle —dije encogiéndome de hombros—. Será simplemente casual, supongo. Dios, no lo sé. Ha pasado… —Intenté recordar—. Muchísimo tiempo desde que tuve una cita.

Ella miró mi cabello desde varios ángulos diferentes.

—Bueno, un corte de pelo podría ayudar. Y una camisa nueva. Algo de lo que todos los chicos geniales visten hoy en día.

Amaba a Lina. Fue mi primera empleada y estuvo conmigo en cada paso del camino para hacer crecer mi negocio. Era realmente como una segunda madre para mí, por lo que probablemente era normal que

me dijera que me cortara el pelo. Pero no estaba seguro de la idea de la camisa…

Me miré a mí mismo.

—No creo que necesite una camisa nueva…

—Sí, la necesitas —dijo Robbie demasiado rápido—. ¿Cuántas camisas tienes que no sean un uniforme de trabajo?

Hice un repaso mental de mi armario.

—¿Que has comprado en los últimos tres años? —añadió.

—Eh, bueno...

—Exactamente. —Robbie suspiró—. Te llevaré. ¿Cuándo es esta cita?

—Sábado.

—Un montón de tiempo.

Lina me sonrió.

—Ahora, sobre ese corte de pelo.

Parecía que no había forma de salir de esto.

—Bueno, la peluquería de la siguiente manzana está fuera de discusión —dije rotundamente—. Tal vez podría ir a uno de esos lugares sin cita previa.

Robbie dejó escapar un grito ahogado horrorizado.

—Dios mío, tío, no. —Sacó su teléfono, se desplazó durante cinco segundos, frunció los labios y se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola, Charlotte, cariño. Soy Robbie. Tengo un corte de pelo de emergencia para ti… —Me escudriñó durante medio segundo—. Y un arreglo de cejas… Sí, ¿el jueves por la noche? —Me miró como si me estuviera preguntando pero ni siquiera me dio tiempo para objetar—. Perfecto. Nos vemos entonces. Sí, también te amo.

Se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Hecho. Jueves por la noche, a las siete. Te conseguiremos un atuendo en el camino. Y al lado hay un pequeño local de dumplings al lado. Puedes invitarme a cenar.

Genial.

Lina miró entre nosotros y sonrió.

—Esto es tan divertido.

—Ya sabéis —dije tratando de recuperar algo de dignidad—. No soy una causa perdida. He estado en algunas citas…

Ambos me miraron fijamente, sabiendo que era una gran mentira, y al menos tuvieron la decencia de no reírse.

—He estado ocupado —agregué.

Robbie hizo una mueca e hizo un extraño gesto con la mano hacia mi cuerpo.

—¿Necesitamos hacer la cera en algún otro lugar?

—¡Ay, dios mío! —dije—. No vamos a discutir eso. O le gusto tal como soy o no.

Lina levantó el puño.

—¡Sí! —Pero luego cedió—. Aunque un poco de depilación nunca es malo.

—Ay, dios mío. —Esto era horrible—. ¿Podemos por favor no volver a hablar de esto nunca más? Nunca. Os lo ruego. En serio —dije, levantando la barbilla—. Como vuestro jefe, lo prohíbo. Una nueva regla en el puesto de trabajo. Entra en funcionamiento inmediatamente.

Robbie resopló y Lina rebotó en los pies.

—¡Vas a tener una cita! Estoy muy emocionada por ti.

Suspiré.

Serían unos días largos.



LA IDEA de Robbie de conseguirme un conjunto era básicamente traer a su novio. Tan era un pequeño hombre tornado, y entre los dos, me empujaron dentro y fuera de los vestuarios con montones de ropa hasta que la aprobaron.

Era como *Queer Eye*, sólo que peor. Entre Tan evaluándome de arriba abajo con su dedo en la barbilla y Robbie asintiendo o entrecerrando los ojos diciendo *ew, no*, ahora era el nuevo dueño de tres nuevas vestimentas completas; y unos cientos de dólares más pobre.

El corte de pelo no fue mucho mejor.

Me obligaron a sentarme en el sillón del salón donde Robbie hizo un gesto con la mano en mi proximidad y le dijo a una Charlotte muy divertida:

—Por favor, arregla esto.

Lo cual hizo, lo admito.

Era muy profesional y encantadora, y claramente adoraba a Robbie y Tan.

Envidiaba la confianza de Robbie pero también su lugar en la comunidad queer. Tenía amigos en todas partes y era sociable, simplemente vivía su mejor vida. Hacía cosas los fines de semana, organizaba actividades grupales para compañeros homosexuales y su calendario social estaba lleno.

Mientras que yo regresaba a casa todas las noches, exhausto. Y solo.

No me malinterpretes, amaba mi vida. Me encantaba mi negocio; era mi pasión. Trabajé duro para que fuera un éxito. Tomé ese riesgo hace tantos años y valió la pena.

Pero hubo un costo social.

Ver la vida plena que vivían Robbie y Tan me hizo querer eso

también.

Entonces, si esta cita con Linden no conducía a ninguna parte, tal vez estaba listo para volver a salir a la luz.

Quizás ya era hora.

Y cuando Charlotte me quitó la capa y me preguntó a mi reflejo si lo aprobaba, le sonreí y asentí.

—Se ve muy bien.

Estaba bien peinado, probablemente lo mejor y lo más perfecto que jamás estaría.

Y tuve que admitir que me sentaba bastante bien.

Después de comprarles a Robbie y Tan algunos dumplings como agradecimiento, tomé mis bolsas de ropa y me fui a casa.

A mi pequeño apartamento en la ciudad. Estaba cerca de mi tienda, cerca de restaurantes y supermercados, y de todo lo que había necesitado estos últimos años.

También era un poco aburrido y no había mucho que dijera que era mi casa.

Quizás ya era hora de que cambiara eso también.

Tal vez debería hacer toda la revisión de *Queer Eye* y conseguir alguna decoración o muebles nuevos. Ahora tenía el dinero, así que podía permitírmelo. Simplemente nunca había tenido un motivo.

Me dije a mí mismo que no era mi cita con Linden lo que estaba cambiando mi perspectiva. Fue darme cuenta de que sí, había estado concentrado en mi negocio durante tanto tiempo que era hora de empezar a mirar adelante y a mi alrededor de vez en cuando.

No hacía falta decir que no dormí mucho el jueves por la noche.

Sabía que vería a Linden el viernes por la noche cuando entregara su pedido en la dirección de Millers Point y estaba nervioso.

¿Qué pasaba si el árbol de kumquat no llegaba como lo pedí? ¿Y si no era lo que tenía en mente? ¿Y si eso no era lo suficientemente bueno?

¿Y si *yo* no era lo suficientemente bueno?

El viernes por la mañana llegué temprano al mercado, como siempre. Fui directamente al proveedor que me había conseguido el árbol… y lo tenía. Un árbol frutal ornamentado tan lindo como cualquier fotografía que hubiera visto.

Por el precio que Linden había pagado por él, tenía que serlo.

Le tomé fotos y, olvidando la hora que era, se las envié y le escribí un mensaje apresurado.

> Un árbol de kum quick tal como se solicitó

Entonces me di cuenta de lo que había dicho: *"Cum quick"*, corrida rápida. *Ay, nooo*. Empecé a escribir como un loco.

Dios mío, no

Por favor autocorrector por qué

¿Por quéeee?

Se suponía que era: un árbol de kumquat, tal como se solicitó. COMO SUGIERE LA FOTO No sé por qué la autocorrección me haría eso

Lo lamento

Por favor ignora todo

Estoy tan avergonzado. Solo para que sepas, enviaré a mi personal para entregar esto porque estoy a punto de tirarme al mar.

Entonces me di cuenta de que le estaba enviando una avalancha de mensajes de texto horribles a las 5:36 am.

Dios mío, me acabo de dar cuenta de la hora. Ahora lo siento aún más.

Tuve que evitar enviarle más mensajes de disculpa, porque los primeros diez no fueron lo suficientemente malos. Luego consideré tirar mi teléfono a la basura, dándome la excusa de que luego podría denunciarlo como robado y decirle a Linden que no fui yo quien le envió ningún mensaje.

Eso parecía totalmente posible, ¿verdad?

Tendría que cancelar mi cita con él mañana.

¿Cómo podría enfrentarlo ahora?

Cargué mi pedido completo en mi camioneta y conduje de regreso a la ciudad, a mi tienda, muy horrorizado. Lina y Robbie me recibieron en la puerta trasera y ahora sentía un poco de náuseas.

—Por favor, tened cuidado con el árbol —les dije.

—Oooh, mírate con ese corte de pelo elegante —dijo Lina con su sonrisa habitual. Luego frunció el ceño—. ¿Estás bien? Te ves pálido.

—Hice algo malo —dije débilmente—. Estaré en la cámara de frío.

Y eso es lo que hice. Entré en la enorme cámara de frío y me senté sobre una pila de cubos volcados.

Robbie entró y deslizó una caja en un estante vacío y luego me miró con lástima.

—¿Qué pasó?

Le entregué mi teléfono; mis mensajes para Linden aún estaban en la pantalla.

—Mira lo que hice. Quizás tengas que desplazarte hacia arriba para ver este desastre en su totalidad.

Se desplazó y luego se detuvo.

—Ah. —Luego se rio—. Ay, Dios mío.

—Lo llamé árbol de corrida rápida. —Lo miré fijamente, con los ojos muy abiertos y las manos extendidas—. Un árbol de corrida rápida. ¿Podría ser peor? Sí puede, porque luego envié diez mensajes más, haciéndolo mucho peor. No puedo entregar su pedido esta noche. No puedo ir a la cita de mañana. No puedo…

Mi teléfono sonó en la mano de Robbie.

—Ah, respondió —dijo Robbie tratando de no sonreír.

—Ay, no —suspiré—. ¿Qué dijo? No, no me digas. Simplemente tiraré mi teléfono al agua. Le diré que me lo robaron. Fingiré que nada de esto pasó.

Me hizo una mueca, aunque todavía era una sonrisa.

—Su respuesta fue jajaja. En realidad, Keats, son tres líneas de jaja en mayúsculas. Giró el teléfono para mostrármelo.

Y allí, en la pantalla, efectivamente había tres líneas de JAJAJAJA en mayúsculas.

Me desinflé.

—Impresionante.

—Está escribiendo algo más —dijo Robbie. Luego se rio—. Quiere saber si ese es un árbol mágico. ¿Eso sucede simplemente a la vista? ¿O tiene que comer la fruta?

Enterré mi cara entre mis manos.

—Esto es tan malo.

Robbie se rio.

—Es perfecto. Significa que tiene sentido del humor. —Luego, como no podía ser peor, Robbie me tomó una foto y presionó Enviar.

—¿Qué? ¡No! —Intenté quitarle el teléfono, pero era demasiado rápido y aparentemente mucho más rápido enviando mensajes de texto que yo.

Está muriendo por dentro.

Robbie me mostró la pantalla para que pudiera ver. La foto era de mí volteado hacia los estantes con la cara enterrada entre las manos.

Miré a Robbie.

—¿Por qué? ¿Por qué hiciste eso?

Entonces sonó mi teléfono y el nombre de Linden apareció en la pantalla. Robbie sonrió y me entregó mi teléfono.

—Es por esto. Por cierto, de nada.

Tomé el maldito teléfono y presioné Responder.

—Teléfono nuevo, ¿quién es?

Se echó a reír.

—Dios mío, Keats.
—Me robaron el teléfono y no fui yo —dije.
Linden se rio y rio.
—Dios mío, fue la cosa más divertida que he visto en mi vida. Todavía no me he levantado de la cama y nunca me había reído tanto.
Oh, genial. Está en cama.
No necesitaba esa imagen.
—Lo siento mucho —intenté disculparme—. La autocorrección me saboteó.
—No sé. Me gusta más como suena el árbol de corrida rápida. Bueno, siempre y cuando no sea demasiado rápido, si sabes a qué me refiero.
Suspiré.
—Nunca voy a olvidar esto.
—¿Quien tomó la foto?
—Robbie. Quien ahora está despedido, por cierto. Bueno, tal vez después de que él te entregue el árbol porque no estoy seguro de poder enfrentarte.
Volvió a reír.
—Sí que puedes. No te sientas mal. Fue hilarante. Y la autocorrección nos golpea a todos en algún momento.
—Puaj.
—¿Puedo preguntarte algo?
—Sí. A menos que tenga algo que ver con el nombre del árbol.
Resopló.
—¿Qué hacías con el árbol a las cinco y media de la mañana?
—Ah. Los mercados de flores —le expliqué—. Ahí es cuando abren para los mayoristas.
—Ah, por supuesto. —Luego suspiró—. ¿Empiezas todos los días tan temprano?
—Sí. Pero te acostumbras a ello. No es tan malo. Puedo ver el amanecer todos los días y mi día ha terminado antes de que la mayoría de la gente comience el suyo.
—Aunque significa acostarse temprano.
—Bueno, sí. Principalmente. No es que me convierta en calabaza ni nada por el estilo si salgo después del anochecer. —Fruncí el ceño, porque ya estaba juntando las piezas incompatibles—. Normalmente estoy en la cama a las nueve.
Se rio entre dientes.
—Es bueno saberlo.
—Eso hace que las citas sean difíciles —dije sin convicción—. Lo siento.
—¿Olvidaste que estoy en mi etapa de mediana edad especializada en canales de renovaciones domésticas? Si no estoy metido en la cama

viendo las reposiciones de *House Flippers* o *Bake Off* a las ocho y media, soy un Calamardo.

Me reí de la referencia a Bob Esponja.

—Por favor, no te sientas mal —dijo suavemente—. Ya me alegraste el día por completo. Teniendo en cuenta que ni siquiera son las siete, es como un récord. Y el árbol se ve perfecto. Por favor, di que serás tú quien lo entregue.

Gracias a Dios no pudo verme sonreír o sonrojarme.

—Vale.

—Entonces te veré esta noche.

—Deberías.

Colgó la llamada y, respirando profundamente, salí de nuevo. Robbie me miró.

—Por tu sonrisa puedo decir que todo salió bien. Por cierto, de nada.

Carraspeé.

—Sí, bien. Supongo que un agradecimiento sería apropiado.

Se quedó allí, esperando, con una ceja levantada.

—Gracias —dije con toda la dignidad que pude reunir.

Sonrió.

—También haré la entrega contigo, sí o sí, porque necesito ver cómo se desarrolla esto con mis propios ojos. Es lo mínimo que puedes hacer.

Consideré discutir pero sabía que eso sólo empeoraría las cosas.

—Bien. Pero, por favor, no lo hagas más incómodo.

Soltó una risa incrédula.

—¿Yo? ¿Hacerlo más incómodo que un árbol de corrida rápida? Créeme, estaré allí para salvarte el culo y rescatar cualquier resto de los de los trenes descarrilados, que capitaneas en solitario, amigo mío.

Suspiré, derrotado.

—Estupendo.

Se apiadó de mí y me entregó el iPad.

—Tienes un día ocupado —dijo—. Probablemente sea mejor, para que no tengas tiempo de caer en espirales.

Asentí, porque eso era justo.

Me dio un codazo.

—Por cierto, tu cabello se ve genial. Al Sr. Árbol de Corrida Rápida le encantará.

Cerré los ojos y dejé escapar un suspiro de “que Dios me ayude”.

—Te pagaré cincuenta dólares para que nunca vuelvas a decirme esas palabras.

Se rio. Pero no aceptó la propuesta.



LE ENVIÉ A LINDEN un mensaje de texto rápido para informarle que estábamos en la puerta principal del complejo de apartamentos y luego presioné el timbre. Unos segundos más tarde las puertas se abrieron y pudimos entrar al vestíbulo pero no pudimos avanzar más. Entonces las puertas del ascensor se abrieron y Linden salió, sonriendo y sosteniendo una tarjeta de acceso.

—Lo siento, solo acceso limitado. Pasad —dijo sujetándonos las puertas para que pudiéramos empujar el carrito adentro.

Apenas había espacio suficiente para él, Robbie y yo, además del carrito con un árbol pequeño y dos arreglos bastante grandes encima. Sin mencionar la tensión entre Linden y yo, y Robbie tratando de no reír.

—Ah, Linden, este es Robbie —dije rompiendo el silencio—. Robbie, Linden.

Linden le sonrió.

—Ah, a quien tengo que agradecer por la foto de Keats cuando agonizaba por dentro.

La sonrisa de Robbie se hizo más amplia.

—Soy el mismo.

—Ay, Dios —me quejé.

Robbie señaló el árbol.

—¿Y este es…? —Me miró—. ¿Cómo lo llamaste?

Suspiré y dejé caer la cabeza hacia atrás.

—Dije que podrías ayudarme a entregar el pedido si no lo hacías más incómodo.

Robbie y Linden se rieron, las puertas se abrieron y afortunadamente nos movimos de nuevo, empujando el carrito por un pasillo muy caro, lo suficientemente distraídos como para abandonar la conversación.

Linden pasó la tarjeta, ingresó un número en el teclado numérico y mantuvo las puertas abiertas para nosotros.

El interior del apartamento era ese tipo de lujo que sólo se ve en películas o revistas. La cantidad de dinero que permitía alcanzar este nivel de excelencia era algo que ni siquiera podía imaginar. Y la vista… Sorprendente.

—Nunca antes te había visto sin palabras —le dije a Robbie, que estaba allí de pie, con la boca abierta, contemplando el puerto de Sídney.

—Es impresionante, ¿no? —dijo Linden.

Impresionante. Ésa era una forma de decirlo.

Señaló el balcón principal.

—Me gustaría que el árbol fuera allí, perfectamente centrado con respecto a la puerta, si pudiéramos, por favor. —Cogió el enorme arreglo de flores de manzano y magnolias, que tenía casi la mitad de

su altura, y lo colocó sobre la mesa del comedor—. Ah, esto es tan hermoso. Es perfecto.

Robbie y yo colocamos el árbol justo donde Linden lo quería y, desde dentro, la puerta lo enmarcaba perfectamente. Quienquiera que viniera a inspeccionar este apartamento tendría que quedar impresionado.

Él estaba arreglando un centro de granadas y naranjas en la encimera de la cocina. También había un montón de cojines rojos, que supuse que había traído, sobre los hermosos sofás.

—Entonces, cuando dijiste que escenificabas apartamentos —le indiqué.

Agitó la mano.

—Agrego toques personales para atraer a los compradores.

En un soporte del pasillo cerca de los dormitorios había un caballito de mar esculpido bastante grande, rojo y negro, metal, vidrieras y madera.

—¿Ese también es tu toque?

Asintió.

—Sí.

—Tienes muy buen gusto.

Se rio entre dientes.

—Porque este cliente tiene un presupuesto bastante grande, lo que permite tales cosas.

Robbie terminó de perfeccionar el arreglo de las orquídeas rojas.

—Vale, jefe, me iré. —Miró intencionadamente su reloj—. Son más de las cinco, así que si hemos terminado nuestra jornada de trabajo, os dejo… —Nos miró fijamente a Linden y a mí.

Iba a matarlo.

—Bien. Sí, vale —dije. Luego le di a Linden una sonrisa de disculpa —. Yo también debería irme, si estás ocupado. No quiero entretenerte.

—Ya casi termino —dijo—. Si quisieras esperar…

—Sí, no hay problema —dijo Robbie—. Linden, fue un placer conocerte. Que tengas una buena cita mañana. Se amable con él. Ha estado fuera de la piscina de citas durante tanto tiempo que se ha olvidado de nadar, si sabes a lo que me refiero.

Cerré los ojos lentamente, deseando poder desaparecer.

—Gracias, Robbie. Impresionante. ¿Recuérdame otra vez por qué sigues trabajando en mi tienda?

Rio.

—Porque soy bueno en mi trabajo. —Llegó a la puerta, me lanzó un beso y se despidió de Linden. Luego desapareció en el pasillo.

Suspiré, y cuando finalmente fui lo suficientemente valiente para mirar a Linden, él estaba sonriendo.

—Me gusta tu amigo.

Gruñí.

—Tengo sentimientos encontrados hacia él en este momento.

Linden se rio.

—Parece divertido.

—Es agresivo, no tiene filtro y es luchador. —Entonces cedí—. Pero es muy bueno en su trabajo y es un amigo cercano mío, así que…

—¿Le dijiste que tenemos una cita mañana?

Hice una mueca.

—Bueno, sí, me lo sacaron mediante torturas. Como la gota china, pero sin agua ni tortura. Honestamente, podría habérseme escapado porque, como él dijo, ha pasado un tiempo desde que me sumergí en la piscina de las citas.

Linden todavía me sonreía.

—Ya veo, te cortaste el pelo.

Suspiré de nuevo, esta vez derrotado.

—Robbie y su novio me obligaron. Y me obligaron a ir a comprar ropa. —Señalé mis cejas—. Y esto es obra de ellos. Por favor, no le des demasiada importancia. Estoy seguro de que pensaron que me dirigía al sacerdocio, así que me obligaron a hacerlo. Sinceramente, es mejor no discutir con ellos. Pero tracé el límite en la depilación íntima.

Sus ojos se abrieron como platos.

—Quiero decir, no la necesitaba —agregué rápidamente—. Cristo todopoderoso, ¿podemos olvidar todo lo que pasó hoy? Primero con el árbol, luego con Robbie y prácticamente ahora con todo lo que he dicho.

Rio.

—Resulta que me gusta el árbol de corrida rápida.

Me reí, a pesar de que sentía como si mi cara estuviera ardiendo.

—Ah, sí, ha sido un gran día.

Linden me estudió por un segundo, con una suave sonrisa en sus labios.

—Tu nerviosismo me parece muy lindo —dijo—. Y es refrescante, para ser honesto.

—¿Refrescante? ¿Como un spritzer de limón frío en un día caluroso? ¿O sumergirse en una bañera llena de hielo?

Me sonrió.

—Definitivamente el spritzer. Solo quiero decir que es bueno para un chico estar nervioso y emocionado por una cita en lugar de ser tan inmune a ella que no le importe. Me gusta.

—Ah, vale. —Me aclaré la garganta, metí las manos en los bolsillos traseros y miré a mí alrededor—. Entonces, ¿puedo ayudarte con algo?

—Sólo necesito arreglar los cojines —dijo.

—Ah, puedo hacer eso —dije. Tras una inspección más cercana, pude ver que cada cojín era de seda roja con hilos dorados. El tipo de

detalle que nunca antes había notado. Los distribuí uniformemente, pero luego él vino detrás de mí y los arregló, dándoles a cada uno un golpe de kárate en la parte superior para abollonarlos a la perfección. Pensé que había hecho bien incluso en ponerlos en el sofá—. Así que aparentemente no puedo hacer eso —agregué viéndolo hacer su magia.

Se rio entre dientes mientras perfeccionaba todo al milímetro.

—Hay una habilidad especial.

Asentí hacia la pirámide de frutas que había puesto en exhibición al final del mostrador de la cocina.

—¿Y las granadas y las naranjas?

—Un símbolo de prosperidad y buena voluntad. Y combinan con el esquema de colores.

Dios mío.

Nunca le dejaría ver el vacío de mi casa.

—¿Tu casa está decorada así? —le pregunté—. ¿Dónde todo tiene significado?

—¿Cómo esto? —preguntó riendo—. Eh, no. Me falta presupuesto. —Luego me dio una sonrisa—. ¿Estabas tratando de pedir sutilmente ver mi casa?

Casi se me salen los ojos de las cuencas.

—¿Qué? ¡No! Ay, Dios, yo no se me ocurriría... No quise decir...

Se rio y deslizó su mano sobre mi brazo.

—Estaba bromeando.

—Anoche justo estaba pensando que necesitaba hacer algo con mi casa porque he estado muy ocupado estos últimos años. Está muy vacía y no dice nada sobre mí. O tal vez dice mucho, no lo sé. Pero luego miro lo que has hecho con esta casa y sabes todo sobre decoración, y no puedo evitar pensar que tu casa debe ser increíble, y… —Negué con la cabeza—. Estoy tratando de dejar de hablar.

Su sonrisa era cálida y encantadora.

—Mi casa en realidad está un poco desordenada. Tengo revistas y carpetas de guías de estilo por todas partes y cajas de cosas que podría necesitar para trabajar. No ayuda que también sea pequeña y no haya mucho margen de error.

—Sí, mi casa tampoco es grande —ofrecí voluntariamente—. Me mudé a la ciudad cuando abrí mi tienda. Estaba cerca, por lo que me venía bien. —Me encogí de hombros—. Es todo lo que he necesitado desde que abrí mi negocio.

—¿Tienes plantas por todas partes? —preguntó—. Puedo imaginarte con plantas en todos los rincones.

Resoplé.

—Tengo algunas. Principalmente monstera y kentia. Me gusta el verdor. Es pacífico.

Pareció que le gustó esa información.

—Me gustaría tener plantas en mi casa. Tal vez puedas ayudarme a elegir algunas.

—Tal vez podría —dije, mi voz suave.

Dios, era tan guapo. Más que guapo con sus pantalones de traje y su camisa abotonada. Su cabello estaba un poco revuelto hoy, como si se hubiera pasado la mano por él unas cuantas docenas de veces.

—¿Necesitabas volver a tu tienda? —preguntó.

Instintivamente miré mi reloj.

—No, Lina cerraría hoy para que Robbie y yo pudiéramos hacer tu entrega.

—Genial —dijo recogiendo su bandolera—. ¿Tienes que hacer algún recado más?

Ah.

Parecía que esto conducía a una pregunta para la que no estaba preparado.

—Eh, no. Mis viernes por la noche habituales incluyen comida para llevar mientras reviso las hojas de cálculo semanales.

Inhaló profundamente.

—¡Así que tú también *estás* en tu etapa gay de mediana edad!

Me reí.

—Aparentemente.

—Bueno, sé que tenemos nuestra cita oficial mañana, así que no me importará si dices que no, pero hoy me perdí el almuerzo porque he estado muy ocupado, así que iré a comer algo a Barangaroo, ¿quieres venir?

—Sí —respondí demasiado rápido. Pero luego hice un gesto hacia mi ropa de trabajo—. Pero mira lo que llevo puesto…

Su sonrisa se suavizó.

—No me importa lo que uses. —Luego se rio entre dientes—. Aunque tal vez prescinda del delantal.

Tiré del nudo atado a mi espalda y me quité el delantal.

—Trato.

Llevaba vaqueros, un polo y mis botas de trabajo habituales. Para nada es un atuendo para una cita, pero realmente no parecía importarle.

Me miró de arriba abajo.

—Perfecto.

Bueno, lo dudaba, pero vale.

—Podemos llevar la furgoneta a mi tienda y podemos bajar caminando —ofrecí—. Será una caminata menos larga desde allí.

—Suena bien.

Echó un vistazo rápido al apartamento, asegurándose de que todo estuviera cerrado y en perfectas condiciones, tomó algunas fotos

rápidas y nos fuimos. Me sentí mareado cuando subimos a mi camioneta del trabajo, nervioso pero también me sentí bien.

Esto se sentía bien.

No hubo un silencio incómodo, ni necesidad de llenar los vacíos en la conversación. Y después de aparcar la furgoneta y dirigirnos hacia la zona del muelle, la velada fue perfecta. La luz del sol se desvanecía, una brisa cálida, gente caminando, feliz de haber terminado su trabajo un viernes.

Encontramos un restaurante que era más un bar deportivo, informal y bullicioso. Y para una primera cita improvisada, era mejor que un restaurante elegante y silencioso.

Encontramos una mesa y la camarera se acercó y nos entregó los menús.

—¿Podemos comenzar con sus bebidas?

Linden me miró y sonrió.

—Sí. Tomaré un spritzer de limón.

Mmm. Refrescante.

Levanté dos dedos.

—Que sean dos, por favor. —Luego dije—: ¿Podemos pedir la comida ya, si te parece bien? Él se saltó el almuerzo.

—Claro —dijo la camarera.

Pedimos dos hamburguesas rápidas y antes de que pudiera asustarme por qué decir a continuación, me dedicó una sonrisa tímida.

—Gracias. —Se frotó el vientre—. Estoy hambriento.

—Está bien. A veces te dan las bebidas, luego se ponen a trabajar y entonces pasa media hora antes de que regresen.

Asintió.

—He tenido un día ocupado. De hecho, tuve una semana muy ajetreada.

—¿Bien ocupado? ¿O terriblemente ocupado?

—Siempre bien ocupado. Amo lo que hago. —Su sonrisa persistió, sus ojos nunca dejaron los míos—. ¿Y tú qué tal?

—Bien ocupado. A mí también me encanta lo que hago.

—Un florista, ¿eh? ¿Cómo te metiste en eso?

—El jardín de mi abuela. Suena cliché, lo sé. Pero es verdad. Tenía rosas y gardenias.

—Oh, ¿sabías que las gardenias necesitan un suelo ligeramente ácido? Un pH de aproximadamente siete. Ahora soy un experto en hogar y jardín.

Me reí.

—Sí, lo sabía.

—Mmm. Supongo que sí.

—Cuando estaba en el instituto, trabajaba en una floristería los sábados y me encantaba. Luego estudié horticultura primero,

pensando que me vendría bien, pero no era lo mío. Duré seis meses y me cambié.

—Es un trabajo encantador. Quiero decir, ¿a quién no le encanta recibir flores?

—Bueno, tu ex probablemente ya no será fan de ellas.

—Oye, al menos no eran las flores asesinas. Debería considerarse afortunado.

Me reí.

—Pero es cierto. La mayoría de las flores son bien recibidas. Las flores funerarias son difíciles.

Asintió, con sus ojos fijos en los míos.

—Pero todavía estás ofreciendo una muestra de belleza en el momento de oscuridad de alguien, y eso debe ser algo bueno.

Sus ojos. No podía apartar la mirada. Apenas pude asentir.

—Cierto. Ese es un hermoso punto de vista.

La camarera colocó nuestras bebidas frente a nosotros, rompiendo finalmente el contacto visual entre nosotros.

Oh, tío.

Mi corazón latía con fuerza y tomé un sorbo de mi bebida.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Cómo llegaste a las compras personales?

—Por accidente, en realidad —dijo—. Siempre he sido muy bueno en eso. Me encanta la moda y las compras. Pero comencé como asistente personal. Tenía dieciocho años y básicamente organizaba toda la vida de una persona. Cuando tenía veintiún años, terminó mudándose a Los Ángeles, y para entonces yo ya tenía contactos, sus amigos y asociados, ellos sabían que debían preguntarme si necesitaban algo. Así empezó todo.

—Suena interesante.

—Es mejor que un trabajo de oficina. Literalmente moriría en un trabajo de cubículo. Ni siquiera estoy bromeando. Y puedo disfrutar gastando el dinero de otra persona, así que todo es una ganancia para mí.

—¿Cuál es la parte más difícil?

Pensó por un segundo.

—Ver cómo viven, las casas, los automóviles, los viajes, las fiestas, y saber que la brecha de ingresos entre ellos y yo es un puente que nunca cruzaré. A menos que gane varios millones de dólares en la lotería o algo así.

Asentí con una sonrisa.

—Me lo imagino.

—¿Y tú? ¿Cuál es la peor parte de ser florista?

—En realidad, nada —permití—. Escasez de suministro, ese tipo de cosas, pero supongo que eso es parte de cualquier negocio. Ver la cara de alguien mientras recibe un ramo de rosas para un cumpleaños o

aniversario mientras estoy lamentablemente soltero, eso apesta —dije riendo—. O cuando sabes que la persona que recibe las flores no es su esposa o su esposo. Siento que estoy siendo cómplice de un engaño, ¿sabes? Eso me hace sentir raro.

Hizo una mueca con su nariz.

—Sí, puedo ver por qué eso apestaría. A menos que la parte engañada entre en tu tienda y solicite algunas flores asesinas.

Me reí.

—Entonces no es tan malo.

Sus ojos se detuvieron en los míos antes de estudiar la pajita de su bebida.

—Entonces, la razón por la que has estado fuera de la piscina de citas y has olvidado cómo nadar, como lo llamó tu amigo Robbie —dijo en tono casual—. ¿Hay una historia de desamor?

Entonces, directamente a las grandes preguntas…

Me reí y bebí un sorbo de mi bebida por un segundo para poner mis pensamientos en orden.

—Eh, no. Estuve con un tío durante casi dos años. Se llama Nigel. Nos habíamos estancado un poco y las cosas no iban muy bien, y luego comencé a montar mi propio negocio y mi tiempo para él, para nuestra relación, se redujo a insuficiente. —Suspiré—. Me dejó, lo cual entendí totalmente. Y, sinceramente, nos hizo un favor a ambos. Todavía lo veo por ahí de vez en cuando. Lleva más de un año con su novio actual y está feliz, lo cual es bueno. Se lo merece.

La mirada de Linden se encontró con la mía y me consideró por un momento.

—Esa es una buena historia de ruptura, en lo que respecta al mundo de las rupturas.

Me reí.

—Así es. No hubo resentimientos ni maldad. Simplemente nos distanciamos.

Se mordió el labio inferior.

—¿Y ahora? ¿Por qué buscas volver a tener una cita ahora?

Sentí mis mejillas calentarse.

—Es la hora. La floristería va bien y ahora puedo permitirme el lujo de desconectar. Mis dos empleados están a tiempo completo, Lina y Robbie, son geniales. Cualquiera de ellos podría encargarse completamente de todo durante un mes si lo necesitara. No es que lo haría —agregué rápidamente—. La idea de no estar allí durante un mes me produce urticaria. De hecho, amo lo que hago y me encanta ir a trabajar todos los días, así que no es una tarea ardua en absoluto. Pero ya no pasaré todas las noches estudiando cifras, datos, estrategias de marketing ni nada por el estilo. Tengo más tiempo libre y… —dije encogiéndome de hombros—. Hay ciertas partes de las citas o las

relaciones que extraño.

Sonrió y se inclinó hacia mí.

—¿Como el sexo?

Me sonrojé tanto que podía sentir mi piel arder desde el cuero cabelludo hasta los dedos de los pies. Intenté reírme.

—Ese es un aspecto, supongo. Aunque para que lo sepas, no he sido exactamente un monje estos últimos años. Quiero decir, tampoco estaría compitiendo por ningún trofeo de playboy.

Rio.

—¿Y cuáles son los otros aspectos?

Le sonreí.

—Como pedir algo de comida para llevar, ponerse cómodo en el sofá y ver *Home and Garden* con él.

Su sonrisa fue lenta y amplia.

—¿Estás coqueteando conmigo, Keats?

Mi cara volvió a arder y nunca había estado más agradecido de que la camarera trajera nuestra comida. Pedimos más bebidas y le entregué a Linden sus cubiertos.

—Ay, dios mío, gracias. Esto tiene muy buena pinta —dijo metiéndose unas patatas fritas en la boca—. Por favor, no me mires durante los próximos minutos mientras engullo esto. No va a ser bonito.

Me reí.

—Adelante, come. Prometo no mirar.

No estaba bromeando acerca de engullir. Estaba a la mitad de su hamburguesa cuando yo di el primer un bocado, pero fue fantástico. Y nos regaló unos minutos de cómodo silencio mientras comíamos.

Dejó su media hamburguesa y optó por unas patatas fritas.

—Lo siento, pero esto está riquísimo.

Me reí mientras masticaba.

—No te disculpes. Honestamente, es una habilidad que puedas tomar bocados tan grandes y, aun así, comer con tanta delicadeza.

Sus mejillas se pusieron rojas.

—Se suponía que no debías estar mirando.

—Estoy bromeando. —Luego, para demostrar mi punto, cogí mi hamburguesa y le di un mordisco enorme—. Está bueno —dije con la boca llena.

Se rio, gracias a Dios.

Terminamos de comer, ambos sonriendo, mirando las pantallas de televisión que mostraban varios partidos deportivos: fútbol americano, fútbol inglés, liga australiana de rugby. No es que fuera un gran admirador de nada de eso, pero simplemente me sentí bien saliendo y socializando. El ambiente en el bar era feliz, divertido y ruidoso, y era cierto que había pasado demasiado tiempo desde que había hecho

algo como esto.

El teléfono de Linden sonó; la pantalla iluminándose con el nombre Megan.

—Ah —dijo—. La dama de bienes raíces de la casa donde estuvimos. Debería hablar con ella. ¿Te importa?

—Para nada —dije—. Adelante.

Salió de la mesa.

—Tardaré dos minutos —me susurró—. No vayas a ningún lado. —Luego contestó el teléfono mientras caminaba entre la multitud hacia el exterior.

Como si fuera a irme a cualquier parte.

Revisé mi teléfono para hacer tiempo, pero vi que solo tenía correos electrónicos o mensajes del trabajo que podían esperar hasta llegar a casa. No había mensajes de amigos. Como había estado tan ocupado con mi tienda estos últimos años, mis amigos ya no se molestaban demasiado. No es que los culpara.

Entonces sí, tal vez era hora de levantar la cabeza y mirar un poco más a mí alrededor.

Se había pasado la hora, incluso. Desde hacía mucho tiempo.

Entonces, sin mucho más que hacer, tomé una servilleta limpia y comencé a doblarla porque era mejor que quedarme ahí sentado como un perdedor sin hacer nada. Y cuando Linden volvió a entrar y se sentó frente a mí, estaba sonriendo.

—Así que, esa era Megan. Es quién vende el apartamento —dijo como un rápido repaso—. De todos modos, se pasó por el apartamento para ver si todo estaba perfecto, y amó tus arreglos.

—Oh, eso es genial —dije—. Me alegro de que le hayan gustado.

—No, no creo que lo entiendas. Los amó. *Amó*, amó. Quiere tu tarjeta para cualquier otra cosa que pueda surgir.

Oh.

—Oh, bueno, eso es aún mejor —dije.

—A ella le encantó el árbol de corrida rápida.

Resoplé.

—Y ahí estaba yo pensando que habíamos superado eso.

—No creo que alguna vez supere eso —dijo tomando un sorbo de su bebida con una sonrisa—. Pero ella dijo que las flores de manzano eran fabulosas y, por supuesto, a también le encantó lo que hice. Le dije que le enviaría tus datos.

—Te di mi tarjeta, ¿verdad?

—Sí, pero esa es mía. Tú me diste eso, así que no puede tenerla. —Resopló, tratando de no sonreír—. Tendré que conseguir otra.

Empecé a sacar mi billetera.

—Estoy bastante seguro de que tengo…

—No —dijo rápidamente—. Entonces no tendré excusa para pasar

por tu tienda y pedirte otra.

Me reí. Era tan jodidamente sexi.

—Oh. Bueno, no necesitas una excusa. Y tienes mi número. Tampoco necesitas una excusa para usarlo.

Apretó los labios para dejar de sonreír, pero luego se dio cuenta de lo que había estado haciendo con la servilleta.

—Dios mío, ¿acabas de hacer eso?

Cogí la servilleta doblada, que ahora era una flor blanca, y se la entregué.

—Si hubiera sabido que esto sería una cita, te habría traído la real.

Lo tomó con los ojos muy abiertos y la boca abierta.

—Keats, es… es hermosa y perfecta.

—Un clavel blanco significa que mis intenciones son puras —dije en voz baja.

Sus ojos pasaron de la flor a mí y se quedó mirando.

—Yo, eh… gracias. Keats, esto es… —Tragó con fuerza y su mirada volvió a la flor—. Es perfecto. —Realmente parecía desconcertado por eso. Era sólo una florecita tonta, pero la sostenía como si estuviera hecha de oro—. ¿Es cierto el significado? —preguntó todavía sin mirarme—. Tus intenciones, quiero decir. Quiero pensar que eres genuino. Pareces genuino, pero eres casi demasiado bueno para ser verdad, y no he tenido la mejor suerte con los tíos, así que…

Oh.

Oh, tío.

Había olvidado un poco que su ex lo había engañado.

—Mis intenciones son ciertas —dije—. Y, para ser honesto, estoy tan alejado de las citas… ¿Qué dijo Robbie? Había estado fuera de la piscina de citas durante tanto tiempo que había olvidado cómo nadar. No se equivoca. Así que no sé si es demasiado bueno para ser verdad. No soy perfecto, pero lo que ves es lo que soy.

Sus ojos se encontraron con los míos y sonrió.

—Me gusta. —Luego suspiró—. Muchos hombres están ahí fuera tratando de ser todo lo que no son, y es agotador. Sólo quiero honestidad. No habría pensado que ese listón fuera particularmente alto, pero aparentemente lo es.

—La honestidad debería ser lo mínimo.

Gimió.

—¿Verdad? Como el listón más bajo. Lo mínimo.

Me reí entre dientes y lo observé mientras estudiaba la flor doblada que le había dado, girándola suavemente.

—Esta podría ser la flor perfecta. Quiero decir, el árbol de corrida rápida fue genial y todo eso, pero esta lo supera.

Me reí y entonces noté que el bar se estaba volviendo más ruidoso y concurrido.

—¿Deberíamos irnos? —Miré mi reloj—. Si nos vamos ahora, llegarás a casa a tiempo para ver *Home and Garden*.

Me dio una sonrisa, toda cálida y encantadora, que se filtró en mi pecho.

—Sí.

Pagamos la cuenta y salimos a la calle, la brisa tranquila y fresca fue un bienvenido respiro.

—Es fácil olvidar lo hermosa que es esta ciudad —dije. El puerto era realmente precioso y la zona del muelle, con sus faroles, restaurantes abiertos y toda la vegetación con el agua de fondo, era realmente bonita—. Supongo que no he salido por un tiempo. Olvidé cómo es el ambiente por aquí abajo.

—Íbamos a venir aquí mañana para nuestra cita —señaló—. ¿Todavía quieres hacerlo? ¿O quieres ir a otro lugar?

—No, aquí está bien. ¿A menos que tengas otro lugar que prefieras?

—Aquí también me parece bien. Hay una cafetería más abajo que me encanta.

—Perfecto.

Dejó de caminar.

—¿Está todo bien? —pregunté.

Señaló la calle hacia arriba.

—Debería ir por aquí. Pediré un Uber para ir a casa.

—Ah, claro. ¿Vives lejos? Puedo llevarte.

Sonrió.

—No, no está lejos. —Luego respiró hondo—. Me gustaría besarte. Como agradecimiento por la cena y la flor perfecta.

Ah.

—Ah, vale. Eh, claro. Me gustaría que me besaras —tartamudeé.

Se acercó, se puso de puntillas y presionó sus suaves labios contra los míos, con los párpados cerrados. Sólo por un momento, un segundo perfecto. Sólo un suave besito, tan inocente, tan casto, pero que hizo que mi corazón latiera frenéticamente.

Se echó hacia atrás, con todo su rostro sereno.

—Gracias, Keats. Te veré mañana.

De alguna manera había olvidado cómo asentir o hablar. Creo que parpadeé un par de veces.

—¿Estás bien? —preguntó riendo.

Logré asentir y él dio un paso atrás, sonriendo.

—¿Mañana?

Por alguna razón levanté la mano, y no fue hasta que él giró y se dirigió hacia la calle que encontré mi voz.

—¡Hasta mañana!

Se volvió y se rio, luego desapareció de mi vista. Y me quedé allí

unos segundos intentando recordar cómo caminar. Me había besado. ¿Y así fue como reaccionó mi cerebro después de un rápido besito? ¿Cómo iba a reaccionar cuando fuera más que un besito? ¿Habría un beso más profundo?

¿Más que eso?

Seguro que esperaba que lo hubiera.

Dios, esto era tan emocionante, como flipante. No podía creer que me hubiera negado esto durante tanto tiempo. Estaba tan listo para este nuevo capítulo de mi vida.

Ahora, sólo necesitaba ir a casa e investigar algo de floriografía victoriana para encontrar la flor perfecta para llevársela mañana.

Tal vez mientras veía *Home and Garden*.

CAPÍTULO CUATRO

LINDEN

—HOLA, cariño —dijo Cory por teléfono—. ¿Me llamas para decirme que has cambiado de opinión acerca de salir este fin de semana?

—No, lo siento. Mira, estoy en un Uber camino a casa. Acabo de cenar con Keats…

—¿Cena? ¿Tienes ochenta? Ni siquiera son las siete.

Me reí.

—Me perdí el almuerzo y me moría de hambre.

—Espera, ¿tú cita no era mañana?

—Sí. Esto fue algo improvisado. Tenía que llevar flores al apartamento que preparé para que vinieran los compradores a verlo.

—Ah, sí —dijo recordando sólo ahora que le había dicho esto—. Así que estuvo allí y tuvisteis un almuerzo tardío.

—No estoy seguro de que comer a las seis de la tarde pueda considerarse un almuerzo tardío.

—Está bien, claro —dijo sonando un poco molesto—. ¿Y cómo fue… la cena?

Hice girar la flor de papel entre mi pulgar y mi dedo índice, sonriéndole.

—Cory, creo que he conocido al hombre con el que me voy a casar.

Silencio.

Más silencio.

—Disculpa, ¿qué? Casar. ¿Quieres casarte? ¿Desde cuándo?

—Desde él. Es perfecto. No podría ser más perfecto.

—¿Qué te hizo durante la cena? ¿Te la chupó en la mesa?

Resoplé.

—¡No! Solo fue eso. Hablamos. Y le di un dulce besito en los labios y luego nos despedimos. Fue simplemente lo más lindo y, ay, Dios mío Cory. —Negué con la cabeza—. Ni siquiera sé qué decir. Ni siquiera puedo describirlo. Él es simplemente…

—El Señor Perfecto.

—¡Sí!

Cory suspiró.

—Bueno, tiene un nombre perfecto.

—¡Lo sé! Me hizo una flor de papel con la servilleta que estaba sobre la mesa. Después de toda la charla sobre flores que hemos tenido, él me hizo una que nunca podrá marchitarse.

Hizo un ruido que podría haber sido una arcada.

—Bueno, eso suena bastante perfecto. Entonces, ¿cuándo podré conocerlo?

Hice una mueca, agradecido de que no pudiera verme.

—Te lo haré saber pasado mañana.

—¿Entonces todavía tienes la gran cita con él mañana?

—Sí. Empezará con un café.

—Y conducirá a...

—No sé. ¿Eso espero? ¿Es demasiado pronto después de Jason? No quiero que Keats piense que es un rebote, porque no lo es.

—¿Cuándo es demasiado pronto para ser feliz? Nunca es demasiado pronto. Nunca debiste haber sido infeliz, y el hecho de que lo fueras es culpa de Jason, no de Keats. Así que sé tan feliz como quieras.

Sonreí, sintiéndome mejor por eso.

—Gracias.

—Y si tu cita de mañana va mal, recuerda que saldré mañana por la noche y puedes venir conmigo y te buscaremos un semental alto, moreno y atractivo para que no pienses en nada, ¿de acuerdo?

Me reí.

—Bueno.

Se quedó en silencio por un segundo.

—Por si sirve de algo, espero que te vaya bien. Incluso si eso significa que ya no serás mi compañero de fiestas y tendré que divertirme solo, espero que sea tan perfecto como crees.

Por eso era mi mejor amigo.

—Gracias. Y siempre seré tu compañero de fiestas. Siempre y cuando esté en casa antes de medianoche y esté sobrio.

—Dios mío, estás viejo. ¿Estás seguro de que no quieres llamar a mi tía Cath para pedirle consejos y sugerencias sobre cómo vivir tu mejor vida lésbica de mediana edad?

—En realidad no me importaría, y si alguna vez necesito ir a Bunnings o IKEA, puedo llevarla a ella en lugar de a ti.

—Oh, gracias a Dios.

Me reí.

—Está bien, ya casi estoy en casa. Si vas a salir esta noche y me necesitas para algo, llámame. De lo contrario, te llamaré mañana después de mi cita.

—Espero que te follen tan intensamente que lo olvides.

Me reí.

—Por eso te quiero.

Terminé la llamada y cuando llegué a casa, coloqué con cuidado mi pequeña flor de papel perfecta en un platillo y la puse en un lugar privilegiado en mi estantería. Me di una ducha rápida, me puse mi camiseta y unos pantalones deportivos más cómodos y me planté frente al televisor justo a tiempo para que comenzara *Home and Garden.*

Final perfecto para un día perfecto.

Hasta que recibí un mensaje de texto de Keats. Era una foto de sus piernas con pantalones de dormir a cuadros extendidos sobre una mesa de café, cruzados en los tobillos y sus pies sexis. Su pantalla de televisión mostraba los créditos iniciales de *Home and Garden*.

Me reí, sin estar preparado para ver cómo había hecho que un día perfecto fuera aún más perfecto.

Le envié una foto de mi vista. Mis piernas cruzadas sobre el sofá; La televisión mostraba el programa que ambos estábamos viendo.

Un segundo después, sonó mi teléfono.

Era Keats.

—No sé si culparte o agradecerte —dijo con voz cálida y feliz—. ¿Significa esto que estoy en mi etapa gay de mediana edad?

Me reí.

—Probablemente. No es una etapa del todo mala. Intenté luchar contra ella hasta que me di cuenta de que realmente me gusta. Una vez que la aceptes y la abraces, serás mucho más feliz.

Se rio entre dientes.

—Ah, mira, un segmento de cocina. ¿Qué está preparando…? Ay, Dios. Ahora quiero brownies de chocolate y frambuesa. Esto no terminará bien para mí. ¿Esta nueva etapa incluye el aumento de peso de los hombres gay de mediana edad?

—Bueno, todo está bien con moderación.

—Eso tampoco ayuda. Ahora lo come recién salido del horno con helado.

—¿Preferirías que viéramos un programa sobre ejercicio y salud cardiovascular?

—No creo que este en *esa* de mediana edad —dijo con una sonrisa —. Tengo treinta. Sé que en términos de adolescentes gay estoy casi muerto y enterrado, pero mi colesterol está bien.

Me reí.

—El siguiente segmento es cómo seleccionar la planta de interior adecuada. En realidad, debería tomar notas porque después de hablar contigo, quiero conseguir algo de vegetación para mi casa. Como un pequeño helecho o algo así.

—¿Un helecho?

—No conozco ningún otro tipo de plantas. Me gustan los que tienen enredaderas caídas con hojas de corazón, pero no sé cómo se llaman.

Se rio entre dientes.

—Probablemente haya algunos, pero creo que estás hablando de potos.

—No tengo ni idea. Honestamente pensarías que debería ser un experto en estas cosas, considerando que este es mi nuevo programa

favorito.

—¿Por qué crees que necesitas algo de vegetación?

—Porque dijiste que era pacífico y aparte no tengo ninguna planta en casa, y después de que entré a tu tienda y vi lo bonita que se ve con plantas y flores, me hizo pensar. Y —agregué—, a decir verdad, nunca había pasado mucho tiempo aquí y una planta de interior probablemente habría muerto, pero estas últimas semanas he estado en casa la mayoría de las noches y los fines de semana. Ordené mi armario, moví algunos muebles. Ya sabes, en mi etapa de nuevo yo. Creo que tal vez debería adoptar una planta.

—Probablemente sea más seguro que tener un gato —dijo—. Ya sabes, si cuestionas tus tasas de mortalidad en una planta.

Me reí.

—Es un punto válido.

—¿Puedo ayudarte a comprar alguna planta mañana si quieres? —él ofreció.

—¿En serio?

—Claro.

Estaba sonriendo como un tonto.

—Vale.

—Sabes, yo también estaba pensando —dijo—. Y esto es un poco aleatorio, así que tómalo como quieras. Sobre mi casa. También necesita algo de vida. Y después de que Robbie y Tan me obligaron a ir a comprar ropa y cortarme el cabello para mi nueva incursión en la piscina de citas, me di cuenta de que mi apartamento es un poco aburrido. Es una excusa, pero apenas estoy en casa.

—Tiene mucho sentido.

—He estado muy ocupado —Suspiró—. Me he centrado tanto en mi tienda que también me olvidé de mí.

Me gustaba mucho su honestidad.

—¿Qué tienes en mente? Sabes que soy un experto en compras, ¿verdad?

Rio.

—Sí, pero no quiero que pienses que soy un trabajo.

—No lo pensaría.

—Bueno, tal vez podría empezar poco a poco —dijo—. Y mañana también podría conseguir una planta.

—¿No tienes plantas? Pensé que habías dicho que sí.

Resopló.

—¿Creerías que sólo tengo dos?

—No lo creería, no.

—Es cierto.

—¿Vamos a Bunnings para nuestra segunda cita? —pregunté—. ¿Qué tal IKEA? Porque estaría completamente de acuerdo con esa

visita.

Se rio entre dientes, pero antes de que pudiera responder, la planta que quería apareció en la pantalla.

—¡Oh, esa planta! Ésa es la que quiero.

—Potos —dijo—. Son grandiosos.

—¿Son fáciles de mantener? ¿O firmo su certificado de defunción cuando la traiga a casa?

Rio.

—Estoy seguro de que le irá bien.

Suspiré, genuinamente perplejo.

—Entonces dime, ¿cómo es posible que un florista no tenga cien plantas en su casa?

—Está bien, cien sería mucho. Tengo dos. Ah, no, tres. Hay una hiedra inglesa en mi baño. Básicamente sobrevive gracias al vapor y la humedad de la ducha. La he tenido durante años y, sinceramente, olvidé que la tenía.

—Pobre hiedra inglesa.

—Es una luchadora.

—Tal vez debería comprar una.

—Podemos mirar mañana. Cuando vayamos a Bunnings.

Me reí.

—¿Es muy lamentable que esté entusiasmado con eso?

—Para nada. —Sonaba como si estuviera sonriendo tan ampliamente como yo—. Oh, mira, están haciendo renovaciones en la casa. Ampliar el espacio habitable quitando una pared. Tan sencillo. Hasta que un idiota intenta eso con un muro de carga y el techo se derrumba. ¿Sabías que el éxito de Bunnings se debe en parte a programas como este que permiten renovaciones caseras de bricolaje que luego requieren reparaciones exhaustivas?

Me reí.

—Bueno, consiguen los ingresos de la gente del bricolaje y luego de los comerciantes que tienen que arreglarlo. Tienen el mercado asegurado.

—Cierto. Y después de decir todo eso me acabo de dar cuenta de que estoy más en mi etapa de mediana edad de lo que pensaba. Estoy casi en la etapa de “sal de mi césped”. —Me reí y él suspiró—. Puede que no haya esperanza para mí. Sálvate mientras puedas.

—Podríamos ser los nuevos creadores de tendencias para Treintañeros Gais Fabulosos. En lugar de fiestas sexuales, podemos tener maratones de películas de Bette Midler con mantas cálidas y pizza.

—¿Bette Midler?

—Sí —respondí como si no necesitara explicación—. *El Club de las Primeras Esposas*, *El Retorno de las Brujas* y *Eternamente Amigas*. Dios

mío.

Se rio intensamente.

—Perfecto.

—Ah, hablando de perfecto. Mi pequeña flor de papel perfecta está en mi estantería. Y —agregué—, como florista, es posible que no quieras escuchar esto, pero las flores de papel pueden ser mejores que las reales.

—¿Cómo?

—Porque no pueden morir. La guardaré para siempre, para que lo sepas.

Suspiró.

—Estoy desgarrado. Por un lado, escuchar eso me hace feliz, pero por otro, es una puñalada en mi pobre corazón de florista.

No pude evitar reírme.

—Siento que debería disculparme. Pero gana la flor de papel.

Suspiró dramáticamente.

—Bueno, eso hace que mi decisión sobre mañana sea mucho más fácil.

Espera. ¿Qué?

—¿Qué quieres decir? Si te ofendí… Si no quieres…

Él soltó una carcajada.

—¡No! Sólo estaba tratando de pensar qué flores debería regalarte para nuestra primera cita; bueno, nuestra primera cita oficial, pero segunda en realidad. Estaba leyendo algo de floriografía victoriana. Estaba tratando de decidir si debería llevarte algo divertido. —Suspiró.

—¿Divertido?

—Sí, como una espuela de caballero. En cierto modo significa *eres gracioso*.

Me reí pero todavía estaba un poco confundido.

—¿Pero ahora no lo soy?

—No. Quiero decir, sí, lo eres. Pero no, ahora creo que te llevaré algo más.

—No tienes que traerme nada. No espero nada.

—Pero soy florista. ¿Qué clase de cita sería si no te llevara algún tipo de flor?

—Sí, pero no espero que me traigas flores cada vez que me veas.

—Está bien, mira, aquí está la cuestión. Si fueras panadero y no me trajeras galletas o un pastelito cada vez que me vieras, estaría triste.

Me reí.

—Entonces, afortunadamente no soy panadero. Teniendo en cuenta que ya estás cuidando tu colesterol. —Pero eso me puso a pensar—. Como comprador profesional, ¿qué puedo llevarte?

—¡Nada! Solo estaba bromeando.

—Pero dijiste que estarías triste.

—Estaba bromeando. Honestamente. —Se rio entre dientes y sonaba tan cálido y cómodo—. Tal vez algún día puedas ayudarme a elegir algo de decoración para el hogar. Mañana no. En otro momento quizás.

Tarareé, preguntándome si debería tomar eso como una invitación.

—Tendría que ver tu casa primero —le dije. Luego me avergoncé por haber ido a este punto tan pronto—. O puedes mostrarme fotos, o cualquier cosa con la que te sientas cómodo. ¿Vives solo? ¿Compartes apartamento?

—Vivo solo —dijo. Su tono era diferente. Más bajo, más silencioso. Como si hubiera leído mi oferta por la invitación que era—. Y me sentiría cómodo si vieras mi casa.

Maldita sea.

Por alguna estúpida razón, traté de actuar despreocupado.

—Sí, está bien, claro. No hay problema. Como mañana, incluso. Si quieres que recopile algunas ideas para tu casa. Algunos temas de color, paneles de inspiración y ese tipo de cosas.

Rio.

—¿Paneles de inspiración? ¿La gente hace eso?

—Yo lo hago, sí. Para que mi cliente pueda ver en qué dirección voy y vetar cualquier cosa que no crea que se adapta a su estilo de vida.

—Soy más bien un tipo de cliente que entra a Kmart y compra lo que encuentra. —Se rio entre dientes—. Y no es una cuestión de trabajo. No soy tu cliente. Soy tu… cita. Así que si venimos a mi casa, no será por trabajo.

Mi estómago dio un vuelco, mis nervios hormiguearon con algo que se sentía bien.

—Está bien, cita. No trabajo. Estoy de acuerdo con eso. Entonces, nada de paneles de inspiración. Entiendo. Dejaré mi carpeta de muestras de colores en casa.

Hizo un sonido feliz.

—Me alegro de haber llamado —dijo en voz baja—. No estaba seguro de sí debería hacerlo.

—Por supuesto que debías. —Estaba sonriendo. No estaba seguro de haberme detenido todavía—. Y me alegro que lo hayas hecho. Y para que lo sepas, de todos modos no me importaría ver tu casa mañana. Como tu cita.

Su inhalación y gemido al exhalar hicieron que mis entrañas se retorcieran.

—Eso tampoco me importaría —dijo.

Oh, joder, sí. Definitivamente estábamos en la misma página.

—Entonces, ¿te veré mañana?

—Sí. A la una terminaré en la tienda. Tendré que irme a casa y cambiarme.

—Ah, tu ropa de trabajo está bien —dije.

—Bueno, si Robbie y Tan descubrieran que tuve dos citas con mi ropa de trabajo, me matarían. Y ni siquiera estoy exagerando. Robbie va a revocar mi tarjeta gay cuando se entere de que fui a cenar contigo esta noche vestido con mi uniforme de trabajo. Estará horrorizado.

—Dile que fue idea mía y que te obligué a hacerlo.

Resopló.

—Tirarte debajo del autobús no se siente bien.

—Bueno, no te preocupes si revoca tu tarjeta gay. Estoy seguro de que tengo una de repuesto en alguna parte.

—Gracias.

—Bueno, debería irme. Mi programa casi ha terminado. No sé qué ver a continuación. *My Dream Home* o ese espectáculo de abejas cosiendo.

—¿Hay un espectáculo de abejas costureras?

Jadeé.

—Está bien, definitivamente no estás en mi nivel de gay de mediana edad. Necesitas ponerte al día.

Se rio en voz baja.

—Buscaré en Google. En nombre de la investigación. ¿Habrá una prueba?

—Por supuesto.

—Lo esperaré con ansias.

Sí. Todavía sonreía.

—Nos vemos mañana, Keats.

—Sí nos vemos.

Terminé la llamada y abracé mi cojín con la sonrisa más simplona que tenía dibujando mi rostro, hice un pequeño baile feliz en mi asiento, resistiendo la tentación de chillar y agradecer a Dios que Cory no pudiera verme ahora.



LOGRÉ TERMINAR algo de trabajo por la mañana, lo cual probablemente fue algo bueno. Necesitaba la distracción porque mientras estaba sentado en King's Wharf esperando que apareciera Keats, me dirigía hacia un territorio de *pensamiento excesivo*, que nunca terminaba bien.

Para nadie.

Especialmente Cory.

—¿Qué pasa si estoy analizando demasiado esto? —pregunté—. En

realidad, estoy bastante seguro de que sí.

—Bueno, ayer dijiste que habías encontrado al hombre con el que te vas a casar, así que…

—¿Cierto? Porque… joder. Hoy sigo pensando lo mismo. Probablemente más hoy que ayer.

—Oh, santo cielo.

—Y básicamente me invité a su casa —agregué—. ¿Por qué hago esto?

—Porque está arraigado en ti complacer a la gente. Quieres serlo todo desde el principio.

Cierto.

—Entonces, ¿debería hacerme el difícil? ¿Debería decirle que el sexo está descartado hasta que esté seguro?

—Linden, no soy la persona adecuada a quién preguntarle eso —dijo rotundamente—. Soy el rey de picar y escapar.

Resoplé.

—Sí, lo eres. Más bien la reina de picar y escapar. Pero, vale.

—Te lo concederé. —Suspiró—. Si te parece bien, hazlo.

—Pero siempre se siente bien, ¿no?

—Bueno, se siente de alguna manera.

—Eso no ayuda.

—Yo digo que lo hagas. Ve a su casa y deja que te folle fuerte. Comprueba si sigue siendo el chico soñado que crees que es. Si es considerado, si es bueno, básicamente si sabe cómo trabajarte. Porque ¿cómo vas a pasar tu vida con un chico que es malo en la cama? —Hizo un sonido de disgusto—. Podría llamarse matrimonio entre personas del mismo sexo, pero eso no significa que tenga que ser el mismo sexo una y otra vez hasta el día de tu muerte.

—Esa es la razón por la que te amo.

—Y yo te amo a ti. Realmente es una pena que no seamos compatibles, ¿sabes?

Resoplé.

—¿Porque ambos somos pasivos?

—No, porque tú idea de una cita perfecta es una cita para tomar un café y un viaje a la sección de plantas de Bunnings. Honestamente, a este paso, estoy empezando a preguntarme cómo es que somos amigos.

Puse los ojos en blanco.

—Un día encontrarás a un hombre que te dejará boquiabierto y viajarás a IKEA y harás picnics en la playa. Sólo espera y verás.

—¿Tendrá una polla enorme?

—Conociéndote, sí.

—Gracias a Dios.

—Y hará algo completamente cursi como escribirte mensajes de

amor en notitas adhesivas y serás un gatito cariñoso en tu casa con una cerca y caniches como mascota.

—Dime otra vez las palabras gatito cariñoso y llamaré a la policía.

—Lo haría, pero tienen esposas y sé que te gustan.

Rio.

—Ten tu cita de enamoramiento enfermizo y quiero todos los detalles, Linden. Todos. ¿Ya está allí? Quiero decir, técnicamente no llega tarde, pero aun así…

Miré a mi alrededor y, efectivamente, Keats caminaba hacia mí. Llevaba unos pantalones berenjena desteñidos y un sencillo jersey de punto con cuello redondo en color gris y una sonrisa que presionó mi corazón.

—Ah, aquí está —dije por teléfono—. Mierda, Core, es tan guapo.

—Todos los detalles —dijo Cory—. Todos.

Acabé la llamada justo cuando Keats se acercaba.

—Hola —dije.

Su sonrisa se amplió.

—Hola.

—Te ves genial —le dije—. ¿Es el nuevo conjunto?

Se miró a sí mismo.

—Ah, sí. Uno de ellos.

—¿Los pantalones son Todd Snyder? —pregunté. Estaba seguro de que lo eran.

—Um, no sé quién es. —Se encogió de hombros—. Eran un poco caros.

Me reí.

—Y el suéter también.

—Probablemente. Me llevaron a muchas tiendas.

—Bueno, Robbie tiene muy buen gusto. Eligieron bien por ti.

—Le diré que dijiste eso.

—Aunque para ser justo y completamente honesto contigo, a mí también me gusta mucho tu ropa de trabajo. Estoy bastante seguro de que no importaría lo que uses.

Su sonrisa era tímida, sus mejillas rosadas. Luego me hizo un gesto.

—Y te ves genial, pero siempre vas muy bien.

—Gracias.

—Esta zona es muy bonita —dijo mirando hacia un lado y el otro del muelle—. Está muy concurrido.

—Siempre hay mucha gente aquí, pero esta es una de mis cafeterías favoritas. —Señalé el café cercano—. ¿Estás familiarizado con el café de Singapur?

—Ah, no. Pero estoy dispuesto a probar cualquier cosa.

Levanté una ceja.

—Es bueno saberlo.

Se sonrojó de nuevo y luego se aclaró la garganta antes de dejar escapar lentamente su respiración.

—Bien. Ah, antes de que lo olvide. —Metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña flor plana de papel—. Para ti.

Ay, Dios.

La tomé, sintiendo su sorprendente peso en mi palma. Era blanca y tenía cuatro pétalos planos.

—Keats, Dios mío, es…

—Es un pensamiento blanco.

Mi mirada se posó en la suya.

—Pensamiento blanco. Es un… ¿Un insulto?

Sus ojos se abrieron como platos.

—¡No! —Luego se rio—. No, no. Para nada. ¿Qué?

—Uf. Estaba teniendo recuerdos del instituto.

Se rio, pero pronto frunció el ceño cuando puso su mano en mi brazo.

—No, lo siento. Un pensamiento blanco… Pasa que mis habilidades con el origami no son muy buenas y este fue un poco fácil, y anoche dijiste que la flor de papel que te regalé era lo mejor que jamás había visto, así que…

—Lo fue —dije—. Es… es tan bonita. Y… No sé lo que significa un pensamiento blanco. ¿Tiene algún significado?

Sus ojos se dirigieron a la flor y sus mejillas se sonrojaron con más color.

—Por supuesto. Significa *piensa en mí*.

—¿Pensar en ti?

Su mirada se centró en la mía y asintió.

—Tan a menudo como pienso en ti.

Ah, joder.

Tal vez podríamos renunciar al café y olvidarnos por completo del viaje de compras e ir directamente a su casa.

—Eh, ya lo hago —logré decir, mi voz era un susurro—. Pensar en ti, quiero decir. No sé si es tan frecuente como piensas en mí, pero probablemente supongo que es igual o más. Probablemente más. Definitivamente. Estoy bastante seguro de que es más. Pienso en ti mucho. —Le ofrecí la flor—. Tal vez deberías tomar esto y pensar más en mí. Para que podamos estar igualados.

Se rio entre dientes.

—Quédatela. Tengo unas cincuenta en el trabajo.

—¿En serio?

—Sí. Hice muchas de práctica. No eran lo suficientemente buenas; la mayoría terminaron en la basura. Como dije, mis habilidades con el origami están un poco oxidadas. Lina quería estrangularme y probablemente habría trabajado más si yo no hubiera estado allí hoy.

Pero, de todos modos, finalmente hice una que era lo suficientemente buena.

La presioné contra mi pecho, con cuidado de no dañarla.

—¿Suficientemente buena? Es perfecta. La guardaré con la de anoche. —Entonces pensé en eso—. Solo por curiosidad, ¿qué tipo de flor era esa de anoche?

Rio.

—Esa era la única que sabía hacer. No estoy seguro de que haya un significado floriográfico.

—Podrías haberme mentido totalmente —dije—. Y haberme dicho que significa dulzura o algo así, y te habría creído completamente.

Entrecerró los ojos para protegerse del sol, sonriendo.

—Realmente no soy del tipo que miente, lo siento.

Pude ver la honestidad en sus ojos, el gesto de esta pequeña flor en mi mano.

—Puedo verlo, sí.

Respiré profundo y exhalé lentamente. Podría tratar de no pensar demasiado, pero él era simplemente increíble, y no estaba seguro de que tuviera mucho sentido luchar contra eso.

Asentí hacia el café.

—Entonces, ¿café?

Sonrió.

—Sí, por favor.

CAPÍTULO CINCO

KEATS

La cafetería era increíble. Un lugar llamado Kopi, una franquicia nueva que estaba apareciendo por todas partes, y el hecho de que hubiera oído hablar de ella hablaba de su popularidad. Fue creación de un joven de Sídney que dirigía la empresa con su novio, o tal vez ahora eran maridos. Linden no podía recordarlo.

Pero sabía la mayor parte de la historia.

—Tenemos que apoyar a nuestra familia queer —dijo—. Y son eco-responsables, por lo que todos ganamos.

Y el café estaba buenísimo. También lo estaba la galleta de chocolate blanco y dulce de frambuesa que Linden puso frente a mí.

—Puede que no sea panadero, pero siempre puedo traerte una galleta. Créeme, no quieres que te la prepare. Pero comprarla para ti, puedo hacerlo.

Tuvimos la habitual conversación para conocernos.

Era originario de Gosford. Tenía una hermana mayor, ella y su madre todavía vivían allí. Se llevaban muy bien y hablaban cada pocos días. Intentaba ir a casa para verlas tan a menudo como podía, lo cual, admitió, no era tan a menudo como le gustaría.

Odiaba la escuela, nunca se molestó en la universidad y se dedicó directamente a trabajar como asistente personal a través de una agencia en la ciudad. Se le daba mucho mejor tratar con la gente que los estudios en cualquier época de su vida, y su capacidad para leer a una persona desde su postura hasta sus zapatos era algo parecido a un perfilador del FBI.

Se lo dije.

—O un comprador personal —dijo riendo—. Me encanta ir de compras y la moda, y sé lo que alguien necesita antes que este.

—¿Y qué necesito? —Me arrepentí de haber dicho eso en el momento en que salió de mi boca—. Lo siento. No respondas a eso.

Tomó un sorbo de su café.

—¿Quieres que te diga lo que necesitas?

No precisamente.

—Eh…

Se rio.

—Me necesitas.

Bien ahora. No me esperaba eso.

—Ah. ¿Es así? Pensé que ibas a decir algo así como una vida social o una intervención de *Queer Eye*.

Se rio entre dientes.

—Creo que Robbie y Tan se encargaron de eso.
Hice una mueca.
—Algo de ropa nueva no nos hace unos hombres nuevos.
Sonrió..
—Me gusta el viejo tú, mucho. —Luego suspiró—. Pero, sí. Creo que me necesitas. Con qué propósito mayor, aún no estoy seguro. Pero me alegro de que estemos aquí.
No estaba seguro de qué decir. Tampoco estaba seguro de por qué mi corazón latía tan erráticamente.
—Entonces, dímelo —continuó—. ¿Cuál es la historia de Keats McCulloch?
Respiré profundamente y exhalé lentamente.
—Me temo que es muy aburrida. Tengo un hermano y una hermana, ambos menores. Mis padres todavía están casados. Viven en Concord.
—Genial. ¿Saben que eres gay?
—Sí. Bueno, en realidad no salí del armario hasta después del instituto. Había estado saliendo con un chico y lo interpreté como un amigo con el que salía pero, claramente, nunca fui un buen actor porque mi madre me pidió que invitara a mi novio a cenar para poder conocerlo. Y así fue. Después pregunté al respecto y ella asumió que yo sabía que todos sabían que yo era gay. Nunca se discutió. Así eran las cosas.
Linden resopló.
—Bueno, eso es algo bueno, ¿verdad? Ciertamente no estaban en contra.
—Oh, claro, fue algo bueno. También dijo que el hecho de que en mis días de instituto cantara canciones de George Michael en la ducha era una especie de señal, y que mi enamoramiento adolescente por los carteles de Ricky Martin sin camisa iba más allá de lo que probablemente se clasificaría como heteronormativo.
Rio.
—Probablemente.
—Pero sí, les pareció bien. ¿Qué pasa contigo? ¿Cómo estuvo tu familia?
—Bueno, mis padres se separaron cuando yo tenía dos años. Mi padre permaneció durante algunos años en visitas parentales que eran puramente obligatorias por parte de sus padres; aparentemente su madre lo obligó. Cuando tenía unos cinco años, era claramente más femenino que otros niños. Me gustaban los juegos de disfraces de mi hermana, jugábamos a las muñecas y nos maquillábamos, y mi padre le decía a mi mamá que no estaba bien. En pocas palabras, ella le dijo que nunca regresara.
Maldición.

—Ay.
Se atrevió a sonreír.
—Tenían un millón de diferencias y muchos otros problemas, no sólo yo. Y mamá podía soportar que él odiara todo sobre ella, pero en el momento en que intentó esa mierda conmigo, que tenía cinco años, fue suficiente para ella. Quería seguir viviendo como un hombre soltero sin esposa ni hijos, y se fue tan pronto como pudo. Así que él fue simplemente el donante, nunca un padre, nunca lo llamé papá.
Asentí.
—Tu mamá parece genial.
—Lo es. Ha tenido un nuevo novio desde hace unos cinco años. Es un hombre agradable. La trata como a una reina.
—Me alegro.
—¿Y tú primer beso? ¿Chico o chica? ¿Y cómo de mal fue?
Me reí.
—Estaba en el décimo año de la escuela, así que ¿quince años, supongo? Fue con un chico y fue, sin lugar a dudas, terrible. —No pude evitar reírme—. Quiero decir, hubo mariposas y esa adrenalina de emoción, pero fue más bien aplastar caras en los baños del cine.
Rio.
—Me encanta eso.
—Creo que él tenía más que nada curiosidad, mientras que yo sabía perfectamente que me gustaban los chicos. Fue mi primer amor no correspondido, así que es un poco agridulce.
—Ayy, la angustia adolescente en su máxima expresión.
—Completamente. —Bebí un sorbo de mi bebida—. ¿Y qué hay de tu primer beso?
—Oh, incómodo y vergonzoso. Estaba temblando tanto que pensé que él me iba a pinchar con un EpiPen.
Tosí el café por la nariz.
Suspiró y levantó la barbilla, y si hubiera tenido el pelo largo, estaba seguro de que lo habría sacudido.
—Pero también era un gran canalla. Yo tenía catorce años y él dieciocho.
—Puaj.
—Sí. En aquel entonces pensaba que yo era maduro y adulto. En retrospectiva, puedo ver que yo todavía era un niño y él era un pervertido.
—Ah, sí.
—Nunca hice nada más con él que ese beso, pero consolidó mi homosexualidad. Después de eso no hubo dudas —añadió. Luego hizo una mueca—. De que me gustaban los chicos, no los pedófilos.
Resoplé.
—Sí, lo entendí. Pero gracias por la aclaración.

Me sonrió.

—Entonces, ¿cuál es tu cita ideal?

—Veinticinco de abril.

Se echó a reír.

—Gran película.

—Me alegro de que hayas recibido la referencia. —Ignoré el hecho de que mis mejillas ardían—. Eh, yo diría que tal vez esto. —Hice un gesto entre nosotros, hacia la mesa, hacia el café—. Esto es algo perfecto para mí.

Se lamió los labios antes de que una sonrisa triunfara.

—Esto, para mí también. ¿Y tal vez una visita al centro de jardinería? —Su mirada sostuvo la mía—. Entonces tal vez llevemos las plantas a mi casa y puedas mostrarme el mejor lugar para colocarlas. Ya sabes, para una posición óptima de la luz solar, ese tipo de cosas.

En ese mismo momento.

De regreso a la cafetería. Y por la mirada en sus ojos, no estaba hablando de las plantas.

Asentí lentamente, tratando de no parecer demasiado ansioso.

—Suena como un buen plan.

Su sonrisa era tímida y las puntas de sus orejas estaban rojas. Sí, definitivamente estábamos en la misma página.

—Sin embargo, no tenemos que encontrar el Bunning más cercano —agregué—. El Jardín Botánico tiene una tienda de semillas y plantas. ¿Podríamos ir a echar un vistazo si quieres?

—¿El Jardín Botánico? —Todo su rostro se iluminó—. ¿Cómo no supe que tenían una tienda de plantas? No he estado allí en años. Es muy bonito.

—Es precioso. Yo tampoco he estado desde hace tiempo. Será divertido.

Terminó su café.

—¿Listo para llevarme a comprar plantas?

—Más listo que nunca.

La verdad era que nunca había estado tan emocionado por cualquier tipo de compras. Y por lo que podría pasar más tarde en su casa. Estaba tratando de no pensar en eso y en cambio me concentré en disfrutar cada momento.

Después de todo, llevar a un hombre magnífico a comprar plantas al Jardín Botánico en un hermoso día de primavera era en sí mismo un momento destacado para mí. No solo una cita perfecta, sino un día verdaderamente perfecto.



LA TIENDA en sí era pintoresca y rústica, algo sacado de una película romántica. Y tan pronto como Linden entró, me pregunté si sería una mala idea.

Jadeó ruidosamente y me agarró del brazo.

—¡Dios mío, mira todas las plantitas! ¡Quiero una de cada una!

Ni siquiera me importó que las llamara plantitas porque sus ojos estaban tan abiertos como su sonrisa y mantenía su mano en mi brazo.

—Mira esta —dijo mostrándome con entusiasmo un retoño de un gomero rojo de Sídney—. Parece un Harold.

—¿Un Harold?

—Sí, su nombre.

—Ah, yo, eh… No sabía que las plantas tuvieran nombres.

—Por supuesto que los tienen.

Me reí.

—Correcto, sí, por supuesto. Entonces, ¿Harold vivirá dentro o fuera de tu casa?

—Dentro. Tengo un balcón pero es pequeño.

—Entonces tal vez deberíamos fijarnos en las plantas de interior y no en las que crecen hasta unos treinta metros.

—Oh. Probablemente sea una muy buena idea. Lo siento, Harold.

Sí, lo siento, Harold.

Caminamos hacia la sección de interior, su brazo ahora entrelazado con el mío. Me hizo ridículamente feliz. Cogí una pequeña plántula.

—Mencionaste los potos. Éste es parecido. Bueno, lo será cuando sea más grande.

—Es tan pequeño. —Tocó suavemente la hoja nueva—. Apenas es un brote.

—Crecerá.

Linden empezó a sonreír.

—Así que es de los que no aparentan, pero crecen bastante, nada de paquete engañoso.

Puse los ojos en blanco pero no pude evitar reírme.

—Creo que lo es, sí.

—Entonces él vendrá a casa conmigo.

—¿Tiene un nombre?

Miró la planta y asintió.

—Retoñito… Toñito.

Me reí, Toñito.

—¿Cómo pasaste de Harold a Retoñito?

—Porque… bueno, porque esos son los nombres que me vienen a la mente cuando los miro.

—Vale. Genial, entonces.

—¿Estás juzgando mis habilidades para nombrar, señor Keats

Nombre-Perfecto McCulloch? Porque créeme, cuando creces con el nombre de una residencia de ancianos, aprecias plenamente la importancia de un nombre.

Resoplé.

—Aquí no hay ningún juicio, para nada. Se me ocurre que el nombre Brote es lindo. Y mi segundo nombre no es Nombre-Perfecto. Y no tienes el nombre de una residencia de ancianos.

—Es una residencia de ancianos o un asilo abandonado para locos que fue cerrado en la década de 1960 por prácticas turbias. Esas son las dos únicas opciones que un nombre como Linden Acres podría ofrecer, y yo me decanté por la opción más agradable de una casa de retiro en vez del asilo embrujado de una película de terror.

Me reí de nuevo.

—Como el tipo de película en la que los adolescentes se desafían unos a otros a acampar durante la noche.

—Exactamente.

—Entonces la residencia de ancianos es probablemente la mejor opción, aunque no estoy de acuerdo con esas dos opciones.

—¿Podría haber una tercera? Tal vez un ambientador de baño.

Resoplé.

—No. Me gusta tu nombre.

—Eres un mentiroso terrible.

—¡No estoy mintiendo!

—Tus pantalones deberían estar en llamas ahora mismo. —Luego me miró de reojo—. Mencionaste un segundo nombre. ¿Cuál es?

—Joseph.

—Keats Joseph McCulloch —dijo como si lo estuviera probando para comprobar su tamaño—. Perfecto.

—Joseph era mi abuelo. ¿Cuál es tu segundo nombre?

Gimió.

—No me gusta este juego.

Me reí.

—No puede ser tan malo.

—Francis —dijo rotundamente—. Linden Francis Acres.

Oh.

—Y ni siquiera tengo la excusa de que fuera el nombre de algún bisabuelo. Mis padres simplemente no saben nombrar cosas. El nombre de mi hermana es Odelia. Y mi madre tiene un gato llamado Ceefa.

—¿Cee por cat?

—Naturalmente. Supongo que debería agradecer que mi nombre no sea Beebeefa. Ya sabes, bee por bebé.

—Pequeñas bendiciones, ¿eh?

—Muy pequeñas. —Levantó la pequeña planta—. Como Toñito. —

Luego miró un helecho—. Oh, esta también me gusta. ¿Se pone muy grande?

Era un helecho culantrillo y aparentemente femenina.

—Crecerá mejor si la cuelgas o en el alféizar de una ventana. Sus ramas y hojas colgarán.

—¿Cómo Rapunzel? —Le sonrió a la planta—. Rapunzel, ya te amo.

Le sonreí. Tuve que preguntarme si siquiera había dejado de sonreír.

—Perfecto.

—Ahora tienes que elegir una para tu casa. Y ponerle un nombre. Aunque no hay presión para ser tan genial como los míos.

Miré las tablas de plantas y encontré un filodendro.

—Este —declaré.

Linden hizo un puchero.

—El tuyo es más grande que mi pequeño Toñito.

—¿Debería comprar también una plántula para que puedan crecer al mismo tiempo?

Cogió una pequeña maceta con una plántula del mismo tamaño que la suya y sonrió mientras me la entregaba.

—Ésta. Pueden ir juntos a la guardería de pequeñas plantas.

Me reí. Esto era tan absurdo… y muy divertido.

—Trato hecho.

—¿Y el nombre?

Miré la plantita, que realmente no era más que un brote.

—Umm, ella parece una Elizabeth.

—Oh, vale, guau.

—¿Hay algún problema con el nombre Elizabeth?

—No, es perfecto. Simplemente no esperaba un nombre tan tradicional. —Miró a su alrededor—. Creo que también quiero una más grande. Una que esté más desarrollada para que cree la estética que quiero. Tan bonito como es el pequeño Toñito, y estoy seguro de que crecerá grande y fuerte. Pero quiero verdor.

Le mostré una versión más grande.

—¿Como ésta?

—Sí, perfecto. Y ésta —dijo señalando una calathea—. Es realmente bonita.

—Está bien, los nombres primero.

—Umm —dijo estudiando seriamente el potos más grande—. Leonardo.

Vale, genial.

—Eh, ¿el artista o la Tortuga Ninja? —Entonces pensé en otra cosa —. ¿O DiCaprio?

Rio.

—Me refería a Da Vinci, pero la Tortuga Ninja podría funcionar.

Levanté la hoja de la calathea.

—¿Y éste?

—Seguro que es un Peter.

Resoplé. Por supuesto que era un Peter.

Encontré una bonita rotundifolia.

—Y me quedaré con esta también.

—¿Y el nombre?

—Sebastian.

—Elizabeth y Sebastian. Bonito.

—¿Te estás burlando de mi elección de nombres?

Se llevó la mano al corazón.

—Por supuesto que no. Pero lo que estoy diciendo es que si alguna vez tenemos un gato, seré yo quien le ponga nombre.

Ay, dios mío.

—¿En serio? ¿Quieres que tengamos un gato juntos? —Intenté sonreír de un modo que mi mandíbula no se desencajara, aunque la forma en que mi corazón latía alegremente contra mis costillas lo hacía difícil—. Es bueno saberlo.

Hizo una mueca divertida pero sus mejillas se iluminaron con un hermoso tono rosado.

—Tal vez. Hipotéticamente.

—Y, por favor, dime, ¿cómo llamarías a nuestro gato? Hipotéticamente.

—Tendría que verlo primero. Pero probablemente el Profesor Albóndiga.

Ahogué una fuerte carcajada.

—Está bien, vale, ese es un nombre muy masculino. ¿Y si es una gata?

Se encogió de hombros.

—Profesora Espagueti. Creo que necesitaríamos dos gatos.

Me reí.

—Albóndiga y Espagueti. Eso es en realidad… perfecto.

Sonrió y luego miró las plantas que habíamos escogido.

—Bueno, será mejor que las llevemos a casa. —Luego la comisura de su boca se hundió con incertidumbre—. ¿Quieres que vayamos a mi casa, o…?

No sabía por qué parecía tan inseguro.

—Eh, considerando que acabamos de nombrar a nuestros hipotéticos futuros gatos, creo que debería ir, sí.

Sus ojos se encontraron con los míos y se mordió el labio inferior para controlar su sonrisa.

—Genial.

Pagamos nuestras nuevas plantas, las cargamos en una caja y yo

las llevé. Nos pidió un Uber y, unos minutos más tarde, estaba abriendo la puerta de entrada de su casa y manteniéndola abierta para mí.

Era una casa pequeña pero muy bien decorada. Tenía muy buen gusto y todo combinaba, desde el sofá hasta la mesa de café, pasando por el mueble del televisor y la estantería. Tenía cuadros en las paredes con marcos que hacían juego con los muebles.

—Es muy bonita —dije deslizando la caja de plantas en el mostrador de su cocina—. Tienes estilo y un gusto impecable.

—Es más bien que tengo talento para saber qué está en oferta y cuándo comprarlo —respondió.

—No, esto es elegante. Mi estilo de decoración es más propio de una residencia universitaria con un toque de ambiente de tienda de gangas. —Me reí, pero no estaba bromeando—. Realmente necesito que alguien me lleve de compras y me diga qué comprar.

Se llevó la mano al pecho.

—¿Alguien como yo?

Me encontré con su mirada.

—¡No quiero que pienses que soy un trabajo!

Se acercó y presionó suavemente sus labios contra los míos.

Fue demasiado inesperado, demasiado breve. Me incliné por más, entusiasmado por la emoción de ese beso… pero él se apartó, sonriendo. Bromeando.

—Créeme, no te considero un trabajo —dijo—. No lo pienso así.

Mi corazón, que estaba bastante seguro casi se había detenido, se aceleró con un golpe dentro de mi pecho. Me sentí un poco mareado. Él, en cambio, seguía sonriendo y lo suficientemente coherente como para empezar a sacar sus plantas de la caja.

—Oh, mira, pequeño Toñito, este es tu nuevo hogar —dijo colocándolo en el alféizar de la ventana de la cocina—. Y Leonardo, amigo mío, tú vas para aquí. —Lo puso en la estantería cerca de la ventana—. ¿Recibirá suficiente luz solar aquí? —me preguntó.

Todavía estaba atrapado en ese beso.

—Eh, claro.

Linden se rio entre dientes y trajo un plato pequeño, y me di cuenta de que tenía dos flores de papel. Sacó de su bolsillo la que le había regalado hoy y alisó un poco los bordes.

—Quedó un poco aplastada —dijo.

—Realmente te las vas a guardar —le dije.

Su mirada se posó en la mía.

—Son lo mejor que me han regalado. Por supuesto que me las quedaré.

—Entonces te haré una cada vez que nos encontremos.

Se acercó y deslizó el plato pequeño sobre el mostrador, y cuando

sus ojos se encontraron con los míos, había una luz diferente en ellos.

—Tengo muchas ganas de besarte de nuevo —dijo.

—Todavía estoy un poco atrapado en el último beso —dije—. Fue demasiado breve.

Hizo un sonido que era mitad risa, mitad gemido.

—Fue todo lo que me atreví a hacer —susurró—. Keats, si te beso ahora mismo, querré más. Querré que me lleves a la cama y no sé si quieres eso o si crees que es demasiado pronto.

Joder.

Mis rodillas se sentían un poco temblorosas, mi pecho estaba demasiado lleno. Pero mi sangre… mi sangre estaba caliente.

—Sí quiero —logré decir—. Probablemente sea demasiado pronto, pero ya has nombrado a nuestros gatos hipotéticos, así que…

Deslizó su mano alrededor de mi cuello y me acercó para besarme. Con labios suaves, abiertos y provocativos, se presionó contra mí, inclinándose y deslizando su lengua en mi boca.

Escuché el sonido más gutural, y que Dios me ayudara, pensé que venía de mí.

Lo rodeé con mis brazos y nunca nadie se había sentido tan bien contra mí. Su pequeño cuerpo era perfecto en todos los sentidos, y tenía planos suaves y músculos torneados y duros…

Jesús.

Estaba duro.

Pasé mi mano por su trasero y acerqué sus caderas a las mías. Quería que sintiera que estaba tan excitado como él. Que me estaba haciendo esto.

Rompió el beso, jadeando, con los ojos entrecerrados y los labios hinchados.

—¿Dormitorio?

Asentí.

—Sí, por favor.

Tomó mi mano y me condujo por un pasillo corto hasta su dormitorio. Se giró y me acercó para darme otro beso y me dejó tomar el control. Quería que yo me hiciera cargo, que le hiciera lo que yo quisiera.

Era una guerra constante entre la urgencia y el deseo apasionado, y la necesidad de mostrarle la moderación y la perfección que merecía.

Intenté esto último.

Pasé mi mano por su pecho, hasta su garganta, y con la punta de mi dedo debajo de su barbilla, incliné su rostro hacia arriba para poder besarlo. Hundí mi lengua profundamente en su boca, enredándola, saboreándola y tratando de controlar mi ritmo.

Cuando se rindió ante mí, le saqué la camiseta por la cabeza y la

tiré, luego también me quité el suéter. Con mi mano acunando su mandíbula, lo besé de nuevo y lo empujé hasta que retrocedió sobre la cama, y lo bajé suavemente.

Dejé que el peso de mi cuerpo lo presionara contra el colchón mientras lo besaba, y él instintivamente abrió las piernas y levantó las caderas. Su desesperación comenzó a mostrarse en la forma en que me arañó la espalda mientras giraba sus caderas presionándose contra mí.

Esto iba a terminar demasiado rápido.

Me eché hacia atrás y me puse en cuclillas entre sus muslos esperando un segundo para calmarme, pero solo empeoró las cosas.

—Mierda, te ves tan sexi ahora mismo.

Su torso delgado y pálido y el bulto en sus vaqueros.

—Estoy tratando de controlar mi ritmo —admití—. O esto terminará antes de que comience.

Se rio, con la lengua asomando por la comisura de los labios.

—Tal vez deberíamos hacer de este el primer plato —dijo sus ojos recorriendo mi pecho hasta la muy notable erección en mis pantalones. Gruñó y arqueó la espalda—. Sí, los entrantes primero, el plato principal después.

Le tomé la pierna y traté de quitarle el zapato.

—No hay tiempo para eso —dijo desabrochándose los vaqueros y sacándose la polla—. No estoy bromeando, Keats.

Le sonreí, me desabroché el botón del pantalón y me bajé la bragueta. Liberé mi polla, gimiendo ante el contacto.

—Me alegro de que estemos en la misma página.

—Joder —exclamó con sus ojos en mi polla—. Oh, Keats, sí, por favor.

Me incliné hacia delante, con una mano presionada contra el colchón al lado de su cabeza, tomando rápidamente nuestras erecciones con la otra mano. Calientes y duras, sedosas y resbaladizas con presemen. Los ojos de Linden se pusieron en blanco y sus caderas se elevaron.

Era impresionante. Tan sensual, tan sexi, con sus mejillas sonrojadas y sus labios rosados.

Y se sentía muy, muy bien.

Estaba balanceando sus caderas, encontrando mi puño con cada embestida, y era demasiado. Estaba demasiado caliente, yo estaba demasiado excitado y había pasado demasiado tiempo. Este placer, esta emoción, era una bomba de tiempo, cada vez más cerca…

Gritó, su cuerpo se sacudió debajo de mí, y fue todo lo que se necesitó para que mi orgasmo detonara en mi interior. Me corrí a borbotones por su estómago y pecho, solo un momento antes de que él hiciera lo mismo. Su cuerpo se arqueó debajo de mí, su polla pulsando contra la mía. Todo mi cuerpo tembló; cada célula ardía de éxtasis

mientras intentaba mantener mi peso fuera de él.

Sonriendo, puso sus manos en mi cara y me acercó para besarme, y cuando me desplomé encima de él, se rio.

—Bueno, el primer plato estuvo delicioso —dijo con voz ronca y cálida—. El segundo plato será aún mejor.

Me reí entre dientes, con la cara enterrada en su cuello.

—Podría necesitar unos minutos.

O tal vez treinta.

Tarareó alegremente, sus manos explorando mi espalda, devolviéndome lentamente a la realidad. Al lío pegajoso que ahora había entre nosotros. Apoyé la cabeza en mi mano para poder mirarlo a los ojos.

—Probablemente deberíamos ducharnos. —No hice ningún intento de alejarme de él. No estaba seguro de poder hacerlo.

Rio.

—O simplemente podríamos quedarnos aquí. —Pasó su dedo por mi frente, apartando mi cabello hacia atrás y luego bajando por mi mandíbula hasta mis labios. Su mirada siguió el movimiento y se mordió el labio inferior—. Tengo requisitos específicos para el segundo plato de esta comida —dijo.

Tararee y arqueé una ceja.

—Está bien. ¿Cuáles?

Su sonrisa perezosa se amplió y sus ojos se centraron en los míos.

—Sí. Voy a necesitar una follada muy completa.

Resoplé, demasiado feliz para sentirme sorprendido o avergonzado.

—¿Es así?

—Sí. Ahora que he visto tu polla, necesitaré más. Profundo y preferiblemente con frecuencia.

Me reí.

—Estaré encantado de poder hacerlo.

Tenía una polla bastante decente. Dieciocho centímetros de largo con una cabeza de hongo gorda. Aparentemente, era perfecta para hacer estallar algunos fuegos artificiales internos.

—Déjame limpiarte —dije separando nuestros estómagos de donde nos habíamos pegado.

—Ducha —sugirió sentándose. Hizo un remolino en el semen secándose sobre su estómago—. Dios, esto es muy sexi, no voy a mentir.

Me puse de pie y le tendí la mano, luego lo puse de pie y lo seguí al baño. Nos quitamos los zapatos y los pantalones, entramos juntos a la ducha, dejando vagar nuestras manos enjabonadas mientras nos reíamos en cada beso.

Y ni una sola vez las mariposas se detuvieron. Ni una sola vez disminuyó la emoción de cada beso, la anticipación, los nervios, el

latir total de mi corazón cuando él se reía.

Cada toque, cada caricia, cada aliento.

Una cita oficial, una tarde completa con él y estaba perdido. Bien, lo conocía desde hacía un mes. Técnicamente habíamos tenido dos citas, nos habíamos enviado mensajes de texto y habíamos coqueteado. Pero un día con él y lo supe… Honestamente lo sabía.

Realmente lo dejaría nombrar a nuestros gatos Albóndiga y Espagueti.

CAPÍTULO SEIS

LINDEN

AY, tío.

Las cosas avanzaban rápido, pero de alguna manera no lo suficientemente rápido. Quería todo con él y lo quería ahora mismo.

No era perfecto. Ninguna persona lo era. Pero era perfecto para mí.

Con su nombre perfecto, su rostro perfecto, su trabajo perfecto, su risa perfecta y su jodidamente todo perfecto.

¿Y su polla?

Perfección.

Y no lo dejaría ir hasta que lo tuviera dentro de mí.

Lo necesitaba.

Quiero decir, no lo tenía como rehén exactamente. Simplemente lo estaba animando a que se quedara.

Nos duchamos y nos volvimos a vestir, y después de que Keats me mostrara cómo asegurarme de que las nuevas plantas estuvieran regadas adecuadamente, sugerí tomar algo y ver Netflix. Estuvo de acuerdo de inmediato y luego estábamos en el sofá, y veinte minutos más tarde, su atención se centró en mí.

Presionó su hombro contra el mío, más cerca. El calor de su cuerpo era celestial. Eléctrico.

Inclinó su rostro de modo que todo lo que podía ver era la agudeza de su mandíbula y la columna de su cuello.

Quería lamer cada centímetro de él.

Su pulgar trazó líneas a lo largo de mi muslo, deslizándose hacia dentro. Hacia arriba.

Luego lanzó un gemido bajo, casi un gruñido, y estuve a punto de estallar en llamas.

Me puse de lado.

—¿Estas tratando de matarme?

Se rio entre dientes, sus ojos oscuros llenos de promesa y deseo.

—Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti —murmuró—. Es todo en lo que puedo pensar, y estás muy cerca, pero no lo suficientemente.

Ay, tío.

—La combustión espontánea existe, te lo haré saber —dije, mi voz mucho más entrecortada de lo que pretendía—. Estoy muy cerca de encenderme, así que si no tienes intención de controlar este fuego, te sugiero que te detengas.

Sonrió y subió su mano hacia el interior de mi muslo, deslizándose, tentando y excitándome.

—No quiero parar —suspiró. Su mirada se encontró con la mía y el calor en la suya me dejó sin aliento—. Quiero llevarte de vuelta a la cama.

Asentí, al principio con rigidez, luego como si la cabeza fuera a tambalearse de mis hombros.

—¿Tienes la intención de follarme? —murmuré. De alguna manera mi voz funcionó. Un poco.

Se inclinó, su nariz rozó mi mandíbula y me susurró al oído.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí —dije demasiado rápido. Todo mi cuerpo se sentía cargado, vibrando, y me preguntaba si la combustión espontánea existía realmente.

Cogí su mano, lo puse de pie y casi lo arrastré de regreso a mi cama. Me quité la camiseta por la cabeza y me desabroché los vaqueros, tratando de desvestirme lo más rápido que podía…

Mientras él permanecía allí y observaba.

Como si estuviera viendo cómo se desenvolvía un regalo.

Hasta que detuvo mi mano. Se lamió la comisura de la boca y su nuez de Adán subió y bajó mientras su mirada recorría mi cuerpo y volvía a mi cara. Pasó las yemas de sus dedos por mi pecho, poniéndome la piel de gallina a su paso, sobre mi pezón, y cuando llegó a mi cuello, acunó mi mandíbula, con su pulgar en mi barbilla.

Inclinó mi cara hacia arriba y presionó su boca contra la mía, labios y lengua, exigente.

Y lo dejé.

En ese momento, le habría dejado hacer lo que quisiera conmigo.

Él estaba a cargo; tenía el control.

Me encantó.

Chupó mi lengua y pasó sus manos por mi espalda, sobre mi culo, y bajó mis vaqueros hasta que cayeron al suelo.

Joder, sí.

Pero él todavía estaba vestido y necesitaba que estuviera tan desnudo como yo.

Tiré del dobladillo de su suéter y él hizo el honor de quitárselo, luego busqué a tientas el botón de sus pantalones. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó mientras le desabrochaba los pantalones y se los bajaba, y finalmente, finalmente, estaba tan desnudo como yo.

Su hermosa polla sobresalía con orgullo, presionándose contra mí, la cabeza gruesa y redonda untando presemen en mi vientre.

No podía esperar a tenerlo dentro de mí.

Ralentizó el beso, su frente contra la mía, sus ojos cerrados.

—Por favor, dime que tienes condones.

Me reí.

—Cajón superior, junto a la cama.

Suspiró, una sonrisa tirando de sus labios.

—Acuéstate en la cama, boca abajo.

Mi piel picó por todas partes y mis bolas bajaron.

Me tomó la barbilla entre el pulgar y el índice.

—Abre las piernas para mí.

Cristo.

Sentí las rodillas como gelatina y me apresuré a hacer lo que me indicó. Cuando estaba boca abajo y levanté las caderas para colocar mi pene en una posición cómoda, una botella de lubricante y un paquete de aluminio golpearon el colchón a mi lado.

Oh, joder, sí.

La cama se hundió y pasó sus manos por la parte posterior de mis muslos mientras se arrodillaba entre mis piernas. Instintivamente levanté mis caderas y deslicé mi mano debajo de mí para presionar mi polla.

—Quieres esto tanto como yo, eh —murmuró. Sostuvo mis caderas antes de dejar tiernos besos en la base de mi columna. Sus uñas clavándose en mi piel, su aliento caliente y labios suaves casi demasiado y ni mucho menos lo suficiente.

—Keats —murmuré, presionando mi frente contra el colchón. Intenté darle más de mi trasero, intenté que se diera prisa.

Escuché el suave clic de la tapa de la botella, e incluso el frío chorrito de lubricante hizo poco para apagar el fuego. Cuando pasó el pulgar por mi agujero, pensé que las chispas podrían prenderse, pero aun así no fue suficiente.

Ni siquiera cuando me hundió sus dedos resbaladizos.

Simplemente sentí como si estuviera agregando más combustible a la leña seca y a la yesca cuando todo lo que yo quería que hiciera era darse prisa y encender la maldita cerilla.

—Keats —dije de nuevo, frustrado y desesperado—. Deja de jugar conmigo. Necesito que me folles. Ahora.

Se rio entre dientes.

¿Pensaba que esto era gracioso?

Estaba a punto de decirle lo que pensaba cuando tomó mis piernas y me dio la vuelta.

Ni siquiera sé cómo.

Pero de repente estaba boca arriba con las piernas hasta el pecho y él estaba inclinado sobre mí, con su enorme cabeza de pene presionada contra mi ano. Su rostro a un centímetro del mío.

—¿Impaciente? —preguntó, el diablo en su sonrisa.

Antes de que pudiera responder, presionó su polla contra mi entrada e inmediatamente lamenté mi urgencia.

Mierda.

Santa Madre de Dios.

Empujó hasta que mi cuerpo aceptó la gruesa cabeza de su pene, el estiramiento dio paso a un lento deslizamiento y finalmente pude respirar.

Keats se estremeció por la moderación, con los ojos entrecerrados.

—Ay, Dios mío —respiró. Entonces sus ojos se abrieron de golpe, el fuego en ellos parpadeaba con preocupación—. ¿Estás bien?

Logré asentir.

—Ahora sí. La cabeza de tu polla… joder.

Se estremeció de nuevo, se echó hacia atrás y luego se acercó a mí, lento y seguro.

—Estás muy apretado. Ah, joder. —Entonces me besó, suave al principio, luego más profundamente, su lengua en mi boca manteniendo el ritmo de sus embestidas.

Me llenó tan completamente. Cada centímetro, cada espacio, cada respiro.

Me meció, empujando mis piernas más arriba, empujando más profundamente, y cuando empujó hacia arriba, golpeó algo dentro de mí.

Algo mágico y aterrador.

Jadeé, mis caderas se sacudieron, pero él me inmovilizó allí mismo, jodidamente allí, y golpeó ese lugar de nuevo.

Necesitaba más, una y otra vez, y agarré su culo.

—Más. Justo ahí. Más. —Mi voz ni siquiera sonaba como la mía. Estaba tensa, desesperada y suplicante—. Por favor. Más, por favor.

Y me dio más. Más fuerte y repetidamente, golpeando ese punto mágico, golpeándolo como un pedernal contra la piedra, chispas volando en todas direcciones hasta que finalmente, la yesca se encendió.

Un fuego de placer tan caliente, tan brillante, me atravesó y me consumió.

Todo lo que pude hacer fue aguantar y dejar que él controlara las llamas.

Y controlarme, lo hizo.

Nunca había experimentado algo así. Un orgasmo tan feroz que parecía una experiencia extracorporal. Tan intenso, tan abrasador.

En algún lugar de la neblina escuché a Keats gemir, su ataque de ese fuego mágico alcanzó un crescendo antes de empujar con fuerza por última vez, quedarse quieto y gritar.

Pero estaba perdido para ello, para él, para lo que sea que fuera eso.

Se desplomó encima de mí y ninguno de los dos podíamos movernos.

Todavía estaba muy agitado, mis nervios eran un desastre, pero de alguna manera saciado y contento, y…

Y él se deslizó afuera de mí.

Se sentía mal extrañarlo cuando todavía estaba encima de mí, pero lo quería en mi interior otra vez.

Lo quería para siempre.

—Tienes que hacer eso de nuevo —le dije—. Repetidamente, para siempre. Ni siquiera sé qué fue eso o si es legal, pero quiero más.

Se rio perezosamente en mi cuello y luego se apartó de mí, acercándome a sus fuertes brazos. Mi cara se presionó contra su pecho y él besó un lado de mi cabeza.

—A mí también me gustaría más —murmuró—. Pero voy a necesitar un minuto.

—¿Solo un minuto?

Resopló.

—Sí, tal vez una hora. O dos.

Yo todavía estaba muy sensible, y cuando apreté mi trasero, me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Jesús.

Se rio y me frotó la espalda, y después de uno o dos minutos, mis temblores se calmaron y comencé a sentirme pesado.

—¿Te sientes mejor?

—Mmm.

Lo que sentía ahora era sueño.

Incluso me sentía destrozado.

Me abrazó con más fuerza y nos quedamos dormidos.

Nunca me había sentido tan cómodo y seguro en toda mi vida. Lo cual era ridículo, dado el breve tiempo que hacía que conocía a Keats. Nunca había necesitado sentirme seguro. Pero eso era lo que sentía con él.

Era irracional y absurdo, pero muy real.

Y tal vez fue el hecho de que acababa de darme el mejor orgasmo de mi vida, y me arriesgaría a suponer que eso jugó un papel muy importante, pero mi corazón ya estaba invertido en él.

Y cuando desperté con suaves círculos trazados en mi espalda, suaves caricias y dulces besos en mi frente, estaba totalmente de acuerdo con mi corazón.

Condenado. Para la segunda cita. Bien y verdaderamente por encima de mis expectativas, y nunca había sido más feliz.

—Tengo hambre —murmuró—. ¿Hacemos el pedido?

Sonreí, gustándome demasiado que él no quisiera irse todavía.

—Suena bien. ¿Qué se te antoja?

Suspiró mientras frotaba mi espalda.

—Souvlaki de pollo, ensalada y patatas fritas.

Me reí y me senté para poder ver su cara.

—Eso fue muy específico.

Sonrió.

—Tú preguntaste. ¿Qué se te antoja a ti?

—Souvlaki de pollo, ensalada y patatas fritas. Ahora que lo mencionaste.

Se rio.

—Perfecto. Conozco un lugar.

Lo ordenó y nos vestimos, dejándonos caer en el sofá, con mi cabeza sobre su pecho, su brazo rodeándome, y conseguimos ver el final de una película en blanco y negro.

Era una locura que nos sintiéramos cómodos el uno con el otro desde el principio. Sentía que lo conocía desde hacía años, no semanas. Sin embargo, todavía sabía muy poco sobre él.

—¿Qué música tienes en tus listas de reproducción? —pregunté.

—De todo. Tengo música relajante y suave para mi tienda, aunque tendemos a turnarnos para elegir. ¿Y la tuya?

—Depende de mi ánimo. Mi etapa gay de mediana edad se inclina hacia muchas bandas sonoras musicales.

—Elección audaz.

Me reí.

—¿Nombre de tu concierto de lista de deseos?

—¿Estamos jugando a las veinte preguntas?

—Sí. Estoy tratando de encontrar un defecto.

Rio.

—¿Un defecto? Tengo muchos.

—Nómbralos.

Gimió un sonido prolongado, casi doloroso.

—Dios. Mmm. Me obsesiono.

—¿Como un acosador?

Volvió a reír.

—No. Dios, no. Me refiero a mi trabajo. Mi negocio es mi prioridad.

Me senté derecho, tomé su mano y lo miré a los ojos.

—Debería serlo. Es tu sueño, ¿verdad?

Asintió.

—Entonces deberías priorizarlo. También es tus ingresos y tu inversión financiera. Debería ser una prioridad. Lamento que tu ex no viera eso.

Apretó mi mano y estudió mis dedos durante un largo momento.

—Gracias. —Luego suspiró—. Tal vez no lo veas así cuando quieras hacer algo un día y no pueda ir contigo.

—¿Pensando en nuestro futuro?

Su mirada se posó en la mía.

—Eh, bueno, no. No quise decir… Sólo quise decir hipotéticamente hablando… ¿Deberíamos llegar tan lejos?

Me reí y, llevándome nuestras manos unidas a los labios, besé sus nudillos.

—Ya nombré a nuestros hipotéticos futuros gatos, ¿recuerdas?

Una sonrisa triunfó.

—Espagueti y Albóndiga. ¿Cómo podría olvidarlo? Y para que lo sepas, estoy cien por cien de acuerdo con que nombres a nuestros hipotéticos futuros gatos.

Suspiré, tratando de ignorar la forma en que mi corazón latía con fuerza.

—Y para que lo sepas, nunca antes había nombrado gatos hipotéticos con nadie. Ni siquiera estuve cerca.

Su sonrisa era dulce y un poco insegura.

—Es una locura, ¿verdad? ¿Esto? No sé por qué te sientes tan bien. Y tal vez sea demasiado prematuro admitirlo. Pensé que tal vez era porque hacía tiempo que nadie se interesaba en mí… —Luego hizo una mueca—. Bueno, eso no es cierto. Hacía tiempo que yo no me interesaba en nadie.

—Oh, entonces ha habido tíos husmeando —dije un poco en broma, un poco no—. Créeme, si les hiciste lo que me hiciste a mí en la cama, no me sorprende que estuvieran tratando de engancharte.

Sonrió, aunque estaba un poco avergonzado.

—Podían husmear todo lo que quisieran. Nunca estuve interesado. Tenía mi tienda y mis cuentas que administrar, mis finanzas que revisar. Nunca se termina.

—¿Y ahora?

Buen punto, Linden. Pregúntale directamente.

Él sonrió y observó nuestras manos mientras jugaba con mis dedos.

—Y ahora estoy listo —dijo en voz baja. Entonces sus ojos se encontraron con los míos—. Porque ahora estás tú.

Ay, tío.

Mi estómago y mi corazón dieron un vuelco.

—Porque ahora estás tú —le susurré en respuesta, las palabras más dulces que nadie me había dicho jamás—. Es una locura y es pronto. Pero se siente bien, ¿verdad?

Asintió, luego se inclinó y me besó suavemente.

—Me alegro de que estemos en la misma página.

Su teléfono sonó con la entrega de comida y comimos sentados en el suelo con la mesa de café entre nosotros. Fue divertido y me dio un poco de distancia.

Había una voz en mi cabeza que me decía que buscara alguna perspectiva. Incluso una revisión de la realidad.

Tomé un bocado de pollo y ensalada y le apunté con el tenedor.

—Todavía estoy tratando de encontrar algunos defectos. No puedes ser tan perfecto.

—No soy perfecto —dijo negando con la cabeza—. Por favor, no creas que lo soy. Sólo te decepcionarás.

—Dijiste que tenías muchos defectos. Nombra algunos.

Se metió unas patatas fritas en la boca y habló después de masticar.

—¿Quieres que hable con la boca llena?

Me reí.

—No.

Se rio mientras masticaba y tragaba.

—Está bien, durante los últimos años, sólo he sido yo. No he tenido que considerar a nadie más, así que asumo que soy egoísta hasta cierto punto.

—Ah, pero el hecho de que seas consciente de ello y por lo tanto admitas que es un defecto te pone por delante del juego. Siguiente.

Sonrió.

—A veces dejo mis platos en el fregadero durante la noche y no los lavo hasta después del desayuno.

—Oh, no —bromeé—. Eso es un factor decisivo.

Puso los ojos en blanco y pinchó un trozo de pollo.

—Está bien, sinceramente, este es grande y debería darme vergüenza, pero me alegro de que este pollo muriera para que lo comiéramos porque está delicioso.

Solté una carcajada.

—Dios mío, qué crueldad.

Me sonrió y luego su sonrisa se desvaneció lentamente.

—No sé cuáles son mis defectos. Quizás no soy tan consciente de mí mismo como debería.

—Entonces, ¿qué es un factor decisivo para ti? ¿Cuál es ese algo que si hiciera, te irías?

—Mentir —respondió—. Si me mientes, sobre cualquier cosa. Prefiero escuchar una dura verdad que una mentira amortiguada.

—Me parece bien.

—Engañarme sentimentalmente —añadió.

—Oh, sí, estoy cien por ciento de acuerdo. El gilipollas ex, Jason, ¿recuerdas?

Hizo una mueca.

—Ah, lo siento. No quise mencionar eso. Estaba un poco cubierto por la cláusula de no mentir. Lo siento.

Le quité importancia con un gesto de la mano.

—No te preocupes por eso. He superado completamente lo de ese imbécil. Me hizo un favor, porque si no me hubiera engañado, no habría entrado en tu tienda buscando flores asesinas.

Me sonrió.

—Tal vez debería agradecérselo.

—Bueno, yo no iría tan lejos.

Se rio en voz baja.

—¿Cuál es otro factor decisivo para ti? Aparte de mentir y engaño sentimental.

—Si saliéramos a algún lugar y fueras grosero con el personal de ventas o los camareros, como si les hablaras con desprecio, eso sería un factor decisivo para mí —admití—. Nadie es mejor que nadie, independientemente de su puesto de trabajo o su riqueza.

Sonrió.

—Me gusta. Y como alguien que trabaja en servicio al cliente, estoy totalmente de acuerdo.

—¿Tratas con gente horrible?

—Todo el tiempo.

Hice una mueca.

—Es tan asqueroso. Sinceramente, me sorprende no verlo más a menudo, dada mi línea de trabajo. Trato con gente increíblemente rica y todos han sido bastante decentes hasta ahora. Quiero decir, pueden ser completos idiotas y personas horribles en general, pero son amables conmigo y con cualquier otro miembro del personal con el que los he visto interactuar. Aunque hubo una mujer, una influencer de fitness en Instagram entre todas las cosas. Nos encontramos para una reunión preliminar, para ver si podíamos trabajar juntos, y ella hizo llorar a su joven asistente frente a mí. Era un personaje desagradable. Le dije que no era nadie con quien asociaría mi nombre y me fui. No lo toleraría.

Parecía contento con esto.

—Bien por ti.

—Y supongo que alguien que quisiera estar en mi vida necesitaría conocer a Cory. Él es mi mejor amigo. Intentó decirme que mi ex era un idiota y debería haberlo escuchado. Además, a Jason nunca le gustó Cory y eso debería haber sido una señal. Supongo que yo sólo quería ver algo que no estaba allí. —Le sonreí a Keats—. ¿Recuerdas lo que me dijiste después de ayudarme a entregarle esas flores?

Su mirada se encontró con la mía.

—Dije que merecías algo mejor.

—Exacto. Y lo merezco. —Asentí lentamente—. Y creo que lo encontré.

Su sonrisa fue lenta y cálida, sus ojos llenos de sinceridad.

—Tal vez debería conocer a Cory. Ya sabes, sólo para estar seguros.

Dios, tuve que arrastrar a Jason pataleando y gritando para que se conocieran, y aquí estaba Keats como voluntario. Prueba de que definitivamente había encontrado uno bueno.

Sentí que mi corazón era dos veces más grande que mi pecho.

—Quizás deberías.



—QUIERE CONOCERTE —le dije.

Cory y yo estábamos poniéndonos al día como hacíamos semanalmente los domingos por la tarde. No importa cuán ocupadas tuviéramos nuestras semanas, siempre teníamos tiempo el uno para el otro. A veces hacíamos recados; a veces viajes a una tintorería o lavandería. A veces era un viaje con su familia o la mía. El día de hoy nos poníamos al día haciendo las compras en Woolworths.

Dejó de empujar su carrito.

—¿Conocerme? ¿Ya?

—¡Lo sé! Te lo digo, Core, él es diferente. El hombre es una bandera verde andante. Bueno, al menos eso creo. Necesito que me digas lo que no veo. Quiero decir, es perfecto. —Tenía que dejar de usar esa palabra—. Bueno, él es perfecto para mí.

—¿Ya te acostaste con él?

—Guau. El juicio está en el pasillo cinco, ¿vale? Sólo estamos en el pasillo dos.

Puso los ojos en blanco.

—Sabes que no te estoy juzgando. —Se llevó la mano bien cuidada al pecho—. Cariño, no soy nadie para juzgar. Aún no te he contado lo que pasó anoche. Pero te conozco. Te acuestas con ellos y captas sentimientos.

—Te acuestas con hombres que acabas de conocer y captas…

Una mujer pasó y nos miró mal.

—El juicio está en el pasillo cinco —le dijo Cory.

Tomé su mano y lo aparté antes de que pudiera golpear a Doña Mirada Asesina y su canasta llena de tofu a base de plantas. Cristo. ¿Sabía siquiera qué era el tofu?

El marketing realmente se aprovechaba de los estúpidos.

Miré a un lado y a otro por el pasillo casi vacío.

—No fue sólo sexo. Fue… —Negué con la cabeza y traté de mantener la voz baja—. Cory, fue mucho más. Fue el mejor sexo de mi vida. Ni siquiera puedo describirlo.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Qué tan bueno?

—¿Es posible que su pene dispare metanfetaminas o cocaína? Porque soy seriamente adicto después de una vez. Necesito más de lo que sea que me hizo. Ni siquiera estoy bromeando. ¿Las pollas con cabeza de hongo gordas tienen algo de semen mágico?

Cory casi rugió, riéndose tan fuerte que el hombre al final del pasillo se detuvo y se quedó mirando.

—Sí, creo que ya habría oído hablar de eso antes. O lo tendría yo mismo.

—No estoy bromeando, Cory. Imagínate un enorme cohete de fuegos artificiales. Ahora mójalo en gasolina, agrega algunos destellos para divertirte y luego enciéndele la mecha. Eso es lo que me hizo.

Se inclinó e hizo algo extraño con las cejas.

—Parece que tuviste un orgasmo prostático.

—¿Alguna vez has tenido uno?

—Una vez.

—¿Y?

—Fue un cohete de fuegos artificiales rociado con gasolina más destellos para divertirse y le encendieron la mecha.

—Y nunca me hablaste de esto porque…

—Si te contara cada encuentro sexual que tengo, nunca hablaríamos de nada más.

Lo consideré y asentí.

—Cierto. —Luego vi unas galletas de arroz integral por encima de su hombro y cogí un paquete—. Ooh, necesito algunas de estas.

Cory empujó el carrito y comenzamos a caminar por el pasillo.

—¿Y quiere conocerme ya?

—Sé que es demasiado pronto. Quiero decir, ya nombré a nuestros gatos hipotéticos, y eso fue antes de que hiciera la magia con la cabeza de hongo mágica y su polla.

Cory dejó de caminar.

—¿Nombraste qué?

—Nuestros futuros hijos.

Hizo una mueca completamente horrorizada.

—¿Tu *qué*?

También se estaba sujetando su corazón.

—Por cierto, me encanta ese color de uñas.

Se inspeccionó las uñas.

—Oh, gracias. Se llama Mandarina Atómica. Ahora, por favor, explica lo de los niños.

—Gatos, no niños humanos. —Me estremecí—. Albóndiga y Espagueti.

—Ten piedad, estás jodidamente colado.

—Te dije después del primer día que había conocido al hombre con el que me iba a casar. No sé por qué te sorprende.

Me estudió durante unos largos segundos y luego asintió.

—Mmm. Bien. Lo conoceré. ¿Qué tengo que buscar exactamente?

—Cualquier cosa. Sabes que soy ciego a estas cosas.

—Sí, las gafas del amor.

—Y después de Jason...

—Te dije que era un capullo.

—Y esta vez te escucharé.

Cory suspiró.

—Linden, eres mi mejor amigo y te amo.

Ay, querido…

—Pero nunca me has escuchado, ni una sola vez. Y siempre he tenido razón.

—Lo sé.

—Y si te digo que hay algo malo en el Sr. Perfecto, el padre de tus futuros hijos gatos, ¿qué harás?

—Llorar. —Me encogí de hombros y traté de pensar en lo que realmente haría—. No, eso mismo. Lloraría y estaría desconsolado y triste por toda la eternidad.

—Oh, genial. —Levantó las manos y volvió a empujar el carrito—. Entonces no hay presión.

Me quedé allí en medio del pasillo hasta que noté las galletas de pita que estaban tan buenas con hummus. Cogí un paquete y tuve que caminar a toda velocidad para alcanzar a Cory.

—Entonces, cuéntame sobre anoche —dije.

Se giró, sosteniendo una caja de bolsitas de café frío.

—Ay, dios mío. —Arrojó la caja al carrito y cogió una jarra de café del estante. Era cilíndrica y no podía rodearla con la mano—. Así de grande, te lo aseguro. Pensé que me iba a partir por la mitad.

Le quité la jarra de café y le di a la pobre mujer, en un momento desafortunado, una sonrisa de disculpa.

—Jesús, Cory.

No se dejó intimidar.

—Fue muy bueno. Mucho mejor esta vez.

—Espera… ¿*Esta* vez?

Cory sonrió y resopló con satisfacción. Luego levantó tres dedos.

—Tercera vez.

—¿Con el mismo chico? —Podría haber gritado eso, así que lo intenté de nuevo mucho más tranquilo y con menos asombro—. ¿Repetiste con el mismo chico?

El hecho de que fuera tres veces no venía al caso. Nunca tenía sexo dos veces con el mismo chico. Jamás. Así que… ¿Tres veces?

—¿Nunca me dijiste esto? —Me quedé estupefacto—. Detalles, Cory. Ahora.

Rio.

—¿Recuerdas ese semental que ofreció servicio completo?

—Sí. Con él… —Levanté la jarra de café.

—Su nombre es Amon. Es egipcio. Bueno, sus padres lo son. Nació aquí.

—Espera. ¿Conoces los detalles? ¿Tuviste una conversación personal con él? —Tuve que apoyarme en las estanterías—. Ay, Dios

mío.

Me dio un empujón.

—Cállate. He hablado con los demás. A veces. Como una o dos veces.

Ay, por favor. Tenían suerte si quiera si les preguntaba el nombre.

—¿Y te has encontrado con este Amon en el mismo bar tres veces? ¿Deliberadamente?

—La primera vez fue cuando estuve contigo. Nunca lo había visto antes. La segunda vez tal vez fue accidental y la tercera vez fue en su casa. —Estaba luchando contra una sonrisa—. Después de que me invitó a cenar.

¿Una cita?

—¿Una cita? —Quizás yo también había gritado eso—. ¿Tuviste una cita y no pensaste en decírmelo?

—Te lo estoy diciendo ahora. La cita fue anoche —respondió—. Y tú y yo hemos estado aquí durante veinte minutos y no hemos dejado de hablar de ti el tiempo suficiente para llegar a mí.

Eso me detuvo.

Toda la indignación se desinfló.

—Eso es cierto. Lo siento. —Le fruncí el ceño—. Soy un amigo de mierda, lo siento.

—No lo eres. Eres el mejor amigo de todos los tiempos. —Empezó a caminar de nuevo y yo me apresuré a seguirle el paso—. Pensé que habías renunciado a los hombres por toda la eternidad.

—Lo había hecho. Hasta él.

Cogió una botella de probióticos del estante de alimentos naturistas.

—Toma. Vas a necesitarlo para toda la polla de hongo mágico que recibirás.

Tomé el frasco y le sonreí a un hombre que estaba mirando pastillas de vitaminas pero que ahora se alejaba de nosotros.

—¿Qué? —le preguntó Cory—. La salud intestinal es importante.

Lo tomé del brazo y lo llevé por el pasillo.

—Deja en paz a la población heterosexual desprevenida. Oh, necesito un poco de muesli.

Terminadas las compras, regresamos a mi casa para dejar mis compras.

—¿Estás seguro de que no te importa ayudar? —preguntó Cory.

—¿Estás bromeando? Limpiar los guardarropas y asegurarme de tomar las mejores decisiones de moda posibles es lo que más me gusta hacer.

Subimos las escaleras hasta mi casa y allí frente a mi puerta había una pequeña caja de flores. Me detuve. Mi corazón y mi estomago se lanzaron en picado en una rutina de buceo sincronizada mientras mi

cerebro sostenía una tarjeta de puntuación de diez.

—Ay, Dios mío —murmuré corriendo hacia mi puerta. Dejé mis bolsas de la compra y recogí las flores. Eran impresionantes—. Hay una tarjeta —dije, aunque ya sabía de quién eran. Leí la tarjeta en voz alta—. Amarilis, por anoche.

—¿Qué es Amarilis? —preguntó Cory.

—Debe ser el tipo de flor. Me está diciendo algo.

Cory gimió a mi lado.

—Ay, Dios, el estándar es alto.

Sostuve las flores contra mi pecho y me derretí contra mi puerta.

—El estándar está en la estratosfera.

Puso los ojos en blanco.

—Abre tu puerta.

Correcto.

Abrí la puerta y entramos con la compra. Cory sacó las cosas frías y las puso en el frigorífico mientras yo buscaba en Google la floriografía de Amarilis.

—Increíblemente hermoso —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Las flores. Eso es lo que quieren decir.

—Ay, tío —dijo Cory rotundamente—. Sí, está bien, él gana.

Me reí.

—Las flores significan *increíblemente hermoso* y dijo que eran por lo de anoche.

Mi corazón latía como loco y no sabía si quería reír o llorar. Saqué mi teléfono y pensé en enviar mensajes de texto, pero en lugar de eso llamé.

Respondió al segundo timbrazo.

—Hola —dijo en voz baja y con un atisbo de sonrisa.

—Recibí las flores. Acabo de llegar a casa y, Dios mío, Keats. Amarilis.

—¿Sabes lo que significan?

—Lo busqué en Google.

Suspiró.

—No puedo dejar de pensar en ti, en anoche.

Podía recordar muy claramente cuando se había ido. No quería irse y tuvo que obligarse a salir por mi puerta.

Puse mi mano en mi corazón y me derretí. En realidad me derretí, y Cory puso los ojos en blanco y gimió.

—Escuché sobre la polla mágica —dijo Cory, lo suficientemente alto como para que Keats pudiera escucharlo.

Jadeé y lo empujé.

—¡Cállate!.

Hubo una pausa y luego Keats dijo:

—Eh, ¿quién es?

—Cory. Acabamos de ir de compras y sólo logró asustar a tres personas, así que es como un récord. Y luego estaba conmigo cuando encontré las flores.

—Y chilló como una niña —gritó Cory.

—No chillé —dije.

—Y le contaste sobre la… ¿Qué dijo? ¿Polla mágica?

Resoplé.

—Absolutamente lo hice, sí. Es mejor que lo creas. Merece ser celebrado. Bueno, al menos alardear de ello.

Keats se rio un poco.

—Bien.

—Sólo se lo diría a Cory —añadí—. A nadie más. Compartimos nuestras historias de sexo. Créeme, sé más sobre la vida sexual de Cory de lo que realmente necesitaba saber.

—Perra, me ruegas que te dé más detalles —dijo Cory rotundamente.

Entonces Keats se rio fuertemente.

—Bueno, me alegro de que hubieras alardeado de mí. Supongo que es mejor que las historias embarazosas.

—Mucho que alardear —dije—. De todos modos, sólo quería llamarte para darte las gracias por las flores. Son increíblemente hermosas.

Suspiró.

—Tú también. Y también lo fue anoche.

Mi polla ahora estaba atenta. Gruñí.

—¿Quieres venir luego? Tengo que ir a casa de Cory, pero estaré en casa a las cinco.

—Me gustaría mucho —murmuró; el tono de su voz retumbó desde mi oído directo a mis pelotas—. Llevaré la cena.

—Está bien —susurré, sonriendo como un idiota.

La línea se cortó en mi oído y puse mi teléfono en mi corazón, tratando de controlar mi respiración.

Cory asintió lentamente.

—Sí, vale. Definitivamente necesito conocerlo. Por lo que parece, cuanto antes mejor.



LLEGUÉ a casa a las cuatro y media. El tiempo justo para darme una ducha y mirar el reloj hasta que alguien llamó a mi puerta.

Había estado entretenido en la casa de Cory, pero la anticipación de ver a Keats otra vez hizo que mi sangre hirviera. Ni siquiera la perspectiva de tener sexo o besarnos, sino simplemente verlo. Sí, está

bien, sexo también. Porque había tenido una medio erección desde mi llamada telefónica con él.

Sí, estaba completamente perdido.

Abrí la puerta, con el corazón en la garganta, incapaz de detener la sonrisa cuando lo vi. Tenía una bolsa de comida para llevar en una mano y algo pequeño y rosa en la otra.

—Hola —dijo, su sonrisa casi tan amplia como la mía.

—Ay, Dios, entra —dije casi tirando de él por la camisa—. He estado ansioso desde que dijiste que vendrías. Mi polla no se rinde.

Se rio y puso la bolsa de comida en la encimera de la cocina.

—No podemos permitir eso —dijo empujándome contra la encimera, su mano serpenteando alrededor de mi mandíbula, y presionó su boca contra la mía.

Fue un beso sucio.

Lenguas intrusas, bailando y deslizándose, e inmovilizándome contra la encimera con sus caderas. Hizo que mi cuerpo cantara como nadie más lo había hecho jamás. Nunca había conocido una pasión como esta. Tan caliente, tan consumidora.

Podría haber muerto allí mismo.

Qué maldita manera de morir.

Rompió el beso, aparentemente por necesidad de aire. Mantuvo su frente junto a la mía, con la respiración entrecortada.

—Puedo sentir lo excitado que estás ahora —murmuró, frotando su erección contra la mía—. Estoy deseándolo. ¿Te llevo a la cama ahora mismo? ¿O me arrodillo ante ti primero?

Ay, Dios.

Mis piernas casi se doblaron y mi polla palpitó.

—¿Ambos? —intenté decir.

Su sonrisa se estaba extendiendo lentamente, sus labios aún estaban hinchados por ese beso. Me besó de nuevo pero esta vez desabrochó el botón de mis vaqueros.

—Ambas cosas, entonces.

Luego cayó de rodillas, allí mismo, en mi cocina. Me mantuvo inmovilizado contra la encimera de la cocina, bajó la cremallera y me sacó la polla. Me miró mientras cerraba sus labios a mí alrededor y me la chupó.

—Ah, joder —jadeé—. Joder, sí.

Trabajó con su lengua, chupando y acariciando mi polla, luego gimió a mi alrededor y tuve que pensar en cualquier otra cosa para evitar correrme tan pronto.

Algo más. Piensa en cualquier otra cosa.

Luego hizo algo como mover la lengua mientras chupaba y no había manera de que pudiera contenerme.

—Dios, Keats —dije—. Vas a hacer que me corra tan rápido.

Gimió a mi alrededor, luego me pasó un muslo por encima de su hombro, me agarró el trasero, me llevó hasta su garganta y tragó.

Vi el firmamento.

Literalmente vi las malditas estrellas.

Lo agarré del pelo y me corrí en su garganta, sin tener ni idea de los sonidos impíos que hice o de lo que dije.

Apenas podía mantenerme de pie, y si él no me hubiera agarrado de la pierna, si no me hubiera sostenido contra la encimera, me habría deslizado hasta el suelo.

Me soltó y se levantó, rodeándome con sus brazos, ahora sosteniéndome. Acarició su cara contra mi cuello.

—Mm, sabes delicioso.

Solté una carcajada, bastante seguro de que había caído en algún mundo sin sentido donde nada era real.

—Jesús —murmuré.

Se rio entre dientes, luego se apartó un poco y escaneó mis ojos.

—¿Estás bien?

—Lo lamento. Has llamado al número de Linden Acres. No puede atender el teléfono ahora mismo. Deja tu nombre y número después del pitido y te devolverá la llamada lo antes posible.

Keats se rio y luego tomó mi cara con ambas manos.

—Hola —dijo, todavía sonriendo—. Realmente no te saludé adecuadamente en la puerta.

—¿Estás bromeando? Ese fue el mejor saludo que jamás haya tenido.

Se rio de nuevo y besó suavemente la punta de mi nariz.

—Ah, te traje esto —dijo tomando una flor rosa de la encimera—. La hice para ti. Las flores eran bonitas, sí, pero a ti te gustan las de papel.

—Oh. —Tomé la flor rosa doblada—. Es hermosa. ¿Qué es?

—Es un mezereón —respondió.

—¿Qué significa?

Sonrió, sus ojos se encontraron con los míos.

—Un deseo de agradar.

Resoplé.

—Bueno, lo lograste.

Se rio, cálido y encantador.

—Pero las flores de verdad eran suficientes. No tenías que hacerme esta también.

—Te puedo conseguir flores reales en cualquier momento. De cualquier tipo, cualquier día de la semana. Simplemente no se sienten especiales. —Tocó la flor de papel que tenía en la mano—. ¿Pero esto? Esto es de mi parte. Lo hice solo para ti.

—Única en su especie —murmuré—. Como tú.

Me dio una sonrisa que hizo que mi estómago diera un vuelco.

—Y la cena —dijo tomando la bolsa—. Traje un surtido de cosas japonesas. No estaba seguro de qué preferías.

Dios mío, era tan considerado. A mi ex ni siquiera se le habría ocurrido traer la cena, y mucho menos considerar lo que me gustaba y optar por pedir una variedad de cosas diferentes.

—Me gusta todo.

Cada cosa.

Nos sentamos en mi sofá y compartimos cada plato, comiendo y sonriendo, disfrutando de nuestra compañía.

—Parece que a Toñito y Rapunzel les gusta estar aquí —dijo señalando las dos nuevas plantas.

—Y Leonardo —agregué—. Me encanta tenerlas. Alegran mi estado de ánimo. ¿Cómo están Elizabeth y Sebastian?

—Aún no hay quejas. Los tengo junto a la ventana que da a la terraza —dijo—. Y sí, iluminan el lugar. Aunque realmente refuerza mi necesidad de decorar.

—¿Es terrible?

—Bastante.

—Me encantaría ayudar. Quizás el próximo fin de semana podamos ir a IKEA. —Me detuve y agregué un muy rápido—: Si no estás ocupado, claro. O incluso si quieres.

No quise simplemente invitarme a mí mismo…

—Me gustaría. —Sonrió casi sonrojándose. Luego pinchó un poco de arroz con el tenedor y supe que estaba tratando de decidir cómo debía expresar algo. O si debería decir algo—. Entonces, ¿le hablaste a tu amigo sobre mí?

Casi me reí de alivio. Ahí estaba yo pensando que iba a decir algo malo.

—Le hablé a Cory de ti después de la primera vez que te conocí y me ayudaste a escoger algunas flores que no matarían a nadie. Aunque Cory estaba decepcionado de que mi ex no estuviera dispuesto a cumplir con su karma, estuvo de acuerdo en que probablemente era lo mejor. No estoy hecho para ir a prisión. De todos modos, dije que el florista era precioso y que tenía un nombre sacado directamente de una novela de Jane Austen y que yo tenía tu tarjeta, pero tenía demasiado miedo para llamarte.

Sus cejas se arquearon.

—¿Tenías miedo?

—¡Sí! Mucho. Eras encantador y divertido y me dijiste que merecía algo mejor.

—Porque tenías miedo —dijo empujando el recipiente de comida para llevar sobre la mesa de café y prestándome toda su atención—. Merecías algo mucho mejor que esa mancha de paja.

Resoplé por su comentario.

—Y luego le dije hoy que anoche había tenido el mejor sexo de mi vida con este nuevo Sr. Maravilloso con el nombre perfecto y la polla perfecta.

Rio.

—¿El mejor?

—Indiscutiblemente. No sólo nadie está en la misma página que tú, sino que ni siquiera están en el mismo libro. Tú, Keats McCulloch, estás en un idioma diferente, en una biblioteca diferente, en un planeta diferente. Así de lejos estás.

Se rio entre dientes.

—Bueno, me siento halagado. E incluso lamento un poco que nadie te haya tratado como lo merecías. Y digo que lo siento solo un poco porque, si bien mereces ser tomado a fondo y contundentemente, también me alegro de que nadie te haya hecho eso excepto yo. —Su sonrisa se cayó—. Y ahora también estoy preocupado, porque se ha sentado un precedente y, con él, un estándar que tal vez no cumpla. Ciertamente no siempre, y tal vez nunca más.

Riendo, me subí y me senté a horcajadas sobre él. Se apoyó en el respaldo del sofá, con el rostro inclinado hacia mí, y lo besé suavemente.

—No lo espero siempre, pero eso no significa que no podamos intentarlo —murmuré besando su mandíbula hasta su oreja—. Siempre.

Sus manos fueron directamente a mi culo y me acercó, levantando sus caderas para encontrarse conmigo en un lento movimiento. Me mecí sobre él, rozando mis labios sobre los suyos nuevamente antes de instalarme en un beso lento y profundo.

No podía conseguir suficiente. Todo mi cuerpo se sentía eléctrico, deseado.

Así de alto, este subidón.

Este hombre.

Rompió el beso.

—Linden —dijo sin aliento, con la voz tensa—. Me estás matando aquí.

Podía sentir lo duro que estaba y me mecí sobre él por si acaso.

—Entonces, llévame a la cama y hazme lo que quieras.

CAPÍTULO SIETE

KEATS

ESTABA seguro de que quería matarme.

No con flores asesinas sino con su cuerpo. La forma en que me besaba y se frotaba contra mí.

Mi polla había estado lista para la acción desde que me arrodillé y se la chupé en su cocina. Listo en el semáforo, los motores rugiendo, esperando una luz verde.

Que se subiera a mi regazo y fundiera su cuerpo contra el mío, sus manos en mi cabello, su lengua en mi boca, fue toda la tortura que pude soportar.

Luego me pidió que lo llevara a la cama.

Ciertamente no necesitaba que me lo dijeran dos veces. Me levanté, sosteniendo su trasero, lo llevé a su habitación, lo tumbé sobre la cama y me acomodé entre sus muslos.

Se rio, tirando de mi camiseta y tratando de desabrocharme los vaqueros.

Fue una lucha para desvestirnos a ambos y seguí tratando de convencerme de ir más despacio, pero mi cuerpo no me escuchaba.

Mi corazón tampoco.

Todo esto estaba sucediendo muy rápido. Me estaba enamorando de él y eso debería haberme asustado, pero cuando finalmente entré en su cuerpo, hundiéndome por completo, ya era demasiado tarde.

No sólo me estaba enamorando de él. Ya había caído.

Y mientras se aferraba a mí, la forma en que jadeaba, gemía y arqueaba la espalda… y por la forma en que me miraba, con sus ojos llenos de súplica y asombro, estaba seguro de que él sentía lo mismo.

La forma en que pronunció mi nombre mientras me deslizaba adentro y afuera, acercándome a él. La forma en que sus piernas se engancharon alrededor de mi espalda para poder tomarme por completo.

La forma en que me sostuvo la cara y acercó mi boca a la suya cuando me corrí. La forma en que gimió en mi boca y se estremeció debajo de mí mientras llenaba el condón dentro de él.

Sí.

Ya había caído. Toda la distancia que nos separaba.

Llenaba cada rincón de mi mente. Su sonrisa, su olor, su risa. Incluso mientras conducía hacia el mercado de flores a las cinco de la mañana del día siguiente, habiendo dormido mucho menos de lo que estaba acostumbrado. Cuando regresé a la tienda y descargué mi camioneta con Robbie y Lina.

Lo único en lo que podía pensar era en él.

Robbie puso un café en mi mano y me miró extraño mientras llevaba una caja adentro, y luego chasqueó los dedos.

—Dios mío —dijo.

Sacudí la cabeza de todo lo relacionado con Linden y encontré a Robbie y Lina mirándome fijamente. Estaba sentado en el mostrador de servicio donde se suponía que debía procesar los pedidos del día. Debí haberme distraído.

—Jesús —dijo Robbie—. Has caído.

Solté una carcajada. No me importaba que mi cara se pusiera roja, no me importaba que esto fuera demasiado prematuro y no me importaba que ambos lo supieran.

—Sí. No puedo evitarlo. Él es… —Negué con la cabeza—. Es perfecto.

Robbie frunció los labios y me dio una mirada de arriba abajo.

—¿A qué hora salió de tu casa anoche? Pareces cansado, pero tienes ese brillo sexual que nunca te había visto.

Lina lo golpeó.

—Eso no es un brillo sexual. Ese es un brillo de “estoy enamorado”.

Enterré mi cara entre mis manos.

—¿Los dos tenéis razón? —Dios esto era vergonzoso—. Pero él no salió de mi casa. Yo salí de la suya. Anoche a las once.

Lina dio un saltito de felicidad.

—¡Eeee! ¡Estoy tan feliz por ti!

Robbie seguía mirando.

—¿Estás enamorado de él? ¿Ya? Han pasado tres semanas.

—Lo sé —dije de acuerdo con lo que estaba insinuando—. ¡Lo sé! Es demasiado pronto. Vamos a estrellarnos y arderemos en nuestras brasas porque esto no puede ser sostenible, pero, Dios mío, él es… él es… —Suspiré todavía sonriendo—. Perfecto.

—Nunca es demasiado pronto —dijo Lina—. Cuando el corazón lo sabe, lo sabe.

Asentí, pero no podía ignorar el escepticismo de Robbie. De un chico gay a otro.

—¿Nunca te has enamorado en el momento en que viste a alguien?

—Todos los viernes por la noche —respondió—. Pero eso no es amor. Eso es lujuria y drogas.

Puse los ojos en blanco.

—Amas a Tan.

—Fui obligado a hacer eso —dijo olfateando el aire—. Considéralo parecido al síndrome de Estocolmo, y aquí la víctima soy yo. Me lanzó un hechizo mágico o algo así.

Resoplé.

—Sí. Lo recuerdo.

Al principio Robbie había rechazado los intentos de Tan, y había tratado de actuar indiferente, pero el de ellos era un caso claro en el que Tan cayó primero, a Robbie lo golpeó más intensamente porque Robbie estaba tan enamorado de Tan que era hasta ridículo. Incluso ahora, todavía lo adoraba, le daba todo lo que quería y era ferozmente protector con él.

—¿Y cómo te va ahora? —pregunté.

Me señaló con una gerbera de tallo largo.

—Silencio.

Lina todavía estaba saltando.

—¿Cuándo lo volverás a ver?

—No lo sé —admití—. ¿El miércoles, tal vez? Definitivamente el fin de semana, pero no sé si podré esperar tanto.

Lina emitió un gemido agudo y Robbie suspiró.

—Entonces, la ropa nueva funcionó. De nada.

—Sí, conocía las marcas, así que gracias por la ayuda. Y dijo que tenías buen estilo.

Robbie arqueó una ceja y frunció sus gruesos labios.

—Bueno, es bueno saber que reconoce el talento cuando lo ve.

Suspiré felizmente. Me parecía muy extraño hablar de esto tan abiertamente. Me sentía como un colegial vertiginosamente enamorado.

Recordando cómo salí de su casa la noche anterior, cómo lo dejé en la cama, completamente saciado. Lo besé y llegué a la puerta de su habitación antes de tener que darme la vuelta y volver a besarlo otra vez.

De ninguna manera había querido irme.

Fue sólo el hecho de tener una alarma a las 4:30 de la madrugada lo que hizo que me fuera.

Todavía podía ver la sonrisa en su rostro en la habitación a oscuras. Su cuerpo envuelto en una maraña de sábanas, demasiado deshecho para moverse, demasiado somnoliento. Demasiado hermoso.

Quería esa vista tatuada en mi memoria.

—Necesito enviarle más flores —dije. Quería que supiera que estaba pensando en él. Que no había dejado de hacerlo.

—Está bien, cálmate, chico amante —dijo Robbie—. O lo asustarás.

—Rosas rojas —dijo Lina—. Clásico, elegante.

Robbie hizo una mueca.

—Cliché. —Sacó un jacinto blanco de su cubo—. Belleza.

Mmmm, belleza.

Seguro que es eso.

—Está bien —estuve de acuerdo—. Perfecto.

—¿Cuántos? —preguntó—. ¿Todo el cubo lleno?

—No sólo uno. —Entonces lo pensé—. No, tal vez debería hacerle uno de papel. Significa más. Tendré que buscarlo en Google.

Robbie parpadeó lentamente y luego volvió a meter el jacinto en su cubo.

—Eres una causa perdida, amigo mío. Ahora date prisa y danos la lista de pedidos o mejor cerramos la tienda y nos vamos a casa. —Volvió a chasquear los dedos—. Así que avívate. Sí, es maravilloso que hayas encontrado el amor y finalmente tengas relaciones sexuales después de la sequía más larga en la historia gay, pero la gente está esperando la entrega de flores.

Estaba a punto de decirle que se callara cuando se abrió la puerta y sonó el timbre. Lina tomó su hoja de trabajo con una sonrisa y Robbie arrebató la suya con su descaro habitual, y saludé al cliente.

—Buenos días —dije alegremente.

Dicho cliente era un chico joven, de unos veintipocos años. Vestía pantalones a cuadros blancos y negros, botas negras y un abrigo naranja brillante. Llevaba el pelo recogido, un arete largo de plata en cada oreja y esmalte de uñas brillante.

Se giró, su mirada pasó de mi rostro a mi etiqueta con mi nombre y a mi rostro nuevamente, y sonrió.

—Buenos días. Voy a echar un vistazo a las flores, pero me preguntaba si podrías ayudarme.

Me encogí de hombros.

—Claro. ¿En qué puedo ayudarte?

—Estoy buscando algo que envíe un mensaje.

Genial, entonces.

—Bueno, las flores ciertamente tienen significados. ¿Qué tipo de mensaje? ¿Gratitud, simpatía, felicitaciones? ¿Un mensaje al estilo del *Padrino* en lugar de una cabeza de caballo en su cama?

Sonrió.

—No, pero me gusta tu forma de pensar. —Escaneó el exhibidor y suspiró—. ¿Existe algún tipo de flor que diga *estoy tratando de decidir si eres digno*?

Parpadeé y pensé en ello.

—Bueno, nadie me había preguntado eso antes. Pero claro, quiero decir que tendría que haberlo. —Señalé el exhibidor—. La pulsatila significa *no tienes ningún derecho*. O el crisantemo blanco significa *verdad* u *honestidad*, pero probablemente necesites combinarlo con asclepias, lo que básicamente significa *considérate advertido* para transmitir realmente el mensaje. Y tal vez pata de gallo. Significa *se te hará justicia*. Ya sabes, como un ramo que dice *sé honesto o atente a las consecuencias*.

Sonrió.

—Me gusta.

—¿Estás pensando en ramo completo? Porque a veces un arreglo simple tiene más significado.

Lina apareció con una copia impresa. Me lo entregó.

—El diseño de flor de origami que querías —dijo.

El cliente miró el papel antes de que yo pudiera doblarlo y guardarlo en el bolsillo de mi delantal.

Inclinó la cabeza.

—¿Haces flores de papel doblado? —Luego miró alrededor de la sala de exposición—. No me di cuenta de que eso estaba disponible.

—Oh, es sólo para él —dijo Lina. Luego fingió un desmayó, digno de un Oscar—. Está enamorado.

Ay, Dios.

—Ah, gracias —le dije dándole una mirada dura.

No pilló la indirecta de callarse.

—Después de todo, ¿qué da uno para demostrar su amor cuando podría regalar cualquier flor del mundo?

Suspiré de nuevo.

—Sí, gracias, Lina.

Luego miró al cliente y le señaló la mano y el esmalte de uñas.

—Este color es fabuloso.

Él sonrió y extendió los dedos.

—Gracias. Es mandarina atómica.

Entonces entró Robbie y me tendió el teléfono de la tienda.

—Lo siento, jefe. Es Linden. Dijo que es urgente. Probó dos veces con tu móvil, pero no se lo cogías.

Palpé mi bolsillo trasero y luego me di cuenta de que había dejado mi teléfono en el mostrador de servicio. ¿Pero Linden? ¿Llamándome y diciendo que es urgente?

—Lo siento, debo atender esta llamada —le dije al cliente, haciéndoles un gesto a Robbie y Lina para que por favor lo atendieran. Me puse el teléfono en la oreja y di un paso atrás—. ¿Hola? Linden, ¿está todo bien? ¿Qué ocurre?

—Ay, Dios mío —dijo puro alivio—. Está bien, mira. Estás a punto de recibir un cliente. Es bajo, tiene el pelo negro, probablemente viste algo estilo punk de niña y tiene las uñas pintadas de color naranja…

Me volví para mirar al cliente. No estaba prestando atención a Lina ni a Robbie. Me estaba sonriendo.

—Ah, está aquí —dije lentamente.

Linden gimió.

—Voy a matarlo. —Pero luego suspiró—. Ese es mi futuro ex mejor amigo Cory. ¿Puedes ponerlo al teléfono? Te explicaré todo, solo necesito gritarle primero.

Le tendí el teléfono.

—Quiere hablar contigo.

Se rio, y Lina y Robbie me lanzaron una mirada confusa, y Cory se quedó allí, sonriendo como el gato de Cheshire.

—Hola —ronroneó por teléfono—. Oh, Linden, cariño, no seas así… Sí, lo sé… Te dije que quería conocerlo sin ti para poder ver cómo es cuando no estás cerca, y tengo que decirlo —dijo suavemente, todavía sonriéndome—. Es bastante encantador. Y sexi.

Ay, Dios.

Robbie me miró.

—¿Conoces a este chico?

—Creo que es el mejor amigo de Linden. —Entonces recordé qué tipo de flores había pedido—. Haciéndome un control de espionaje para ver si soy digno.

Robbie chasqueó la lengua.

—Oh, ya me gusta. —Luego se dirigió hacia la puerta trasera—. Al parecer, hoy solo trabajaré yo.

Lina tomó eso como una señal.

—Te dejo con tu cliente —dijo sonriendo mientras seguía a Robbie a la trastienda.

—Oh, cariño —dijo Cory por teléfono—. Ese es un lenguaje muy colorido… Sí, vale. Lo lamento… Porque no lo lamento, lo siento… —Suspiró y puso los ojos en blanco y luego me devolvió el teléfono—. Quiere hablar contigo.

Tomé el teléfono, tratando de no sonreír.

—¿Sí?

—Dios mío, Keats. Lo siento mucho.

—No te disculpes. No tienes nada que lamentar. Cory tampoco. Está bien. En realidad, es dulce.

—No puedes decirle eso, por favor —dijo Linden—. Enfádate con él. Como yo lo estoy.

Me reí.

—Está bien, sinceramente. ¿Estás fuera? Parece que estas rodeado de tráfico.

—Sí, estoy en la cola de Hermès. Tengo una cita y llegan tarde. Por eso no pude ir corriendo a tu tienda y matar a Cory en persona.

—Oh, ¿una cita? ¿Está todo bien? —No estaba seguro de quién o qué era Hermès.

Se rio entre dientes.

—Sí, es una tienda.

Una tienda.

—¿Y tienes una cita? ¿Para una tienda?

—Sí. ¿Sabes que tienen colas de gente esperando fuera de las tiendas minoristas ultraexclusivas?

No lo sabía.

—Eh, ¿seguro?

—Tienes que concertar una cita para comprar un bolso Birkin de diez mil dólares en Hermès y aun así tienes que esperar fuera durante una hora, y puedo asegurarte que mis clientes no harán eso. Me pagan para realizar la cita y hacer la compra en su nombre.

—¿Diez mil dólares por un bolso?

Se rio en voz baja.

—Oh, sí. Eso no es nada. De todos modos, no te entretengo. Por favor, dile a Cory que está en muchos problemas y que me ocuparé de él más tarde.

—Lo haré.

—Y puedes ignorar los mensajes frenéticos que dejé en tu teléfono.

Sonreí.

—Lo haré.

—Ooh, me toca entrar. Tengo que acabar la llamada.

La línea se cortó en mi oído, así que deslicé mi teléfono en el bolsillo de mi delantal y le sonreí a Cory, tendiéndole la mano.

—Keats. Encantado de conocerte.

Su sonrisa se amplió cuando me estrechó la mano.

—Cory. Espero que no haya resentimientos.

—Ninguno.

—Tenía que conocerte y quería que fuera cuando él no estuviera cerca para poder ver tu verdadero yo y no tu mejor comportamiento frente a él.

Asentí.

—Puedo apreciar eso. —Luego contuve la respiración—. ¿Y pasé la prueba?

Entrecerró los ojos.

—Hasta ahora. La referencia al *Padrino* fue un buen comienzo. —Me escudriñó durante un largo momento—. ¿Y le vas a hacer otra flor de papel?

—Se la haré. Bueno, iba a hacerla. —Me aclaré la garganta—. Probablemente parezca infantil, pero significa más que cualquier cosa que pueda regalarle en mi tienda. Y parece que le gustan.

—Las ama. Porque significa más que cualquier cosa que puedas darle de aquí. —Miró los exhibidores a su alrededor—. Así que supongo que la has pasado, aunque la prueba está en curso.

—No esperaría menos —respondí con una sonrisa.

Me sonrió y, aunque intentó ser duro, supe que le agradaba.

—Para que lo sepas —añadió—. Linden ha tenido terrible suerte con los hombres. Es demasiado amable, demasiado indulgente y, a menudo, lo pisotean por ser así. —Se llevó la mano al pecho—. No soy ni amable ni indulgente.

Intenté dejar de sonreír.

—Mensaje recibido y comprendido.

Asintió.

—Me alegro de que nos entendamos. —Luego me dio una sonrisa deslumbrante y miró la exhibición de flores frente a la que estábamos —. Sólo por curiosidad, si quisiera regalarle a alguien una flor que dijera que estoy interesado… —Levantó la mano—. Pero no demasiado interesado, porque hay que actuar distante, ¿qué sugerirías?

Podría decir por qué Linden y él eran amigos. Conocía a Cory desde hacía dos minutos y ya me agradaba. Me tomé un segundo para pensar en su pregunta y miré a mi alrededor para ver qué podíamos usar.

—Bueno, la viscaria es una elección audaz. Significa *únete a mí en este baile*. No sólo un baile real, sino el baile del romance, o el baile de lo que sea que estés pasando.

—¿Hay alguna flor que diga *estoy aquí sólo por tu polla*?

Solté una carcajada, agradecido de que no hubiera nadie más en la tienda.

—Eh, no que yo sepa.

Frunció el ceño mientras tarareaba.

—No sé si es del tipo flores. Es un tipo malote grande y duro. —Puso los ojos en blanco—. Excepto que en realidad no lo es. Es un osito de peluche enorme. Pero si le regalara flores en una cita o algo así, creo que se avergonzaría.

Asentí.

—¿Qué pasaría si llevaras una flor en la solapa? —Saqué un narciso de tallo largo de un cubo y lo acerqué al cuello de su chaqueta —. Probablemente no con esta chaqueta naranja, pero podría verse sexi con un color más oscuro. Y esta flor significa *por favor, corresponde mi afecto* pero eso podría implicar *por favor, corresponde mi afecto por la polla*. Entonces si pregunta por la flor, puedes mencionarlo.

Cory sonrió.

—Me gusta.

Le entregué la flor.

—Toma. Úsala y espero que consigas lo que quieres.

Rio.

—Yo también. —Caminó hacia la puerta y se detuvo—. Volveré a informar a Linden y le diré que pasaste la primera prueba.

Asentí seriamente, aunque tuve que luchar contra una sonrisa.

—Yo haré lo mismo.

Con una sonrisa, desapareció por la puerta. Encontré mi teléfono y escuché los mensajes de Linden con una sonrisa ridículamente estúpida en mi rostro. Sabía que estaba ocupado, así que le envié un

mensaje de texto en respuesta.

Cory dijo que pasé la primera prueba.

Luego metí mi teléfono en el bolsillo y me puse a trabajar, pero revisé mi teléfono durante el descanso del almuerzo para ver que había respondido.

Me dijo que eras dulce y encantador. Lamento que te haya acosado en el trabajo. ¿Te llamo esta noche?

Respondí rápidamente.

Me gustaría.

Luego, poco después de que Cory se fuera, tuve otra visita en el trabajo. Esta vez era una mujer con un elegante traje pantalón y largo cabello castaño. Tenía un bolso bajo el brazo y una sonrisa profesional. Miró alrededor de mi sala de exposición como si estuviera evaluando algo.

Me acerqué a ella como lo haría con cualquier cliente.

—¡Hola! ¿Te puedo ayudar en algo?

—Sí —dijo suavemente—. Mi nombre es Megan Morano. Creo que hiciste un trabajo para Linden Acres. Algunas orquídeas rojas y un árbol de kumquat.

Ah, genial.

La agente inmobiliario que quería mi tarjeta.

—¡Sí! —respondí—. Nos encargamos nosotros. Mi nombre es Keats.

—Bueno, me encantó tu trabajo, Keats. Y tu eficiencia. ¿Estarías interesado en un trabajo regular? No puedo garantizar la frecuencia, tal vez uno o dos trabajos por semana, tal vez menos. Quizás más. Pero la mayoría de los trabajos se realizarán con poca antelación. Es una industria que avanza rápidamente y me temo que esa es la naturaleza de la bestia.

—Me interesaría mucho. Sin embargo, algunas solicitudes dependerán de la disponibilidad estacional y de dónde pueda conseguirlas. Esa es la naturaleza de esta bestia.

No pareció preocupada.

—Le dejaré las solicitudes específicas a Linden. Es quien sabe lo que el cliente necesita. Su negocio se refleja en el mío, así que solo quería pasar por aquí y conocerte.

Intenté no sonreír demasiado.

—Me parece muy bien. Entonces discutiré las opciones con Linden directamente, ¿no?

—Por todos los medios. Aunque Linden no hace todos mis listados, si decido que necesito algo más, puedo comunicarme contigo directamente.

—Por supuesto. —Le entregué mi tarjeta.

Tomó la tarjeta de presentación y me tendió la mano para que la estrechara.

—Estaré en contacto.

Se fue y yo me quedé allí, dejando escapar un suspiro.

—¿Quién era? —preguntó Robbie acercándose para detenerse a mi lado.

—Ese podría ser un contrato de trabajo bastante decente.

Robbie me dio una palmada en el hombro.

—Me encanta verlo.



MI TELÉFONO SONÓ un poco después de las siete y el nombre de Linden en mi pantalla hizo que mi corazón latiera el doble.

—Hola —dije.

—Hola —respondió—. Dios mío, lamento mucho que Cory haya ido a verte al trabajo.

Resoplé.

—No te disculpes, está bien. De hecho, estoy un poco contento de que lo haya hecho. Ahora ya no es un problema y no tengo que estar nervioso durante una semana antes de un encuentro planificado.

Se rio en voz baja.

—Esto es cierto. No tenía idea de que iba a verte hasta que me llamó cuando ya casi había llegado. Creo que quería torturarme, como suele hacerme. Intenté advertirte.

—Lo hiciste. Tu segundo mensaje de voz fue mi favorito. El pánico, la urgencia. La ira dirigida a Cory.

Jadeó.

—Por favor, dime que los borraste.

Me reí.

—Aún no lo he hecho. Pero lo haré si tú quieres.

—Sí, por favor.

—Vale. Ah, y hoy tuve otra visita en el trabajo.

—¿Quién?

—Megan Morano. Entró para presentarse. Dijo que podría trabajar contigo o para otros trabajos que no fueran tuyos.

—¡Ek! ¿Eso es algo bueno?

—Muy bueno. Puedo trabajar contigo y la posibilidad de contratos estables. ¡Eso es increíble! Debería agradecértelo.

Tarareó, pareciendo sexi.

—Puedes. En cualquier momento.
Gruñí.
—No ayudas.
Dejó escapar un suspiro.
—¿Que estás haciendo en este momento?
—Estoy en mi sofá, viendo algo de basura en Netflix cuyo nombre ni siquiera recuerdo, y estoy cenando una ensalada del supermercado. Aparentemente estoy en mi etapa de soltero gay triste.
Estuvo en silencio por un momento.
—Soltero, ¿eh?
Oh, mierda.
—Eh… Bueno, técnicamente, ¿sí?
Suspiró.
—Bueno, técnicamente, sí. Supongo que eso es verdad. Dado que no hemos discutido nada sobre expectativas o etiquetas…
Joder.
En realidad estábamos teniendo esta conversación…
Mi ritmo cardíaco ahora era entrecortado.
—Quiero decir, no tenemos por qué hacerlo —añadió rápidamente.
—Me gustaría —dije sin estar seguro de cómo logré hablar—. Realmente no esperaba esta conversación, pero ahora que la estamos teniendo, creo que podríamos hablar sobre expectativas. Quiero decir, me gustaría. ¿Si quieres?
Hizo un sonido feliz.
—Quiero.
Ay, tío.
Dejó escapar un suspiro, sonando tan nervioso como yo.
—¿Deberíamos hacerlo por teléfono? ¿O deberíamos esperar hasta la próxima vez que nos veamos?
—No me importa. Lo que prefieras. Me alegra saber que quieres hablar de ello, así al menos sé que estamos en la misma página.
—Es muy rápido, ¿no?
—Sí. Pero se siente bien, ¿no crees?
—Sí. —Luego se rio—. Dios, esto es una locura.
No pude evitar reírme. Aliviado y tremendamente feliz.
—Tal vez podríamos discutir algunas opciones, y cuando nos veamos la próxima vez, podamos decir con qué nos sentimos cómodos. Ya sabes, si nos tomamos uno o dos días para pensarlo.
—Suena justo.
—Bueno, estaría feliz de poner las citas sobre la mesa, directamente —dije—. Técnicamente estamos saliendo, así que eso es más una observación que una etiqueta.
—Cierto. —Sonaba como si estuviera sonriendo.
Bien, entonces estábamos saliendo oficialmente. Era bueno saberlo.

Estaba nervioso. El vértigo recorría mi cuerpo.

—En cuanto a las expectativas —dije—. Y esto es algo con lo que puedes decirme si te sientes cómodo o no. Pero definitivamente no veré a nadie más mientras salga contigo. Soy del tipo monógamo. Pero así soy yo, y sé que eso no está bien para todos. Supongo que tener citas significa mantener abiertas las opciones. Entonces, si quisieras salir con otras personas, estaría bien con eso.

—¿De verdad lo harías, Keats?

—No.

Rio.

—Yo tampoco. No quiero ver a nadie más. No saldré con nadie más y me gusta el hecho de que tú tampoco lo harás.

Oh, vaya.

—Muy bien —añadió—, ¿eso significa que somos exclusivos? Ya sabes, ¿en cuanto a expectativas y etiquetas? No es necesario que respondas ahora…

—Sí.

Se rio entre dientes.

—Demasiado para dejar las respuestas hasta que nos veamos la próxima vez.

—Puedes responder cuando te sientas cómodo —respondí—. Pero ya sé mi respuesta.

—Yo también conozco la mía —murmuró. Luego se quedó callado otra vez y no estaba seguro de qué decir a continuación.

Porque lo que venía después era un gran paso.

—Muy bien —dijo de nuevo—. Salir de forma exclusiva se parece mucho al noviazgo.

Y ahí estaba.

Él lo dijo.

Mi corazón se sintió un poco presionado en mi pecho. Nervios, mariposas y algo más que aún no estaba preparado para nombrar.

—Así es —logré decir—. Estoy feliz de dejarlo en "saliendo exclusivamente" si eso quita algo de presión.

Dejó escapar un suspiro tembloroso en mi oído y me provocó un escalofrío.

Vaya mierda.

—Novios, eh —dijo como si estuviera sopesando cómo sonaba.

—¿Qué tal si no respondes hasta que nos veamos? —sugerí—. Dime, ¿Qué te parece el miércoles por la noche? ¿Mi casa?

—Suena bien. —Luego añadió—: ¿Qué pasa con tu respuesta?

—Ya sé mi respuesta.

Se rio entre dientes.

—Maldita sea.

Ahora estaba sonriendo como un idiota, mi cena olvidada hacía

mucho tiempo.

—A menos que quisieras venir mañana por la noche…

Soltó una carcajada.

—No tienes idea de cuánto me gustaría. A las seis, ¿te parece bien?

—Perfecto. Podemos pedir algo de cena.

—Trato hecho.

Ambos nos quedamos callados, pero no quería colgar.

—Debería dejarte ir —probé.

—Sí —respiró pero no hizo ningún intento de colgar.

—Te enviaré un mensaje de texto con mi dirección.

—Genial.

Más silencio.

—Vale, mira —dije—. Necesito irme antes de pedirte que vengas esta noche. O antes de que me encuentre yendo a tu casa.

Rio.

—Sí. Me siento igual. Vale, buenas noches, Keats.

—Buenas noches, Linden.

Tuve que obligarme a colgar la llamada, pero sonreí por el resto de la noche.

Seguía sonriendo, incluso cuando llegué temprano a los mercados de flores a la mañana siguiente y hasta la tienda.

Robbie me miró y luego puso los ojos en blanco.

—Ay, Dios. Es cada vez peor.

Me reí , pero Lina lo reprendió.

—Déjalo en paz. Está feliz.

Descargamos la furgoneta y comenzamos nuestra jornada laboral, y no recordaba haberme sentido nunca tan feliz.

Luego, alrededor de las diez, sonó mi teléfono y *mamá* apareció en la pantalla. Lo levanté para que Lina lo viera.

—Solo será un minuto —dije, luego salí y respondí la llamada—. Hola, mamá.

—Ah, hola, amor, solo pensé en llamarte para ver cómo estás.

—Sí, estoy bien —respondí. Ni siquiera el día gris podría arruinar mi estado de ánimo—. Todo está bien.

—¿Cómo va la tienda? ¿Ajetreado como siempre?

—Sí.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué ocurre? Parece que hay más.

Me reí.

—Nada está mal. En realidad, todo lo contrario.

—¿Ah?

Respiré profundamente y exhalé.

—Tal vez me estoy gafando, pero es posible que haya conocido a alguien.

—Ay, Keats, son noticias maravillosas. ¿Quién es?

—Ah, nada de nombres todavía. O me gafaré a mí mismo. Es muy reciente. Probablemente sea demasiado pronto para decírtelo. Definitivamente lo es. —Me arrepentía de haber dicho nada.

—¿Demasiado pronto? —preguntó mamá.

—Bueno, sólo unas semanas, mamá. Un puñado de citas.

—Has estado soltero durante mucho tiempo.

—Sí, gracias por el recordatorio.

Rio.

—No quise decir eso de mala manera. Lo que digo es que lo disfrutes, amor. Puede que sea muy nuevo y emocionante porque llevas tanto tiempo soltero, pero eso no lo hace menos real. Me alegra que estés feliz.

Suspiré, ahora sin arrepentirme de habérselo contado.

—Gracias, mamá.

—¿Entonces, a qué se dedica?

—Sin detalles.

—¿Dónde lo conociste? Una de esas aplicaciones de sexo online, supongo. Es lo que hacen los jóvenes hoy en día.

—Dios mío, no, mamá. Por favor, no lo hagas. —Me estremecí—. No fue en una aplicación. Entró en mi tienda.

—Ooh, conociste a alguien a la antigua usanza.

—Está bien, mamá, no más detalles. No quiero gafarlo.

—Bueno, solo avísanos cuando quieras traerlo a cenar…

Buen señor.

—Mamá, creo que es un poco pronto para eso.

Es posible que anoche hubiéramos usado la palabra novios, pero eso aún no estaba confirmado oficialmente, e incluso entonces, conocer a los padres era un nivel de compromiso completamente nuevo.

Suspiró.

—Bueno, me alegro de que estés feliz, eso es todo. Espero que funcione.

—Yo igual, mamá. Yo igual. Estoy tratando de no involucrarme demasiado. —Entonces suspiré—. Será mejor que vuelva al trabajo. Estábamos ocupados. Dile a papá que le mando saludos.

—Lo haré. Ah, y no olvides que la semana que viene es el cumpleaños de tu hermana.

Lo había olvidado por completo.

—No lo olvidaré.

—Vale, amor. Me alegro de haber llamado. Cuídate.

—Adiós, mamá.

Guardé mi teléfono en el bolsillo y volví a entrar. Robbie estaba hablando con un cliente y yo sabía que debía realizar entregas, así que

intervine para que pudiera irse.

Y estuve tan ocupado con el trabajo durante el resto de la tarde que no tuve oportunidad de pensar en nada más hasta que cerramos la puerta principal de la tienda.

Recogimos, limpiamos y agradecí a Lina y Robbie por ser compañeros magníficos, no sólo hoy sino por ser siempre tan buenos compañeros. Lina era sonrisas dulces mientras arrastraba a Robbie afuera, porque él me miraba como si me hubiera salido una segunda cabeza.

Tal vez, estos últimos años, había estado más gruñón de lo que pensaba.

Quizás mi ahora permanente sonrisa lo asustó. Quizá silbar durante toda la lista de reproducción de música fue demasiado.

Ni siquiera podía preocuparme.

Y las seis en punto no podían llegar lo suficientemente rápido. Terminé algunas cuentas en el trabajo, hice más pedidos de plantas antes de cerrar la tienda. Compré un poco de pasta y pan de ajo de camino a casa para cenar, e incluso agarré una botella de vino.

Sí.

Demasiado para no involucrarme demasiado. Estaba verdaderamente perdido.

Me estaba arreglando el pelo frente al espejo y diciéndome que no debía dejarme llevar a las seis menos diez cuando alguien llamó a mi puerta. Una mirada rápida a través de la mirilla me mostró a Linden con una sonrisa nerviosa y abrí la puerta.

—Hola.

Suspiró cuando me vio, luego me rodeó con sus brazos y apoyó la cara en mi cuello.

—Hola —murmuró.

Logré cerrar la puerta y luego simplemente lo abracé. Por unos segundos, nos quedamos simplemente abrazándonos. Él estaba de puntillas, así que lo levanté y le di un pequeño apretón antes de dejarlo en el suelo. Olía increíble. Se sentía aún mejor.

—Estaba tratando de actuar con calma —dijo. Luego deslizó su mano hasta mi cara—. Pero entonces te vi. —Se puso de puntillas de nuevo, esta vez para poder besarme. Una suave y lenta presión de sus labios.

—Yo también he estado tratando de actuar con calma —admití. Luego le pellizqué la barbilla entre el pulgar y el índice. Escaneé sus ojos y observé cada detalle de su rostro—. Cristo, mírate —murmuré antes de besarlo de nuevo. Esta vez más profundamente, sus labios se separaron.

Se rio entre dientes.

—Algo aquí huele bien.

Correcto.

Di un paso atrás.

—La cena se está calentando en el horno —dije—. Vamos.

Le mostré mi sala de estar muy básica, mi cocina aburrida.

—Ooh, Elizabeth se ve feliz junto a la ventana —dijo tocando ligeramente las hojas—. Y Sebastian.

—Sin embargo, puedes entender lo que quiero decir con lo de necesitar un cambio de imagen, ¿verdad? —dije señalando el sofá y la vieja mesa de café.

Encontró mi mirada.

—Todo esto está bien —ofreció—. Pero sí. Sí, puedo.

Me reí.

—Ah, antes de que lo olvide. Te hice esto.

Tomé la flor de papel y se la entregué.

Respiró hondo y colocó la flor en la palma de su mano.

—Keats, es tan bonita. ¿También hiciste esta?

Asentí.

—Google es mi amigo. Bueno, en realidad, Lina encontró el diseño y lo imprimió para mí.

Tocó suavemente el pétalo.

—¿De qué tipo es?

—Un jacinto blanco. Significa *belleza*. Porque eso es lo que eres.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Es… perfecta.

Mi corazón estaba a punto de estallar fuera de mi pecho. El frenético tamborileo me estaba mareando un poco.

Necesitaba cambiar de tema.

—Ah, la cena consiste en linguini con verduras asadas y pan de ajo. Me gustaría decir que lo preparé yo, pero ambos sabríamos que estoy mintiendo. Lo compré en Alberto's.

Se frotó el estómago.

—Parece estupendo. De hecho, tengo un poco de hambre.

Pero entonces se quedó allí y me miró fijamente, y yo le devolví la mirada. No estaba seguro de cómo sacar a relucir la conversación sobre el noviazgo, pero lo deseaba desesperadamente, y estaba bastante seguro de que él también quería mencionarlo.

—Si tienes hambre, deberíamos comer…

Asintió y poner la mesa nos dio algo que hacer. Definitivamente había un elefante en la habitación, pero era un elefante excitado y nervioso.

Cuando tuvimos la comida servida en los platos y colocada sobre la mesa, levanté una copa de vino.

—Tengo un poco de pinot noir, si quieres una copa.

Sonrió mientras se sentaba.

—Claro.

Después de que serví un poco de pasta para los dos y él sirvió el vino, volvió el silencio. Comimos algunos bocados y tarareó y se movió un poco feliz en su asiento.

Pero el elefante en la habitación bien podría haber tomado asiento a la mesa.

El silencio se estaba volviendo incómodo…

—Entonces —dijimos ambos al mismo tiempo. Ambos nos reímos.

—Tú primero —dije optando por no participar como el pollo sin cabeza que aparentemente era.

—Ah —dijo frunciendo el ceño ante su pasta—. Así que el otro día mencionamos el estado y las expectativas…

Ay, tío.

Aquí estaba.

—Sí —dije sin convicción. Dejé mi tenedor—. Mira, no quiero que te sientas presionado, o si crees que es demasiado pronto.

—No, no lo creo —dijo rápidamente—. Quiero decir, lo es.

Ah.

Asentí, ese reconocimiento fue un poco más profundo de lo que esperaba.

—Pero al mismo tiempo no lo es —corrigió suavemente.

Cuando levanté la vista, sus ojos estaban puestos en mí. Suaves y amables. Luego sonrió.

—Y si ya hemos establecido que estamos saliendo y siendo exclusivos, entonces creo que se puede aplicar el término novio.

Me quedé sin aliento y me reí. Las mariposas en mi vientre ahora estaban en pleno vuelo.

—Creo que podríamos.

Se rio entre dientes y la incomodidad entre nosotros desapareció.

—No sé por qué fue tan difícil decir eso.

Me reí.

—¡Yo tampoco! Pensé que ibas a decir que no o que era demasiado pronto. Porque creo que ambos podemos estar de acuerdo en que así es. —Luego me encogí de hombros—. Pero al mismo tiempo no lo es.

Sonrió cuando repetí lo que había dicho antes.

—Nunca diría que no. Incluso si Cory hubiera regresado ondeando una enorme bandera roja, probablemente seguiría saltando en ello de lleno.

Todavía estaba sonriendo, muy aliviado.

—Me agradó, Cory —dije—. Me gustó que viniera a ver si yo era un imbécil sin arreglo. Eso significa que se preocupa por ti y, sinceramente, todo el mundo necesita un amigo así.

—Ten cuidado con lo que deseas, porque sí, es genial. Pero también puede ser mucho. Tiene talento para lo dramático. Quiero

decir, lo amo con todo mi corazón, pero algunos días podría estrangularlo.

Me reí.

—¿Quiero siquiera saber qué dijo sobre mí?

—Dijo que su primera impresión de ti fue buena.

—Me dijo eso, sí —dije—. Luego se fue con una amenaza apenas velada de que las pruebas de mérito continuarían.

Linden se rio.

—Es un mocoso. —Dio un sorbo a su vino—. Pero él quedó impresionado contigo. Dijo que hiciste referencia a la película *El Padrino*, así que fue una victoria porque le encantan esas películas. —Sus ojos se suavizaron y su sonrisa se volvió dulce—. Y también dijo que me ibas a hacer otra flor de papel porque significan más que cualquier tipo de flor en tu tienda.

—Sí, te lo dije antes.

—Sí, pero se lo dijiste a *él*, y dijo que tus mejillas se pusieron rosadas y que te volviste muy tímido y que habías pedido ayuda a la mujer que trabaja para ti, y entonces Cory dedujo que habías estado hablando de mí, sobre las flores, como si fuera gran cosa. —Inhaló profundamente—. Cory piensa que si hubieras sido reservado o negado lo de la flor de papel significaba que tenías algo que ocultar, pero no fue así.

Vale, guau.

—Tanto Lina como Robbie lo saben —dije—. Robbie y Tan me llevaron de compras, ¿recuerdas? Y Lina ha ayudado con las flores de origami. Por supuesto que lo saben. Creo que Lina está bastante interesada. Está muy feliz por mí porque finalmente estoy saliendo con alguien. Y Robbie... —Hice una mueca—. Creo que a él le preocupa mi salud mental. Aparentemente ahora estoy muy feliz, lo que asumió era por el hecho de que ahora estaba teniendo relaciones sexuales.

Linden se rio.

—Bueno, ¿está equivocado?

—No completamente. —Me reí—. Estoy más feliz. Y no quiero que entres en pánico porque mi felicidad dependa únicamente de ti o de que estemos juntos. Quiero decir, estoy más feliz por eso, pero ya era hora. Estaba listo. —Respiré profundamente—. Me alegro de haberte conocido cuando lo hice.

—También me alegro de haberte conocido cuando lo hice. —Hizo girar un poco de pasta en su tenedor—. Y esto es realmente bueno. Que me ofrezcas pasta, vino y sexo me hace un Linden muy feliz.

Resoplé.

—No te he ofrecido sexo esta noche.

Masticó el bocado y lo tragó con un sorbo de vino.

—Todavía no, pero lo vas a hacer. —Luego asintió hacia mi plato —. Cómetelo entero. Vas a necesitar el sustento.



EL RESTO de la semana pasó en un instante. El trabajo estuvo muy ajetreado y tenía un flujo continuo de conversaciones de texto con Linden, pero el viernes no podía llegar lo suficientemente rápido.

Le esperaba en casa a las siete. Pediría la cena y se quedaría a pasar la noche. Para poder ir de compras temprano el sábado por la mañana, fue su razonamiento.

No tuve absolutamente ninguna objeción.

Pasar la noche y dormir a su lado era el siguiente paso lógico.

De novios.

Llamó a la puerta a las siete menos diez y me saludó con una sonrisa.

—Hola, guapo —dijo.

—Hola. —Entró y realmente no se hizo a un lado, así que me encontré justo contra él, por lo que presionarlo contra la pared y besarlo era el siguiente paso completamente lógico.

De novios.

—Mm —tarareó sonriendo—. Definitivamente, hola, guapo.

Era extraño cómo me las había arreglado para pasar meses sin tener relaciones sexuales antes, y ahora ni siquiera tener relaciones sexuales una o dos veces por semana era suficiente. Lo inmovilicé contra la pared con mis caderas, dejándolo sentir lo excitado que estaba. Lo que me hacía.

—Ah, joder —dijo—. Iba a preguntar qué comida para llevar querías pedir, pero la cena puede esperar. —Tomó mi mano y me llevó a la habitación.

—Puedo esperar si tienes hambre —comencé.

Se giró para mirarme, de espaldas a la cama, y me acercó para darme un beso sexi y provocativo.

—Tengo hambre de ti —murmuró sacándome la camiseta por la cabeza y luego intentando desabrochar el botón de los vaqueros.

—Cristo.

Estaba a punto de discutir, tratando de controlar esto, tratando de frenarnos, pero entonces deslizó su mano por mis calzoncillos y acarició mi erección.

Y entonces no pude discutir.

No había vuelta atrás, ni parada. No podía tener suficiente de él, y por la forma en que me estaba trabajando y tratando de ayudarme a desvestirme, era seguro adivinar que él sentía lo mismo.

Caímos sobre la cama en una masa de miembros, bocas urgentes,

dedos desesperados y súplicas susurradas. Pasión y deseo, tan jodidamente calientes.

No podía entrar en él lo suficientemente rápido.

Necesitaba hundirme en él, enterrarme profundamente y no salir jamás. Quería perderme en su calor, sucumbir a todos sus deseos y caprichos.

No podía llegar lo suficientemente profundo. No podía conseguir suficiente.

Y mientras lo penetraba, una y otra vez, saliendo casi completamente y luego deslizándome hasta la empuñadura. Observando cada destello de placer en sus ojos, cada emoción y saboreándolo todo en su lengua.

La forma en que se aferró a mí, la forma en que arqueó la espalda cuando se corrió, y Dios mío, la forma en que susurró mi nombre. Su polla palpitó entre nosotros y su semilla brotó sobre su vientre.

Caí por el borde justo detrás de él. Mi orgasmo prendió fuego a mi sangre, a mis huesos, y me corrí intensamente. Perdí completamente la vista y el oído, la habitación dio vueltas y Linden se retorció debajo de mí, gimiendo conmigo.

Me desplomé encima de él y se rio.

—Joder —dijo sin aliento.

Mis sentidos tardaron unos momentos en volver a mí, sus dedos trazaron suaves patrones sobre mi espalda. Deseaba poder quedarme dentro de él para siempre. Deseaba no tener que moverme, pero por supuesto ese no era el caso.

Lentamente salí de él y me puse de rodillas, pero cuando miré hacia abajo, lo que vi me detuvo en seco.

—Oh, mierda —dije—. Linden.

Se incorporó a medias.

—¿Qué ocurre? ¿Me rompiste el culo?

No me reí. Simplemente negué con la cabeza y me quité el condón roto.

—No. Rompí el condón.

CAPÍTULO OCHO

LINDEN

Condón roto.

Escuché las palabras y lógicamente supe lo que significaban.

Pero fue la expresión del rostro de Keats lo que me asustó.

—Ay, Dios, lo siento mucho —dijo—. Debo haber sido demasiado rudo. Hice algo malo. ¿Te lastimé? Ay, Dios, Linden, ¿te hice daño?

Estaba pálido y tenía los ojos muy abiertos, como si estuviera a punto de sufrir un ataque de pánico en toda regla.

—No, no me lastimaste. Tú, eh —señalé la mancha de esperma en mi vientre—. Hiciste que me corriera sin tocar mi polla.

Pero realmente estaba enloqueciendo, así que tal vez bromear no era el enfoque correcto.

Condón roto.

Pude ver el condón. Se había desgarrado casi en toda su longitud y su semen se estaba filtrando hacia su mano. Lo que significaba que estaba dentro de mí.

Y supe lo que eso significaba.

Pero la expresión de su rostro. Estaba horrorizado.

—Keats —intenté—. ¿Eres… eres…?

Negó con la cabeza.

—Lo siento mucho.

Agarré su brazo.

—¿Eres… eres positivo? ¿Cuál es tu estado? —Ay, Dios. ¿Por qué no habíamos hablado de esto antes?

Sus ojos se encontraron con los míos, muy abiertos como platos.

—¿Qué? Oh, Dios, no. No, soy negativo. Quiero decir, lo era en mi última prueba. Y sólo ha habido otra vez en los últimos meses. Fue un encuentro casual hace unos tres o cuatro meses y usé condón, por supuesto.

El alivio me inundó.

—Bueno.

Ahora me estaba mirando, esperando…

—¿Y tú eres?

—Soy negativo. Me hice la prueba inmediatamente después de que descubrí que Jason me engañó.

Se asentó sobre sus pantorrillas y dejó escapar un suspiro.

—Dios. Todavía estoy… Lo siento mucho. No sentí que se rompiera. Yo debería haberlo sentido. Fue tan intenso, yo…

Me senté correctamente.

—No espero que lo notaras, Keats.

Entonces me di cuenta… lo que pude sentir.

—Oh —dije levantándome de la cama—. Probablemente debería limpiarme.

Abrió los ojos y saltó de la cama también.

—Oh, Dios, sí, mierda. ¿Hay algo que deba hacer?

Eh. Podrías no entrar en pánico. Sería un gran comienzo.

—Me daré una ducha —dije—. Dame unos minutos.

Asintió rápidamente.

—Sí, claro.

Estaba de pie allí, tan desnudo como yo, con su polla colgando pesadamente, con la palma hacia afuera todavía sosteniendo el condón ofensivo en un charco de esperma en su mano.

—Tal vez deberías limpiarte también —sugerí.

—Buena idea. —Se volvió para cada dirección y luego se detuvo, inseguro.

Casi me reí y supe que probablemente esa no era la respuesta correcta. Quizás estaba teniendo una reacción tardía. Estaba claramente en modo pánico. Mientras yo estaba… decididamente tranquilo. Tomé su muñeca y lo llevé hacia el baño.

—Ven conmigo.

Envolví el condón en un trozo de papel higiénico, lo tiré a la basura y abrí la ducha, y eso pareció poner a Keats en marcha. Porque ya no era el tipo dubitativo que no sabía qué hacer, y en su lugar había alguien que estaba concentrado.

Estaba concentrado en mí.

Nos frotó a ambos con la esponja vegetal jabonosa, pero luego se tomó su tiempo para lavarme suavemente. Fue casi con un sentido de reverencia. Estaba callado, serio y claramente muy arrepentido.

Luego tomó mi rostro y me dio un suave beso en los labios.

—Te daré un minuto, ¿de acuerdo?

Asentí y él salió, se envolvió en una toalla y me dejó solo.

Su reacción era un poco extraña. Por supuesto, todo este escenario fue inesperado y nada ideal, pero estaba vislumbrando a un Keats que no había visto.

Y ese era el quid de la cuestión. Porque sí, habíamos caído de cabeza en una relación, territorio de novios, y aun así no nos conocíamos. No precisamente.

Para nada.

Me tomé un tiempo para lavarme el trasero, lo que Keats también había hecho, y a pesar de todas las buenas intenciones, no hizo ninguna diferencia. El daño ya estaba hecho.

Si es que hubo daño.

Supongo que descubrir eso era el siguiente paso.

Cerré el agua, me sequé y me vestí. Noté que la ropa de Keats

había desaparecido del suelo de la habitación y tuve que preguntarme si todavía estaría aquí…

La casa estaba en silencio y tuve la terrible sensación de que se había ido.

Pero cuando salí a la sala, estaba allí en el sofá, mirando su teléfono. Se levantó cuando me vio.

—Oye —dijo suavemente—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —respondí.

Porque lo estaba.

Levantó su teléfono.

—Hay una clínica de salud abierta las veinticuatro horas en Surrey Hills. —Luego tragó con fuerza—. Si quieres que te lleve. Lo entenderé si prefieres no hacerlo.

—¿Si prefiero no hacerlo?

Sus fosas nasales se dilataron y él… Dios, ¿estaba a punto de llorar?

—Lo lamento. No era mi intención que esto sucediera y puedes enfadarte conmigo. O echarme la culpa, yo…

—Está bien, detente —le dije caminando hacia él y tomando su mano—. No es tu culpa. No te culpo.

—¿No me culpas?

Negué con la cabeza.

—No. Para nada. Simplemente afrontémoslo.

Asintió.

—Bueno. Lamento haberme asustado antes.

—Todavía estás un poco asustado.

—Lo sé. Lo siento, solo… Me siento responsable.

Respiré profundamente.

—Voy a llamar a Cory. Es más experto en estas cosas.

Abrió la boca, luego la cerró rápidamente y asintió.

—Está bien, sí. Lo que sea que necesites.

Cogí mi teléfono y marqué el número de Cory. Respondió al cuarto timbrazo.

—Será mejor que esto sea importante —dijo—. Estás interrumpiendo algo muy bueno en este momento.

—Eh, se nos acaba de romper el condón —dije—. Nos dirigimos a la clínica en Crown Street.

Miré a Keats y él asintió rápidamente.

Hubo una breve pausa en el teléfono y luego se escuchó un movimiento ahogado. Pude escuchar a Cory decirle algo a alguien y luego me habló.

—Nos vemos allí.



La clínica estaba ubicada en un edificio largo y estrecho. Había una pequeña sala de espera en la parte delantera con el mostrador de servicio, y un largo pasillo a la derecha con salas de exploración al lado. Cuando entramos, Keats mantuvo su mano en la parte baja de mi espalda y dio nuestros datos, y nos sentamos en la sala de espera para completar nuestro papeleo. Cuando terminamos, Keats devolvió nuestros portapapeles y se dejó caer en el asiento a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Cuando dijiste que llamarías a Cory, pensé que significaba que no querías que viniera contigo. —Su expresión era triste, preocupada.

Le di unas palmaditas en la pierna.

—Me pareció que estabas un poco abatido.

Dejó escapar un suspiro.

—Estás tomando este camino mejor que yo.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y Cory irrumpió. Llevaba unos vaqueros ajustados negros y una camiseta morada, y se hundió cuando nos vio. Entonces entró un hombre detrás de él. Alto, moreno, guapo y algo familiar.

—Está bien, mis reyes del sexo a pelo —dijo Cory—. Que no cunda el pánico, estoy aquí.

—Ay, Dios —dijo Keats desplomándose en su asiento.

—No creo que alguien esté en la etapa de broma todavía —dije dándole a Cory una mirada mordaz.

Miró a Keats e hizo una mueca.

—Lo siento.

Luego miré al chico que estaba con Cory. Sé quedó un poco atrás.

—Hola. Lo siento, no te preocupes por la falta de modales de Cory. Soy Linden y él es Keats.

Asintió.

—Amon.

—Ah, nos vimos una vez —dije—. Fue de fiesta. Perdón por interrumpir tu noche.

Cory enganchó su brazo a través del de Amon y lo llevó a un asiento libre.

—Interrumpiste —dijo Cory—. Aunque claramente no nos estábamos divirtiendo tanto como vosotros dos. ¿Qué es lo que pasó?

—El condón se rompió —dije—. No hay mucho más que explicar que eso.

—¿Uso completo o a medias?

Keats gimió, pero respondí.

—Completo.

—Y se discutieron vuestras historias sexuales, ¿verdad? —presionó

Cory—. Hablasteis de vuestra salud sexual antes de todo esto, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio antes de que saliera una mujer con un portapapeles.

—¿Keats y Linden? —preguntó—. ¿Citas juntas o separadas?

—Juntas —dije tomando la mano de Keats y levantándome.

Bien podíamos terminar con esto de una vez.

Nos llevó por el pasillo hasta una puerta abierta y esperó a que ambos entráramos. Nos sentamos y contamos lo que había sucedido.

—¿Historial sexual desde su última evaluación? —preguntó, mirándome primero.

—Me hicieron la prueba hace más de un mes. Desde entonces, no he tenido más sexo que con Keats.

Luego miró a Keats.

—Ah, mi último chequeo fue hace unos cuatro meses. ¿Tuve un encuentro hace unos tres meses? —Me hizo una mueca de disculpa—. Nadie desde Linden.

—¿Y llevabas protección?

—Sí.

La mujer sonrió.

—¿Quién de ustedes fue el receptor?

Levanté la mano y Keats suspiró.

Realmente no se estaba tomando esto bien. Deslicé mi mano en la suya y su agarre fue inmediatamente fuerte.

—¿Estás tomando PrEP o cualquier otra cosa?

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Y cuánto tiempo lleváis vosotros dos teniendo relaciones sexuales?

—Eh, ¿dos semanas? —respondí, mirando a Keats.

Asintió.

—Sí.

—¿No habéis tenido otras parejas sexuales en este tiempo?

Ambos negamos con la cabeza.

—No —respondí—. Somos exclusivos —dije tratando de sonreírle a Keats.

Su sonrisa de regreso fracasó.

Ella asintió con simpatía.

—Bautismo de fuego, ¿eh?

—Sí, aparentemente.

—Está bien, comencemos contigo, Linden.

Se tomaron hisopos, muestras y sangre, y luego fue el turno de Keats. Fue educado y complaciente con la médico, aunque no esperaba que no lo fuera. Pero él se mostró distante conmigo.

No, no distante.

¿Asustado?

No estaba seguro.

Parecía diferente.

Cuando terminamos con los análisis de sangre, la médico miró las pruebas rápidas de VIH y nos dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Las pruebas de detección inmediatas son negativas —dijo—. Para ambos.

Suspiré aliviado y Keats presionó la palma de su mano contra su estómago y dejó escapar un gran suspiro.

—Gracias.

Explicó que si bien era una buena indicación de nuestro estado anterior, tal vez era demasiado pronto para detectar algo de esta noche. Pero si uno de nosotros era positivo de antes, al menos lo sabríamos. Nos recordó que cualquier resultado rápido no era un hallazgo concluyente y que no sabríamos los resultados completos hasta que todos los resultados de los hisopos y los análisis de sangre estuvieran disponibles. Eso podría llevar un tiempo.

Asentí, porque lo sabía.

—Sí, gracias.

Pero miró a Keats.

—¿Estás bien?

Asintió rápidamente y luego tragó saliva.

—Yo solo, eh… —Dejó escapar un suspiro—. Los positivos pueden tardar algunos meses en aparecer, ¿verdad? Y tuve un encuentro aleatorio hace tres meses, así que si mis resultados son positivos, ¿podría eso significar que infecté a Linden? Porque, Dios…

Estaba a punto de enloquecer, así que tomé su mano y la apreté.

—Oye. Mi ex también me engañó, ¿recuerdas?

La médico nos estudió a ambos, pero habló primero con Keats.

—Dijiste que usaste protección con el encuentro aleatorio hace tres meses.

Asintió de nuevo.

—Sí. La usé. Por supuesto.

Luego se volvió hacia mí.

—¿Usabas condones con tu ex?

—Sí. En lo cual insistió, lo que tiene sentido en retrospectiva. Al menos hizo una cosa bien. —Me encogí de hombros—. Nunca antes había tenido relaciones sexuales sin protección. Y todos mis resultados fueron negativos.

Ella nos dio una sonrisa.

—Está bien, ambos habéis tomado los pasos correctos. —Le dio unas palmaditas en el brazo a Keats—. Es perfectamente natural sentirse responsable, pero los accidentes ocurren.

—Él no es responsable —dije. Miré a Keats y le estreché la mano para que me mirara—. Oye. Ya te lo dije antes, no es tu culpa.

Hizo una mueca de nuevo.

—Lo sé, solo… —Suspiró—. Siento que me corrí en ti sin tu consentimiento y, sinceramente, me hace sentir mal.

Ay, tío.

—Keats —susurré.

—Hacer cualquier cosa sin tu consentimiento, sin tu permiso… —Negó con la cabeza y volvió a presionar su mano contra su estómago.

—Está bien, ¿sabes qué? —dije—. Creo que deberíamos discutir esto en casa.

Asintió y tragó nerviosamente.

Le di a la doctora una mirada penetrante.

—Por favor, dígale que no fue su culpa.

Su sonrisa hacia él fue cariñosa y comprensiva.

—No fue tu culpa. No hiciste esto deliberadamente, ¿verdad?

Su mirada se posó en la de ella, salvaje.

—¿Qué? ¡No!

Ella se encogió de hombros.

—Entonces no tienes la culpa. Los condones se rompen. No sucede a menudo, pero sucede. Aunque no es necesario, ¿puedo sugerir que consigas condones de un tamaño más grande?

—Ay, Dios —murmuró Keats con la cara roja.

Casi me reí. Quiero decir, ella había visto su polla cuando le tomó muestras.

—Y tiraremos el resto de la caja del defectuoso.

—Buena idea. —La doctora le dedicó una sonrisa a Keats—. No tienes la culpa, ¿de acuerdo?

Él asintió y le apreté la mano.

La doctora arregló el papeleo.

—¿Deberíamos discutir la necesidad de PrEP o cualquier otra cosa mientras estáis aquí?

—Oh. —No estaba seguro… Keats me miró en busca de una respuesta, pero me resistí a suspirar—. ¿Qué tal si nos ocupamos de esto primero? Iremos a casa y charlaremos sobre ello.

Ella sonrió y asintió.

—Claro.

—Está bien —dije—. ¿Terminamos?

Ella asintió y concluyó la cita reiterando que los resultados positivos no significaban el fin del mundo y que ahora había muchas opciones para vivir una vida plena y saludable en caso de que tuviéramos que cruzar ese puente cuando llegáramos a él.

—Sí, entendido. Gracias —dije levantándome.

Keats hizo lo mismo.

—Muchas gracias.

Se apresuró a abrirme la puerta y llegó al pasillo. Hizo una pausa y señaló con el pulgar la puerta del baño.

—Necesito orinar.

—Claro, ve. Estaré en la sala de espera.

Encontré a Cory y Amon todavía esperando.

Cory notó que estaba solo. Su expresión se volvió sombría.

—¿Está todo bien? ¿Dónde está Keats?

Me senté a su lado.

—Ha ido al baño.

Su ceño se arrugó.

—Está él… ¿Está todo bien?

Suspiré.

—Los resultados preliminares son todos negativos, pero…

—¿Pero qué?

—No lo sé, Core. Ha sido raro. No sé si no maneja muy bien estas cosas, pero en casa se asustó. Entró pánico y me preocupó.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Para bien o para mal?

—Bueno, para bien, creo. —Me encogí de hombros—. Al principio se asustó, luego me trató como si estuviera hecho de cristal. Pero en la reunión, dijo que al condón romperse sentía como si se hubiera corrido dentro de mí sin mi consentimiento. —Le di una sonrisa triste—. Dijo que la idea de eso lo hace sentir mal.

Cory me apretó la mano, pero luego noté que los ojos de Amon se estrechaban y apretó los labios.

—¿Algo que añadir? —le pregunté.

Cory le lanzó una mirada a Amon y luego se centró en mí.

—¿Qué?

Me dejé caer en mi silla.

—Nada. Lo siento. Sólo estoy… —Suspiré. No sabía cómo cojones estaba—. Ignórame.

—Es diferente para nosotros —dijo Amon en voz baja y profunda. Cory y yo lo miramos. Se encogió de hombros y mantuvo la mirada al frente—. Para los activos, quiero decir. Es nuestra responsabilidad asegurarnos de cuidar de vosotros. ¿Dices que te trató como si estuvieras hecho de cristal? Así debería ser, joder. Él debería estar preocupado por ti y debería hacer todo lo posible para asegurarse de que estés bien. Porque eso es lo que hace un buen top. ¿Y lo del consentimiento? Lo convierte en un buen tío, ¿no? Lo que hacéis por nosotros es un regalo de confianza, y si él no estuviera preocupado, si no te tratara como si estuvieras hecho de cristal, entonces tendrías un problema.

Lo miré fijamente, impresionado por cada palabra que dijo.

Cory sonrió y se inclinó hacia él, su pequeña mano envuelta por la grande de Amon, y Amon besó un lado de su cabeza.

Le di unas palmaditas en el brazo a Cory.

—Puedes quedártelo —le dije.

Entonces apareció Keats en el vestíbulo.

—Perdón por haceros esperar.

Me puse de pie.

—¿Te sientes mejor por lo que dijo ella?

Asintió e incluso logró esbozar una sonrisa adecuada.

—Sí. Lamento haberme asustado antes.

Caminé hacia él y le ofrecí mi mano, pero él me abrazó, respirando profundamente.

—¿Estás bien? —murmuró—. ¿Qué necesitas?

Las palabras de Amon estaban frescas en mi mente.

Miré a Keats y sonreí.

—Nada.

Me frotó la espalda pero miró hacia Cory y Amon antes de que sus ojos se encontraran con los míos.

—¿Qué quieres hacer? ¿Tienes hambre? ¿Quieres tomar algo o simplemente quieres irte a casa? ¿Quizás te apetezca ir a un bar y emborracharte?

Me reí.

—No me importa. —Volví a mirar a Cory—. ¿Qué vais a hacer, chicos?

Cory se levantó, puso a Amon en pie y este se derritió contra su costado. Encajaba exactamente debajo de la barbilla de Amon.

—Volveremos a mi casa para terminar lo que apenas empezábamos antes de que llamaras.

Me reí.

—Deberíamos pedir algo de comida para llevar y volver a tu casa —le dije a Keats—. Y tal vez hablar de lo que pasó esta noche sea una buena idea.

Asintió.

—Sí.

Salimos a la calle, ahora ocupada por la multitud del viernes por la noche. Cory me dio un abrazo.

—Te llamare mañana.

—Gracias por venir.

Sonrió.

—Tú lo habrías hecho por mí.

—Lo haría.

—¿Iréis de compras a IKEA mañana?

—Sí —respondí rápidamente antes de que Keats pudiera comenzar a tener más dudas. Lo miré—. ¿Verdad?

Asintió y apretó su brazo alrededor de mi hombro, como si realmente necesitara esa pequeña confirmación de que todavía quería verlo mañana.

Le di a Cory una sonrisa.

—Sé bueno. —Luego miré a Amon—. Dale a este hombre todo lo que quiere.

Amon me sonrió mientras Cory se metió debajo de su brazo y se alejaron, y con una respiración profunda, vi una tienda de pizzas y kebabs al otro lado de la calle y llevé a Keats hacia allí.

—Vamos a comer pizza. Estoy hambriento.

El Uber de regreso a su casa estuvo en silencio, aunque mantuvo mi mano en el asiento trasero entre nosotros.

Realmente necesitábamos hablar sobre muchas cosas, pero esta noche había aprendido algunas cosas sobre Keats.

Y a pesar de las circunstancias, eso no fue malo.

¿Cambié de opinión sobre él?

No.

En todo caso, hizo que me enamorara de él un poco más.

CAPÍTULO NUEVE

KEATS

Esta noche no había salido como la había planeado, para nada.

Las cosas habían empezado bien, se habían ido a la mierda, pero al regresar a mi apartamento, tuve la sensación de que tal vez no había sido una pérdida total.

Necesitábamos hablar.

Necesitábamos tener algunas conversaciones serias. Algunas conversaciones muy reales y no fáciles.

Pero primero necesitábamos comer.

Llevé la pizza a la mesa de café y fui a la cocina. Cogí dos vasos para nuestros refrescos y luego unas servilletas. Parecía más fácil estar ocupado porque no estaba seguro de estar preparado para lo que vendría después.

Aunque dijo que todavía quería ir de compras mañana…

Lo que parecía un faro en este momento.

Abrió la caja de pizza y prácticamente devoró la mitad del primer trozo.

—Oh, esto es realmente bueno —dijo con la boca medio llena. Luego se rio y dio unas palmaditas en el asiento a su lado—. Ven a sentarte.

Me senté, y cogí una porción de pizza cuando él cogió la segunda, pero luego tomó un largo trago y supe que era hora de hablar.

—Entonces —comenzó—. Esta noche fue divertida.

Resoplé.

—Bueno, en realidad no.

Golpeó su rodilla contra la mía.

—Creo que aprendí algunas cosas sobre ti.

Ay, Dios.

—Eh, ¿buenas o malas? Mayormente malas, supongo. Dios, lo siento mucho. Me asusté.

—Oye —murmuró—. Está bien, Keats. Tienes derecho a asustarte. Fue un poco aterrador.

—Parecías manejarlo muy bien. Fue como "Gracia bajo fuego" y todo eso.

Me sonrió.

—Gracia bajo fuego —repitió—. Me gusta. Pero no, no suelo entrar en pánico. —Se encogió de hombros—. Quiero decir, al final no cambia nada.

—Soy más del tipo de persona que entra en pánico, piensa racionalmente después.

Linden sonrió y se inclinó un poco hacia mí.

—Me di cuenta.

—Lo lamento.

—No hay nada de qué lamentarse. Como dije, aprendí algunas cosas sobre ti. Y como tu novio, probablemente eso ya era necesario.

Me sentí aliviado y nervioso. Sobre todo aliviado.

—¿Todavía quieres ser mi novio?

—Sí, claro. ¿Por qué no lo haría?

—No lo sé —dije encogiéndome de hombros—. Por lo que pasó. Porque me asusté.

—Realmente no te asustaste —ofreció suavemente—. Tu pánico se debió a que te preocupabas y lo que dijiste sobre el consentimiento fue muy dulce.

Oh.

Intenté sonreírle.

—Yo solo… Todavía lamento lo que pasó.

—Yo también. —Deslizó su mano sobre la mía—. No estábamos preparados para ese tipo de situación tan difícil. Simplemente nos lanzamos directamente a llamarnos novios sin haber hablado de nada. Porque era nuevo y emocionante, y todo era perfecto y brillante. Y creo que fue una llamada de atención bastante importante, ¿no?

Asentí.

—Sí.

—Así que, aunque desearía que no hubiera sucedido, sucedió. Y ahora tenemos que lidiar con eso. Pero sí, todavía quiero llamarte novio. Si tú también quieres.

Asentí rápidamente y puse su mano en mi regazo.

—Sí.

Su sonrisa duró poco.

—Pero tenemos que hablar de las cosas difíciles.

Sostuve su mano, no queriendo dejarlo ir.

—Sí.

—Si mis resultados son positivos en tres meses —respondió— ¿qué harías?

—Bueno, para ser completamente honesto, probablemente yo me asustaría primero. Tiendo a abrumarme bajo presión al principio. Creo que ambos vimos eso esta noche. —Sostuve su mano entre las mías y lo miré a los ojos—. Pero eso no cambiaría lo que siento por ti. Eso es algo de lo que me di cuenta esta noche.

Entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Y qué sientes por mí?

Solté una carcajada.

—Bueno, me siento mareado cuando pienso en ti y me entran mariposas. Quiero tocarte, abrazarte y hablarte todo el tiempo. Sueño

despierto contigo en el trabajo y pienso en estar contigo todo el tiempo. Básicamente, si respiro oxígeno, estoy pensando en ti. —Me reí, avergonzado. Horrorizado de admitir estas cosas en voz alta—. No sé si es amor, Linden. Sigo diciéndome que es demasiado pronto. No es posible que me enamore de ti tan rápido. Entonces tal vez no haya caído, per se. Pero estoy a medio camino. Me estoy enamorando de ti. Le hablé a mi madre de ti, si eso sirve de indicador. Quiero decir, buen señor. Ya quiere conocerte porque le dije lo increíble que eres.

Me miró fijamente, con una sonrisa de asombro en su rostro.

—Ah, vale.

Ah, joder.

—¿Fue demasiado? Puedo retractarme si es necesario. Yo sólo…

Soltó una carcajada y apretó mi mano.

—No, es perfecto. No hay nada de que retractarse, muchas gracias. —Su sonrisa se convirtió en algo más. Algo encantador—. Siento exactamente lo mismo, Keats. Aturdido y como si estuviera vibrando todo el tiempo. Y no sé si ya me he enamorado de ti, y no se lo he dicho a mi madre todavía, pero sí le dije a Cory que me iba a casar contigo el segundo día, creo. Entonces, si queremos tener un concurso sobre caer enamorados demasiado rápido, creo que yo podría ir en cabeza.

Me reí atónito.

—¿Te vas a casar conmigo?

Asintió.

—Después de nuestra primera cita improvisada y de que me diste esa servilleta convertida en flor, llamé a Cory y le dije: “Ehhhh, mierda, este hombre… Creo que me casaré con él”. Quiero decir, ya nombré a nuestros gatos hipotéticos.

Me reí entre dientes, sintiéndome un poco mareado.

—Sí. Albóndiga y Espagueti.

Linden sonrió y dejó escapar un suspiro.

—Y si tus resultados son positivos, tampoco cambiaría lo que siento por ti. Y sé que es fácil decirlo ahora mismo, pero lo digo en serio, Keats. Cambiaría la forma en que hacemos algunas cosas, pero en su mayor parte, sería algo con lo que viviríamos. Algo de que lo que ocuparse y monitorear.

Apreté su mano y asentí.

—Exactamente.

—Y en cuanto a los condones en el futuro —continuó—, necesitamos volver a hacernos la prueba en un par de meses, así que digo que sigamos usándolos hasta que nos den los resultados. Luego, si nos sentimos cómodos con usarlos o no usarlos —continuó—, podemos discutirlo.

Asentí.

—Suena como una idea muy sensata.
—Gracias. Estoy entrando en mi etapa gay de mediana edad muy sensata.
Logré esbozar una sonrisa.
—Y —agregó—, vamos a hablar sobre nuestras historias sexuales, porque eso no era algo de lo que habíamos hablado antes de que sucediera lo de esta noche, no teníamos ni idea.
—Me parece bien. Aunque para advertirte completamente, la mía será corta y un poco aburrida.
Resopló.
—Eh, discúlpame. He visto tu polla. No tiene nada de corta ni aburrida.
Me reí.
—Y probablemente deberíamos hablar sobre cosas de novios, como lo que se debe y no se debe hacer en una relación. Creo que íbamos a discutir las expectativas esta noche, pero luego pasó todo el asunto del condón roto.
Sonrió.
—Está bien, primero la lista de cosas que hacer —dijo tomando otra porción de pizza y mordiéndola. Esta vez masticó y tragó antes de hablar—. Alimentarme me convierte en un novio feliz.
Me reí.
—Anotado.
—En realidad no soy del tipo de persona que va de discotecas o bares. Esa etapa se acabó para mí —afirmó—. Entonces, las noches en el sofá con pizza y Netflix también me convierten en un novio feliz.
—Perfecto.
—No me opongo a que me mimen. —Tomó una respiración profunda—. No como un sugar daddy, sino colmado de afecto y atención.
Resoplé.
—Cariño y atención puedo darte.
—Y las flores de papel que has estado haciendo son absolutamente lo más dulce que existe, así que no me opondré a que eso suceda para siempre.
—Tendré que mejorar mis niveles de origami, pero sin presión. Totalmente manejable.
—Y los orgasmos prostáticos y sexo profundo. —Asintió—. Tampoco me opongo a eso.
Me reí.
—Bien. No hay ninguna presión.
—¿Qué pasa con tu lista de cosas por hacer?
Intenté pensar…
—Esa sonrisa que estás mostrando ahora mismo —dije—. Sólo

verte sonreír. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —Parecía un poco horrorizado—. Si bien eso es muy bonito de tu parte, y sí, le diré a Cory que dijiste eso, ¿no deberías tener metas reales?

—Quiero hacerte feliz —respondí—. Eso me hace feliz.

—No es justo.

—Pero hacerte feliz con la comida, Netflix y el sexo también cumple muchos requisitos para mí. Eso es prácticamente todo lo que necesito. Y tal vez café.

Su sonrisa fue algo espectacular.

—Está bien, café. Entiendo.

Hice una mueca.

—Y mi tienda es una prioridad para mí. Habrá momentos en los que puedo dejarlo todo por ti, y por supuesto que lo haré. Pero habrá ocasiones en las que no podré. Y eso no será un reflejo de cómo me siento o de lo mucho que significas para mí. Simplemente significará que no puedo salir de la tienda en ese momento.

Asintió.

—Eso es perfectamente razonable. ¿Ves? Tienes sí tienes "cosas que se deben hacer" en una relación.

—¿Y qué pasa con lo que no se debe hacer para ti?

Hizo una mueca pensativa y tarareó.

—Mmm. Racismo e intolerancia de cualquier tipo.

—Por supuesto.

—Tratar a cualquiera como si estuviera por debajo de ti —añadió —. Ese es un límite inquebrantable para mí.

—Bien. Estoy de acuerdo.

—Y dejar tus cosas por el suelo como un animal o un adolescente salvaje. —Hizo una mueca—. O como si esperaras que alguien más lo recogiera.

—Está bien, eso es justo. —Levanté la mano como si fuera una cuestión de honor de los scouts—. Trataré diligentemente de no dejar mi mierda por el suelo. Como un adulto.

—¿Te estás burlando de mí?

—Claro que no.

Me empujó.

—Está bien, voy a agregar *burlarse de Linden* a la lista de cosas que no se deben hacer con los novios.

Me reí.

—Anotado.

—¿Cuáles son las cosas que un novio no debe hacer para ti?

—Burlarme de Linden.

—Creo que estás fallando en el primer intento.

Resoplé.

—Estoy bromeando. —Llevé su mano a mis labios y besé sus nudillos—. Realmente no tengo una lista de lo que no se debe hacer. Simplemente no seas una persona terrible. No me des por sentado. No asumas que puedo leer la mente, porque no puedo. Y estoy muy falto de práctica en lo del novio, así que si estás molesto por algo, dímelo. Si necesitas algo, dímelo. Si tienes algún problema, dímelo. No me mientas. No odies la piña en la pizza: es una opción de aderezo válida. Y no hables mal de Beyoncé. Eso es todo. Ésa es mi lista.

Linden se rio.

—La piña es…

—Shh. Está en la lista de lo que no se debe hacer.

Su sonrisa era hermosa, se recostó en el sofá, me miró y suspiró.

—Me alegro de que estemos bien, Keats. Lo ideal es que el condón no se hubiera roto, pero si sirve de algo, si tuviera que pasar por esto con alguien, me alegro de que fueras tú.

Tragué y pasé mi pulgar por su mano.

—Ojalá no hubiera sucedido. Pero me alegro de que estemos bien. Pensé que me ibas a decir que necesitabas espacio o tiempo o que no querías verme más. Pensé que te había lastimado y eso hizo que quisiera vomitar.

Deslizó su mano hasta mi mandíbula y se inclinó para besarme.

—Eres el hombre más dulce.

Respiré profundamente y suspiré.

—Era más que el consentimiento. Quiero decir, eso es algo muy importante para mí, obviamente. Pero siento que mi trabajo es cuidarte, amarte, y fallé. Es una cuestión de responsabilidad. Al menos para mí. —Fue incómodo decirlo en voz alta, pero necesitaba decirlo —. Cuando me tienes dentro de ti, es más que… Ni siquiera sé lo que intento decir. Confías en mí para cuidar de ti, y la responsabilidad es mía de asegurarme de que estés bien, y luego, cuando esto sucedió, sé que dijiste que no es mi culpa, y lo sé, pero aun así, la responsabilidad… Y sigo pensando si me lo puse demasiado rápido, si lo dañé sin darme cuenta, si…

—Oye —susurró—. Lo entiendo. Sí. Amon dijo algo similar en la clínica. Entiendo lo de la responsabilidad y lo aprecio. Sólo sé que no te culpo. No hiciste nada mal.

Suspiré, agradecido por sus palabras, pero todavía no estaba seguro de sentirme absuelto.

—¿Estás seguro de que todavía quieres ir de compras mañana? Podemos dejarlo. No hay prisa. —Miré alrededor de mi aburrido apartamento—. Ha estado así durante años. Una semana o dos más no harán daño.

—Ir de compras mañana me parece divertido. Y sinceramente, la distracción nos vendrá bien. Los resultados de nuestras pruebas no

llegarán hasta la próxima semana y no podemos cambiar cuáles serán, entonces, ¿sabes qué? Creo que un día de compras y almuerzo es justo lo que necesitamos.

Dios, me hacía tan feliz.

—Genial.

Linden miró la pizza.

—¿Has comido suficiente? Sólo has comido una porción. —Me entregó otra rebanada, luego cerró la tapa y cogió el mando a distancia—. ¿Vemos algo?

Tuve que hablar con la boca llena de pizza.

—Lo que quieras.

Se rio, se acomodó debajo de mi brazo con su cabeza en mi pecho y comenzó a desplazarse por mi lista de vistas recientes.

—Está bien, necesitamos agregar "Linden hace todas las selecciones de televisión" a nuestra lista de cosas válidas en la relación.

Resoplé.

—No hay problema. De todos modos, nunca veo mucho la televisión. Me acuesto temprano porque me levanto a las cuatro y media.

Hizo una mueca.

—También vamos a agregar a la lista de lo que no se debe hacer, que *Keats no despierte a Linden cuando se vaya a trabajar*. —Luego corrigió—: A menos que sea por sexo. Entonces está bien.

—Cien por ciento agregado eso a mí lista.

—¿Despertarme?

—Para el sexo, sí. No por hacer ruido a las cuatro y media de la mañana.

—Puedes hacer ruido durante el sexo.

Suspiré.

—Esta lista es cada vez más larga.

Se rio y luego apuntó con el mando a distancia al televisor.

—Oh, no he visto esto. Se trata de piratas homosexuales. ¿Deberíamos verlo?

—¿Piratas homosexuales? Por supuesto, cien por ciento.



LINDEN PASÓ la noche en mi casa. Siempre fue el plan, aunque pensé que eso podría cambiar después del incidente del condón.

Pero no. Quería quedarse. Quería dormir en mi cama, despertarse para tomar un desayuno informal y luego pasar la mañana en IKEA.

Parecía que nada entre nosotros había cambiado, pero había cambiado todo.

Siendo algo pesimista por naturaleza, me inclinaba a suponer que las cosas cambiarían para peor.

¿Pero tal vez las cosas habían cambiado para mejor?

Por supuesto, tenía miedo de admitirlo en voz alta. Pero habíamos hablado. Habíamos discutido escenarios hipotéticos y habíamos hablado de nuestras expectativas de cara al futuro.

Como los adultos. Como personas que se tomaban en serio el deseo de hacer que esto funcionara.

¿Fue ideal que el condón se rompiera?

Por supuesto que no.

De hecho, desearía que no hubiera sucedido para nada.

Pero de una mala situación surgió algo bueno. Un rayo de esperanza en una nube bastante oscura.

Me atrevía a pensar que estaríamos bien. Mejor incluso.

¿Era todavía demasiado pronto para declaraciones de amor y para siempre?

Siendo realistas, sí.

Pero algo dentro de mí sabía que esto era real.

—¿Estás bien? —Linden agitó su mano frente a mi cara—. ¿Listo para ir de compras? ¿O todavía necesitas más café?

Me reí y asentí por el parabrisas hacia la entrada de IKEA.

—Estoy listo. No estoy seguro de que mi cuenta bancaria lo esté, pero yo lo estoy.

Rio.

—No tienes que comprar nada. Podemos simplemente mirar. Será divertido.

Salimos de mi camioneta de trabajo y él me tendió la mano para que la sostuviera. ¿Era yo del tipo que se toma de la mano en público? Antes de él no, para nada. ¿Pero ahora? Demonios, sí, quería tomar su mano.

Sonrió mientras entrelazaba nuestros dedos y dio un pequeño paseo alegre mientras atravesábamos las puertas. Era una bola de energía y diversión, y juraba que era contagioso.

Me hacía feliz.

—Muy bien —dijo cuando llegamos a la primera habitación—. ¿Un sofá nuevo u otros muebles?

Hice una mueca.

—Eh… ¿Necesito un sofá nuevo? —Probablemente lo necesitaba. Mi sofá era viejo…

Resopló.

—No, no. Tu sofá está bien. ¿Te gusta este?

Miré la exposición.

—Quiero decir, me gusta todo. Todo parece genial, pero…

Me sonrió con toda la paciencia de un santo.

—Está bien, entonces, ¿qué tal si miramos todo sin intención de comprar? Sin presión.

—¿Soy tan malo en esto?

Rio.

—Cielos, no. ¿Qué tal esto: lo reduzco a tres opciones de configuración, mesa de café, estantería, armario o lo que sea, y tú eliges una de ellas?

Suspiré, aliviado.

—Perfecto.

Realmente era bueno en esto.

Optó por tres habitaciones diferentes, cada una con muebles con marcos de colores más claros, nada grande y voluminoso porque necesitaba encajar con un espacio más pequeño y la mínima luz.

Me gustaron los tres pero preferí uno a los demás.

—Me gusta este —dije—. Pero también debería llevarme el sofá. Y tal vez algunos marcos para las paredes. Y la alfombra. Dios, por eso lo hacen así, ¿verdad? Para que puedas verlo todo junto y comprarlo todo.

Linden se rio.

—Más o menos, sí.

Tomamos todos los números de productos y códigos de artículos que necesitábamos y me detuve en el pasillo.

—Hm, tal vez podríamos echar un vistazo al área de la cocina. Siempre es divertido.

Su sonrisa se hizo más amplia y, tomando mi mano, me guio. Observamos diferentes salas y utensilios. Se rio cuando cogí el cucharón de dinosaurio y el cocedor de huevos con forma de pingüino. Podría haber pensado que estaba bromeando, pero no.

—Me lo llevo.

Y luego encontramos la sección de mascotas.

—Dios mío —dijo encontrando el gimnasio para gatos más grande del planeta—. Albóndiga y Espagueti van a tener esto. Pueden tener su propia habitación con sus camas y juguetes.

—¿Nuestros hipotéticos gatos tendrán su propia habitación?

Asintió muy seriamente.

—Ah, sí. Con una gran ventana para que entre la luz del sol y camas con calefacción en invierno.

—Entonces serás el padre que los mime.

—Sí. Y serás el papá que limpie las cajas de arena.

—Gracias.

Rio.

—De nada.

—Y este lugar hipotético al que estamos llegando… —dije tratando de ignorar el latido de mi corazón—. Con una habitación para

nuestros hipotéticos gatos, ¿existe un presupuesto hipotético para esto? ¿Una habitación hipotética para los muebles que estoy a punto de comprar, tal vez? Porque no quiero pagar todo esto dos veces.

Linden se puso de puntillas y me dio un beso rápido y sonriente.

—Haré que funcione.

Quería preguntarle si tenía en mente un plazo hipotético, pero tenía demasiado miedo. ¿Y si dijera que solo estaba bromeando? ¿Y si dijera el mes que viene?

No sabía qué respuesta me asustaba más.

Después de la sección de mascotas, encontró la sección de plantas. Pasó directamente por delante de las plantas artificiales y llegó a una mesa con pequeñas suculentas reales. Cogió una euforbia.

—Ay, dios mío. Mira lo bonita que es. Vendrá a casa conmigo. —Luego cogió otra planta más—. Tú también necesitas una.

—Bueno —me evadí—. Eso es una euforbia. No será buena para Albóndiga y Espagueti.

Linden jadeó y dejó las plantas. Su mirada se posó en la mía.

—Entonces, ¿cuáles podemos tener?

¿Para nuestros gatos inexistentes?

—Eh, esta. —Cogí una haworthia—. Estas están bien.

—Entonces nos llevaremos dos de estas. —Seleccionó dos—. Me alegra mucho que sepas cuáles podemos tener. Podría haberlos envenenado.

Todo el asunto de los gatos hipotéticos había empezado siendo gracioso, pero empezaba a sonar serio.

—Y sobre estos gatos —me evadí, sin estar del todo seguro de lo que quería preguntar.

—Rescatados, por supuesto. De la RSPCA o de un refugio. No tienen por qué ser gatitos. A todo el mundo le encantan los bebés, así que tal vez deberíamos fijarnos en algunos de los más mayores que la gente no elije porque quieren gatitos pequeños.

—¿Hablas en serio sobre esto?

Se detuvo y sus ojos se encontraron con los míos.

—Hablo en serio.

—¿En serio lo de los gatos? ¿O sobre nosotros?

Sus ojos azules buscaron los míos, sus manos cayeron a los costados.

—¿Ambos? ¿Cualquiera? ¿Ninguno?

Dios mío.

—Ambos —susurré—. Definitivamente ambos.

Sonrió y luego me dio un suave empujón.

—Me asustaste.

Me reí.

—Lo siento. No estaba seguro si estabas bromeando o hablabas en

serio. Quiero decir, que los gatos tuvieran su propia habitación implicaba que viviéramos juntos, y no sabía qué hacer con eso. Linden soy del tipo que piensa demasiado. Entonces, cuando dices cosas así, tengo siete pestañas abiertas en mi cerebro trabajando al mismo tiempo, ejecutando posibles resultados y escenarios.

Su sonrisa tardó en extenderse.

—¿Sólo siete pestañas?

—Dos son alguien trabajando en una pizarra del FBI con escenarios, una es un diagrama de Venn, dos son hojas de cálculo, una está ejecutando un video de *Love Actually* y la última está respirando en una bolsa de papel.

Linden se rio y luego se inclinó para darme otro beso rápido.

—Eres tan jodidamente perfecto.

Antes de que pudiera discutir eso, sonó su teléfono. Puso las dos plantas en mi cesta y vi el nombre de Cory en la pantalla antes de que respondiera la llamada.

—Hola, precioso… Sí, ambos estamos genial… No, aún no hay resultados… ¿Oh? ¿Está bien? —Me sonrió—. Bueno, fue muy dulce… Por supuesto que lo apruebo… No, estamos en IKEA… Está bien, hablamos luego. Adiós.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y suspiró.

—Bueno, nuestro pequeño viaje a la clínica anoche impulsó a Cory y Amon a discutir algunas cosas. Tendré todos los detalles más tarde, pero creo que fue la charla de exclusividad.

—Ah. Bien por ellos. Amon parecía agradable. Lamento no haber sido muy amigable cuando lo conocí.

Le quitó importancia con la mano.

—No te disculpes. Fue encantador y le dije a Cory que lo aprobaba. Creo que lo que dijo anoche me ayudó a entenderte un poco mejor.

Me detuve.

—¿En serio?

—Sí. Sobre cómo un activo debería tratar a su novio. Dije que estabas preocupado por mí y Amon dijo que así debería ser. Pero básicamente dijiste lo mismo anoche también. Se trata de responsabilidad y cuidado, y eso demuestra lo decentes que sois Amon y tú.

—Ah. Bien. —Intenté no avergonzarme—. ¿Antes no pensabas que era decente?

—Por supuesto que sí. Pero fue bueno escucharlo, ¿sabes? —Dejó escapar un profundo suspiro y me sonrió—. Me gustó que me cuidaras, que yo fuera tu primera preocupación.

Quizás el centro de IKEA no era el mejor lugar para esta conversación, porque quería acercarlo, rodearlo con mis brazos y besarlo. En cambio, simplemente lo miré a los ojos y esperé que

pudiera ver la sinceridad en los míos.

—Lo eres.

Sonrió serenamente como si necesitara oírme decir eso.

—¿Ya has hecho suficientes compras por un día?

—Sí. Pero esto ha sido divertido.

—¡Muy divertido!

—Para que quede claro —agregué—, la parte divertida de este viaje de compras también incluye el momento en que se entrega y tú me ayudas a armarlo todo, ¿verdad?

—Claro. Me gustará supervisarte y ayudarte diciéndote si estás haciendo algo mal.

Resoplé.

—Impresionante.

Hizo un pequeño movimiento feliz y luego miró a su alrededor.

—Está bien, ¿cómo salimos de aquí?

Encontramos el mostrador, compré lo que había en la canasta, pedí que me llevaran el resto y Linden compró el almuerzo de camino a casa.

Pasamos la tarde en su casa, besándonos en la cocina, acurrucándonos en el sofá y riéndonos con la película pirata gay. Fue la perfección absoluta. Todavía no habíamos recibido más resultados de las pruebas, pero eso no fue sorprendente.

No es que cambiaría lo que sentía por él.

Mi corazón ya estaba en esto.

Me estaba enamorando de él, si no me había enamorado del todo ya.

Cuando llegó el momento de irme, me acompañó hasta la puerta y suspiró con el ceño fruncido.

—Ojalá pudieras quedarte —murmuró.

—Quizás la próxima vez —dije. Salí temprano por la mañana y no había traído ropa. Puse mis dedos en su barbilla y levanté su rostro para poder besarlo—. Me gustaría tener una flor de papel para regalarte —dije—. Por todo este fin de semana, por lo que significas para mí.

—¿Qué flor sería?

Pensé por un momento.

—Una flor de durazno.

—¿Qué significa?

Busqué sus ojos, con el corazón en la garganta.

—*Mi corazón es tuyo*.

Cerró los ojos lentamente y respiró profundamente antes de mirarme con grandes ojos.

—Mi corazón es tuyo. Mi corazón también es tuyo… te pertenece. ¿A ti? —Sonrió tímidamente—. Tuyo.

Me reí entre dientes y lo besé de nuevo, presionando mis labios contra los suyos, suave y despacio. Dios, desearía poder quedarme. No quería dejarlo. Gemí en la puerta.

—Sabes, si ya tuviéramos ese lugar hipotético para nuestros hipotéticos gatos, no tendría que irme.

—Si tuviéramos nuestra propia casa —murmuró—, tú y yo estaríamos en la cama toda la tarde. Y no tendríamos que preocuparnos por los condones.

Gemí más fuerte y di un paso atrás.

—Bueno, eso no ayuda.

Rio.

—Lo siento.

—Claro que no.

—Por supuesto que no.

Abrí su puerta, obligándome a salir, porque si no me iba ahora mismo, no me iría de ninguna manera.

—En ese sentido —dije—. Me gustaría que se supiera que este es un esfuerzo perceptible de mi parte para obligarme a irme. Una fuerza de voluntad, si se quiere.

Rio.

—Te llamaré más tarde esta noche —murmuró, asomándose tímidamente por la puerta—. Y para que lo sepas, habrá sexo telefónico. El hecho de que no te esté arrastrando a mi habitación ahora mismo es testimonio de la fuerza de *mi* voluntad, si quieres.

Le sonreí.

—Genial.

—Adiós, Keats.

Asentí y él cerró la puerta, y me quedé allí por unos segundos tratando de recuperar el aliento. Puse mi mano en mi pecho y sonreí a su puerta, y lo escuché reír, así que estaba bastante seguro de que me estaba mirando a través de su mirilla.

—Que tengas una buena noche —le dije a su puerta.

—Si abro esta puerta, no te irás —fue su respuesta.

Me reí.

—Vale, de acuerdo. Me voy. —Di un paso atrás por el pasillo, asumiendo que todavía me estaba mirando por la mirilla. Me despedí con la mano—. Buenas noches.

Entonces tuve que obligarme a irme. Y tuve que obligarme a dejar de sonreír. Pero puse mi plantita en el estante junto a Elizabeth y le di un riego de bienvenida. Luego saqué mi nuevo cucharón de dinosaurio y mi cocedor de huevos de pingüino, feliz de haberlos comprado. Hacía mucho tiempo que debía hacer algo divertido.

Luego miré alrededor de mi sala de estar, el sofá desgastado, la mesa vieja y el mueble de televisión aún más antiguo.

Mis nuevos muebles llegarían el próximo fin de semana. Para mi nueva visión de la vida.

Para el nuevo yo.

El yo que sabía que ya era hora de empezar a vivir.

Una parte de mí sentía que ya había empezado. Esta nueva etapa de mi vida parecía brillante. Y podía decirme a mí mismo que Linden no era el único motivo ni el centro de mi felicidad; que tenía que venir desde dentro.

Pero vaya, él era una gran parte de ello. Y en la improbable posibilidad de que él no estuviera en mi vida para siempre, estaría bien. Este nuevo yo, el que no estaba centrado únicamente en el trabajo, el hombre que ahora miraba adelante de vez en cuando, esto estaría bien.



LLEGUÉ A TRABAJAR a la mañana siguiente con una camioneta llena del mercado de flores. Como todas las mañanas, Robbie me pasó un café y Lina empezó a descargar la furgoneta.

—¿Qué tal tu fin de semana? —preguntó Robbie, mirándome de arriba abajo—. Pareces sospechosamente feliz.

Me reí. Dios, ¿cómo explicar mi fin de semana?

—Bueno, empezó un poco mal pero terminó bastante bien.

—¿Mal? ¿Qué pasó?

Hice una mueca, sin saber si debería decírselo… Luego me di cuenta de que si alguien lo entendería, sería él. Ambos recogimos una caja cada uno y miré a mí alrededor para ver a Lina ya dentro.

—Condón roto —susurré.

Robbie hizo una mueca.

—Oh. ¿Fuisteis a una clínica…?

—Sí. Las pruebas rápidas fueron todas negativas. Estamos esperando los resultados definitivos.

—¿Y vosotros estáis bien?

—Sí, hablamos de todo. —Deslicé la caja en el estante de la cámara frigorífica—. En realidad, creo que estamos mejor que bien. No es un comienzo ideal para una relación, pero al menos sabemos que podemos tratar las cosas importantes. ¿Ya sabes?

Deslizó su caja en el estante y me dio una palmada en el hombro.

—Suena serio.

—Lo es. Oficialmente somos novios.

—Guau.

Lina apareció con otra caja.

—No, honestamente, está bien. Vosotros dos quedaos aquí y charlad. Yo haré todo el trabajo.

Resoplé.

—Lo siento.

Robbie chasqueó la lengua.

—Se suave con él. Está enamorado.

Lina resopló pero cedió en una sonrisa.

—¿Sigue siendo maravilloso?

Asentí, sintiéndome tontamente mareado.

—Lo es.

—Me alegro por ti. —Luego levantó ambas cejas—. Pero la furgoneta no se descargará sola.

Me reí, pero Robbie y yo descargamos el resto de la furgoneta sin quejarnos. Teníamos que completar nuestras listas de pedidos y todos nos pusimos a trabajar, tarareando al compás de la radio, haciendo todo lo que pudimos antes de abrir al público, antes de que el teléfono comenzara a sonar.

—Lina —grité—. Necesito ideas.

—¿Para qué?

—Flores para Linden.

—¿Flores de papel?

—Sí, posiblemente. Quizás otra flor que diga algo más. No sé.

—Más… —reflexionó—. Como una declaración de cien rosas rojas pero no cien rosas rojas.

—Exactamente.

—Consigue papel rojo y hazle una rosa roja.

Me encogí de hombros.

—Podría… y realmente le encantan las flores de papel que le he regalado. Las guarda en el estante de su sala de estar. Pero creo que ha perdido el encanto.

—También puedes conseguir LEGOS de flores —intervino Robbie.

Mmm.

—O una docena de pastelitos con glaseado para que parezcan flores —sugirió Lina.

Suspiré.

—No sé. Quiero darle algo significativo. No necesariamente grandioso o caro. Algo pequeño y significativo.

—Una imagen en un marco —dijo Lina—. De una flor que le dice lo que sientes. Hazle una serie de diferentes flores, pero dibujadas a mano y en marcos a juego.

Lo pensé y luego lo consideré un poco más.

—Me gusta esa idea. Eso podría funcionar. —Lo pensé un poco más y le dediqué a Lina mis mejores ojos tristes de cachorrito—. ¿Por dónde empiezo a buscar eso?

Lina suspiró.

—Me encargas buscarlo, eso es lo que estás haciendo.

Agarré su mano.

—Estaré eternamente agradecido.

Levantó una ceja poco impresionada.

—No sé si eternamente agradecido, pero lo que puedes hacer es cumplir mis pedidos de esta mañana.

—Trato hecho. Tal vez una lista de tres o cuatro colecciones y me reservo el veto, por supuesto.

Se me quedó mirando.

—¿Por qué siento que me obligó a hacer esto?

—Porque ha sido así —dijo Robbie rotundamente. Puso un montón de narcisos en un recipiente—. Y tú, Keats. Querer algo con un significado significativo pero hacer que otra persona lo busque. Da un poco de vergüenza.

Hice un gesto hacia mí.

—¿Confiarías en mí para elegir cualquier cosa? Fuimos a IKEA y compré un cucharón de dinosaurio y un cocedor de huevos con forma de pingüino.

Robbie parpadeó y luego frunció los labios hacia Lina.

—Busca en Google acuarelas impresas en la *Blue Door Gallery* de Paddington. Tienen una gran variedad de tarjetas antiguas pintadas. —Luego me miró de reojo mientras colocaba otro manojo de narcisos en el soporte—. De nada.

Tomé el portapapeles de Lina y comencé a preparar sus pedidos. Me encontré buscando una oportunidad para atrapar a Robbie solo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—Tan y tú habéis estado juntos durante años, ¿verdad? —Asintió—. ¿Cuándo lo supiste? Que él era… ¿Que estarías con el mucho tiempo?

Puso los últimos tulipanes en sus soportes, se volvió hacia mí y sonrió.

—Día uno. Incluso antes de conocerlo. Era una fiesta y lo vi entrar al bar con sus amigos. Él te contará una historia diferente. Te dirá que me hice el difícil y que no estaba interesado, pero puedo decirte ahora mismo que sabía que él era el indicado para mí incluso antes de conocerlo.

No podía creerlo.

—Nunca me dijiste eso.

—Porque fue una tontería y no empezamos a salir esa noche. Quiero decir, tuvimos un encuentro —dijo con los ojos muy abiertos—. Si sabes a lo que me refiero. Pero a la mañana siguiente tomamos caminos separados, como lo hemos hecho todos. Y nos encontramos unos días después, y el fin de semana siguiente. Algunos podrían llamar a eso destino. Bueno, Tan lo llamaría destino. Otros, como yo,

podrían llamarlo preguntar, descubrir dónde estaba y dónde trabajaba, y ponerme en su camino.

—¿Así que lo acosaste?

—No. Escuché en ciertos círculos sobre lugares que él podía frecuentar o no, y sentí curiosidad por su ubicación.

Me reí.

—Bien.

Puso los ojos en blanco.

—Luego jugamos al juego de la timidez, sin interés pero realmente muy interesados, y él me dijo que si hablaba en serio, tenía que invitarlo a una cita de verdad. Y el resto es historia. Llevamos juntos casi seis años. Eso es para siempre en el significado de años para homosexuales. Como años de perros, pero para gais.

Suspiré felizmente.

—Yo… Realmente me gusta Linden. Creo firmemente que podría ser serio.

—¿Y la rotura del condón? —susurró.

Gruñí.

—Sí, no es lo ideal. Pero también fue una especie de llamada de atención. Estábamos tan ocupados con la novedad que nos saltamos las cosas serias y no brillantes, ¿sabes?

Asintió.

—Es fácil de hacer.

—Nos hizo hablarlo todo y estamos bien. Vamos a afrontarlo juntos.

—Keats —gritó Lina desde el mostrador de servicio—. Tienen de todo tipo. ¿De qué tipo de flores buscas las pinturas?

—Flor de durazno, clavel verde, rosa de Austria, pensamiento blanco y un árbol de kumquat.

Robbie se rio, pero negó con la cabeza.

—Eso es extrañamente específico.

—Sí, no me gustan tus posibilidades —murmuró Lina—. Oh, espera. Pueden hacerlas por comisiones o solicitudes.

—Hazlo.

—Va a ser bastante costoso.

—Está bien. —Lo valía completamente. Pero eso probablemente también significaba que no los recibiría esta semana—. Si hay que esperar, quizás tenga que hacerle más flores de papel mientras tanto.

Robbie suspiró.

—Dios mío, realmente estás perdido.

Le lancé una mirada furiosa.

—¿Cómo son tus habilidades con el origami?

CAPÍTULO DIEZ

LINDEN

KEATS ERA TAN GENTIL. Era innegablemente cariñoso y considerado, y cada día que pasaba era un día en el que me enamoraba más.

Porque en el transcurso de la semana llegaron los resultados de nuestras pruebas.

El martes llegaron a nuestro email los resultados de sífilis y gonorrea y me envió dos flores de papel de flor de almendro cuidadosamente dobladas. Negativo, para ambos.

La nota que la acompañaba decía: *Flor de almendro por una promesa.*

El miércoles llegaron los resultados de la hepatitis y me envió una pequeña flor blanca de origami.

Brezo blanco por la fortaleza, decía la nota.

Luego, el viernes llegaron los resultados de la clamidia y me envió una flor de origami amarilla. *Celidonia por las alegrías venideras en nuestro futuro*, decía la nota manuscrita.

Todas nuestras pruebas hasta ahora fueron negativas y, aunque no me sorprendió, sí me sentí aliviado.

Vino a mi casa el miércoles y sonrió satisfecho consigo mismo cuando le mostré la pequeña muestra botánica de flores de papel.

—¿Te gustan? —había preguntado.

—Me encantan —respondí—. Tendré que encontrar una mejor manera de exhibirlas, tal vez conseguir una vitrina. Pero se han vuelto mi detalle favorito.

Me envolvió en un abrazo lento y tomó una respiración profunda, simplemente contento de abrazarme. Nunca insinuó más, nunca presionó para tener relaciones sexuales, no desde el incidente del condón. No era un problema y estaba más que feliz de pasar la noche acurrucado en el sofá con él, comiendo comida para llevar y viendo programas divertidos de televisión.

Pero el viernes, cuando llamó a mi puerta, apenas había saludado cuando entró y me abrazó. El tipo de abrazo que nos unía, dos mitades de un todo. Lento y sin prisas, sin urgencia, sin desesperación, sólo un abrazo de "Dios, te extrañé".

—¿Estás bien? —murmuré en su cuello.

—Hm —respondió retrocediendo y levantando mi barbilla para poder presionar su boca contra la mía en un beso sexual. Acercó mi cuerpo al suyo, sonrojado y duro en todos los lugares correctos, luego me empujó contra la pared cerca de la puerta.

—¿Una semana fue demasiado? —pregunté cuando tomamos aire.

Dejó de besar mi cuello.
—Estoy tratando de llevar las cosas con calma.
Pasé mis manos por su trasero y junté nuestras caderas.
—¿Y cómo te va?
Su respiración era mitad gemido, mitad risa.
—Mal. Y me iba muy bien hasta que abriste la puerta.
Lo empujé hacia atrás un milímetro y le pellizqué la barbilla.
—Después de todos los regalos de flores de papel que me enviaste esta semana, vas a tener mucho sexo este fin de semana, así que si quisieras empezar ahora, no me opondría.
Dejó escapar un gemido entrecortado.
—Linden —murmuró, un sonido torturado.
Me encontré con su mirada.
—¿Estás preocupado por lo que pasó? —pregunté—. Compré condones nuevos, si te preocupa…
Negó con la cabeza.
—No. Sólo quiero saber que estás seguro. Completamente.
Pasé mis manos por su espalda hasta su culo y lo acerqué a mí.
—Al cien por ciento.
Me besó con fuerza e inhaló profundamente, con los ojos cerrados.
—Gracias a Dios. Estoy muy listo. —Luego me tomó de la mano y me llevó a mi habitación. Me empujó de nuevo a la cama y luego procedió a desnudarme, una a una todas mis tortuosas prendas de ropa.
Cuando estuve completamente desnudo ante él, se arrodilló entre mis muslos. De alguna manera se había quitado sus zapatos y su camiseta, pero sus vaqueros todavía estaban puestos.
Cristo, estaba sexi.
—No sé cómo pude pasar meses seguidos sin sexo —murmuró—. Antes de ti. Nunca sentí la necesidad. No lo anhelaba. Ahora, contigo, ha pasado una semana y estoy perdiendo la cabeza. —Se inclinó sobre mí y rozó su nariz con la mía—. No puedo tener suficiente de ti.
—Puedes tenerme tan a menudo como necesites —le dije desabrochando el botón de sus vaqueros—. Pero, increíblemente, todavía estás muy vestido.
Me besó, con los labios adoloridos y la lengua caliente. Estaba levantando las caderas, balanceándome, tratando de encontrar fricción.
Más, más, más.
—Keats —siseé.
Entendió la indirecta. Se quitó los vaqueros y dejó caer el lubricante y los condones sobre la cama. Me trabajó, preparándome y adaptándome, hasta que estuve resbaladizo y jadeando de necesidad.
Luego abrió mis muslos, levantó mi culo, colocó su polla y empujó

adentro de mí. Mantuvo una mano en mi frente, sus ojos fijos en los míos, observando cada destello de emoción, cada sentimiento, cada señal que podía darle.

Me tomó lenta y firmemente. Con más paciencia de la que yo tenía, conmigo su única preocupación.

Cuando me acostumbré a su tamaño, nadando en esa intimidad, empezó a moverse. Lenta y profundamente, adentro y afuera, con tanta ternura y cuidado.

Cuando empezó a moverse más rápido, mostrando el dolor de su control en sus ojos, en su ceño fruncido, lo besé.

—Más rápido, más duro, Keats. Necesito más.

No era por mí. Era por él.

Cerró los ojos y gimió.

—Mierda. Estoy tratando de… tomarme mi tiempo.

Giré mis caderas, encontrando su empuje. Dios, podía sentir cada centímetro de él.

—Tómame como quieras —susurré.

Sus dedos se clavaron en mi culo; chocó contra mí y lo recibí. Podía sentir su polla palpitar, y cuando gritó, pude sentir cómo se derramaba dentro del condón.

Oh, diablos, sí.

Acerqué su rostro al mío, metiendo mi lengua en su boca y él se estremeció mientras superaba las olas de su orgasmo.

Tan jodidamente caliente.

Se desplomó encima de mí, respiraba entrecortadamente y soltó una risa entrecortada.

—Me imaginaba que todo iría mucho mejor —murmuró—. Al menos más tiempo. No te corriste. Lo lamento.

—Está bien —dije con una sonrisa—. Puedes chuparme la polla después.

Se rio y se apartó para mirarme, sus ojos ahora con una especie de serenidad vidriosas.

—Trato hecho.

Salió de mí, con cuidado de que el condón permaneciera intacto. Por supuesto que sí. Y se deshizo de él.

—Oye —le dije mientras regresaba a la cama—. Sólo una pregunta. No es necesario que respondas ahora, pero piénsalo y lo discutiremos.

Se deslizó a mi lado y me envolvió en sus brazos, besando mis labios, mi frente. Claramente todavía estaba disfrutando de su éxtasis.

—Pregunta.

—Estabas preocupado por el condón. —En realidad no era una pregunta…

—Seguro. Nunca antes había tenido una rotura, así que nunca me preocupé por eso hasta ahora.

—Pero nos hicimos pruebas —agregué.

Se apartó para poder mirarme a los ojos.

—Sí. Pero todavía no tenemos los resultados oficiales del VIH.

—Lo sé. Y eso está perfectamente bien. Si uno de nosotros da positivo, entonces habrá medicamentos y más pruebas, y tal vez usemos condones siempre, y eso me parece genial. Pero si ambos resultamos negativos…

—¿No quieres usar condones?

—No quiero que tengas que preocuparte por si uno se rompe —le respondí—. Tratando de ir despacio, tratando de tener cuidado. Quiero que disfrutes lo que hacemos y que no seas cauteloso ni te inhibas porque estás preocupado por mí. —Me encogí de hombros—. Puedo tomar PrEP. Si eso se convierte en una opción para nosotros. Si eso es algo con lo que ambos nos sentimos cómodos. Quizás no ahora, pero sí dentro de unos meses, o dentro de un año, o dentro de cinco años.

Empezó a sonreír.

—¿Dentro de cinco años?

Dios mío.

—Bueno, sí. Teniendo en cuenta que para entonces viviremos juntos con nuestros dos gatos y nuestra variedad de plantas.

Se rio entre dientes.

—Me alegra que estés pensando en el futuro como yo. Sobre vivir juntos, algún día. Sobre cómo mis planes ahora te incluyen a ti. A nosotros.

—Y a Albóndiga y Espagueti.

Resopló.

—Por supuesto.

—Un día. ¿Pronto?

Sus ojos se encontraron con los míos y me besó suavemente.

—Un día. Pronto. —La comisura de sus labios se alzó en una media sonrisa—. Muuuuuuy pronto.

Me reí entre dientes, sintiéndome muy feliz. E insatisfecho.

—Ahora, ¿sobre esa mamada?

Se rio y maniobró entre mis piernas. Se cubrió con las sábanas para que no pudiera ver lo que estaba haciendo. Entonces su boca cálida y húmeda me rodeó. Por mucho que quisiera ver, sentirme privado y simplemente sentir lo que él me hacía, era tan, tan bueno.

—Joder, sí —siseé cuando comenzó a masturbar mi polla mientras chupaba la cabeza.

Luego sus dedos fueron a mí culo y presionó ese botón mágico dentro de mí. Me corrí tan intensamente y tan rápido que casi me desmayé.

Cada fibra de mi ser estaba en llamas y de alguna manera líquida

al mismo tiempo. Convulsioné y temblé durante casi medio minuto después. Mucho después de que me envolviera en sus brazos y me calmara.

Cristo todopoderoso.

Me dejó dormir sobre su pecho, frotando suaves círculos en mi espalda, sus dedos en mi cabello.

—Te amo —murmuró.

Me pregunté si me lo había imaginado diciéndolo, si lo había soñado. Por la forma en que mi ritmo cardíaco se disparó, estaba seguro de que lo había dicho en voz alta.

Besó el costado de mi cabeza.

—Sé que probablemente sea demasiado pronto para hacer una declaración tan enorme —añadió en un tono suave—. Pero es verdad. Nunca me había sentido así por nadie, Linden. No puedo imaginar a nadie más perfecto para mí que tú.

Lo miré, necesitaba ver su rostro, sus ojos.

—Yo también te amo. No espero que las cosas vayan tan bien todo el tiempo y no sé qué nos deparará el futuro, pero Dios, estoy listo para descubrirlo.

Su sonrisa fue impresionante. Acarició un lado de mi cara con la yema del dedo.

—Yo también estoy listo para descubrirlo.

—Bueno, creo que recibir tus muebles mañana y montar todas esas piezas será la verdadera prueba. Si podemos superar eso, podremos superar cualquier cosa.

Rio.

—Cierto. Pero creo que estaremos bien. Estoy bastante seguro de que haré todo lo que me pidas, todo lo que digas.

Le estaba sonriendo.

—¿Estás entrando en tu etapa de novio sumiso?

Volvió a recostar la cabeza y me abrazó con más fuerza.

—Completamente.

EPÍLOGO

LINDEN

Tres Meses Después

—POR FAVOR, tened cuidado con eso —les dije a los muchachos de mudanzas. Era una caja abierta con cinco hermosos marcos y la vitrina de cristal de mis flores de origami—. Son muy especiales. Romped cualquier otra cosa y no me importará.

Keats se rio mientras deslizaba otra caja sobre la encimera de la cocina.

—No son tan especiales.

Jadeé y acerqué la caja protectoramente a mi pecho.

—No hables así de ellas.

El más grande de la pareja de mudanzas me lanzó una mirada extraña mientras salía. Ya casi habían terminado y entonces podríamos empezar a organizarnos. Podríamos instalarnos.

Se acordó, sin decir nada, que Keats haría la mayor parte del montaje y la organización recaería sobre mí. Después de todo, me dedicaba a organizar. Lo primero que trajeron los de la mudanza fue nuestra cama, y yo la hice montar antes de que trajeran el segundo lote de cajas.

Sí, íbamos a vivir juntos. Casi cuatro meses desde nuestra primera cita.

Cuatro meses de perfección.

Y seguíamos cuestionando la velocidad de esto, pero no se podía negar lo bien que se sentía. Incluso nuestros amigos más cercanos y nuestras familias admitían que encajábamos perfectamente. Como si hubiéramos estado juntos durante cuatro años, no cuatro meses.

Mi madre había tenido sus reservas al principio. Cuando le dije lo serios que íbamos Keats y yo, se mostró cautelosa. Entonces lo conoció. Vio cuánto me amaba, la forma en que me trataba. Ella vio lo maravilloso que era y, lo que es más importante, vio cómo estábamos juntos.

Luego, cuando mencioné que estábamos considerando mudarnos a vivir juntos cuando terminara el contrato de arrendamiento de Keats, ya estaba encantada por nosotros.

Lo mismo con la madre de Keats. Ella me adoraba y le encantaba lo feliz que hacía a su hijo.

Y nuestros amigos también se alegraron por nosotros. También estaba feliz de haber encontrado un apartamento de dos habitaciones

en Broadway, cerca de cafeterías, restaurantes y de la ciudad.

—¿Dónde quieres esto? —preguntó Amon, sosteniendo una caja bastante grande llena de mis carpetas de trabajo.

—En el primer dormitorio —respondí—. ¡Gracias!

Cory estaba detrás de él, sosteniendo una caja más pequeña para la cocina.

—Estos chicos de la mudanza están buenos —susurró abanicándose la cara.

Puse los ojos en blanco.

—Como si no tuvieras a tu propio hombre enorme cuidándote.

Sonrió.

—Oh, lo sé. Pero todavía puedo apreciar la vista.

Los chicos de la mudanza entraron con el nuevo sofá de Keats, y Keats llegó después con otra caja.

—Estas son tus carpetas de trabajo, cariño —dijo—. ¿Habitación libre?

—Sí, por favor.

Amon apareció y Cory rápidamente se colocó en su costado. Parecía casi infantil bajo el enorme brazo de Amon, dada su diferencia de tamaño. Pero hombre, Cory nunca había sido tan feliz. No pude evitar sonreírles a los dos juntos.

Luego uno de los chicos de la mudanza trajo un carrito con todas nuestras plantas.

—¿Terraza?

—Sí, por favor.

El otro transportista entró, dijo que ya estaba descargado todo lo que había en el camión y nos dejaron en un apartamento nuevo con cajas y muebles por todos lados. Nunca me había emocionado tanto ante la perspectiva de tanto trabajo.

—Lo primero es lo primero —dije—. Antes de que pidamos comida y dejemos de trabajar. —Levanté el primer cuadro. Era un simple marco blanco con una imagen expuesta de forma experta. En realidad, era una antigua tarjeta de papel grueso con un clavel verde pintado a mano en acuarela.

Combinaba perfectamente con los otros cuatro. Keats me los había regalado cuando llegaron nuestras pruebas finales de VIH. Eran negativas, pero había arreglado estas impresiones antes, independientemente del resultado, para demostrar que su amor no cambiaría.

Cinco flores pintadas a mano.

Clavel verde, rosa de Austria, flor de durazno, un árbol de kumquat y una sola rosa roja.

Homosexuales. *Tú eres todo lo encantador*. *Este corazón es tuyo*. *Suerte y prosperidad*, y un guiño al recuerdo gracioso del árbol de “la corrida

rápida".

Y *amor eterno.*

Esa fue la noche que le pedí que se mudara conmigo. Habíamos hablado de ello, habíamos bromeado sobre ello. Pero quería que esto sucediera. Quería pasar mi vida con él, así que vivir juntos era un buen punto de partida.

Su contrato de arrendamiento terminaría en dos meses, por lo que había optado por no renovarlo. Le di aviso a mi unidad y juntos encontramos este hermoso apartamento de dos habitaciones.

Colgué los cinco marcos a lo largo de la pared de la entrada para que estuvieran a la vista de la cocina y la sala de estar.

Keats salió, estirando la espalda y quitándose el polvo de las manos.

—Todas tus cosas de trabajo están en la habitación de invitados —dijo. Se secó la frente con el dorso de la mano cuando notó que los marcos ya estaban colgados. —Me sonrió—. Perfecto.

—Son preciosos.

—Sí —dijo Cory rotundamente—. Pones el listón ridículamente alto para todos los demás, Keats. Tienes que detenerte.

Amon se rio entre dientes, dándole a Cory un pequeño empujón.

—¿No te miman lo suficiente?

Cory lo miró, con las mejillas sonrosadas.

—Nunca es suficiente.

Amon lo miró y estaba seguro de que si no estuviéramos allí, lo habría besado. Amon era del tipo tranquilo y reservado, aunque Cory me dijo que era muy diferente cuando estaban solos. De vez en cuando veía destellos de ese lado suyo, y se relajaba cada vez más cuando estábamos a su alrededor.

Realmente me gustaba Amon, era perfecto para Cory y tenía que preguntarme cuánto tiempo pasaría hasta que se mudaran a vivir juntos.

Esperaba que fuera pronto.

—¿Sabes qué? —dijo Keats—. Yo digo que dejemos las otras cajas por ahora. Pidamos una pizza y nos sentemos. Podemos ocuparnos del resto mañana. —Me sonrió—. Tenemos para siempre.

Mi corazón dio ese pequeño saltito tonto que daba cuando decía cosas así.

—Para siempre.

Deslizó algunas cajas de la mesa del comedor al suelo y estiró la espalda.

—No estoy hecho para el trabajo de mudanzas. Mi pobre cuerpo.

—Te daré un masaje más tarde —le dije.

Keats pidió pizza en un restaurante con horno a leña al final de la manzana y los cuatro nos sentamos en nuestro nuevo lugar, rodeados

de cajas y sonrisas… hasta que sonó el intercomunicador.

Apartamento nuevo, intercomunicadores nuevos, todo nuevo, era emocionante, si no agotador. Presioné el botón.

—¿Hola?

—Entrega para McCulloch y Acres.

Keats McCulloch y Linden Acres.

Le sonreí al escuchar nuestros nombres juntos de esa manera…

—¿Estamos esperando algo?

—Oh, mierda —dijo metiéndose un trozo de pizza en la boca y levantándose—. Déjalos subir.

Les hice pasar.

—¿Pediste algo?

—Ah, sí. Tal vez. Cuando conseguimos la fecha de mudanza. Y luego lo olvidé.

Fue hacia la puerta y, un segundo después, un hombre vestido con un mono azul empujó una caja bastante grande en un carrito. Primero vi la palabra IKEA, luego el diagrama al costado de la caja.

Era la casa gimnasio para gatos.

—Keats —susurré.

Él había firmado por la entrega y vio salir al repartidor mientras yo me quedaba allí mirando aquello.

—¿En serio?

Keats me dio un abrazo muy fuerte.

—Completamente.

Cory me dio unas palmaditas en el brazo.

—Nosotros nos vamos a ir —dijo—. Es vuestra primera noche aquí. Deberíais pasarla juntos.

Asentí, dándole un abrazo.

—Gracias por ayudarnos.

—Tendrás que devolverme el favor cuando sea mi turno —murmuró mientras nos abrazábamos.

—Muy pronto.

Se apartó, luego le dio un abrazo a Keats y antes de que Amon pudiera avergonzarse, Cory lo arrastró hacia la puerta.

Entonces nos quedamos sólo Keats y yo.

—Lo compraste —dije.

—Porque lo querías. —Me atrajo hacia él para besarme—. Siempre intentaré darte todo lo que quieras.

Me ardían los ojos pero me negué a llorar. Estaba demasiado feliz para llorar.

Keats me sostuvo la cara.

—Pensé que podríamos desembalar todo y colocarlo. Disfrutar de tener el lugar para nosotros solos por un tiempo, y luego tal vez comenzar a buscar gatos rescatados.

Asentí, esas lágrimas obstinadas finalmente ganaron la pelea.

—Bueno. —Me limpié la cara—. Te amo, Keats.

Secó una lágrima de mi mejilla.

—Te amo.

Me di un momento para disfrutar realmente de su amor.

—¿Escuchaste cómo el repartidor dijo nuestros nombres? McCulloch y Acres. Me gustó cómo sonó.

—Simplemente puse nuestros nombres en la entrega en caso de que uno de nosotros estuviera fuera.

—Creo que deberíamos poner nuestros nombres en todo.

—La factura de la luz no es tan romántica.

Me reí entre dientes y cuando lo miré a los ojos, todo lo que pude hacer fue suspirar.

—Necesitamos probar el agua caliente y la presión del agua en la ducha —dije—. Entonces podremos ocuparnos de ese masaje.



ALBÓNDIGA Y ESPAGUETI llegaron dos semanas después.

Los encontramos en la RSPCA. Dos hermanos, ambos carey, y de aproximadamente un año. No deberíamos habernos preocupado por qué nombre correspondía a cada gato.

Uno era un bicho raro. No sé cansaba, derrapaba en las esquinas y hacia parkour sobre los muebles, todo en los primeros veinte minutos de estar en casa. Definitivamente era Albóndiga.

Espagueti era más tranquilo, más refinado y miraba a Albóndiga con una resignación que sólo los hermanos podían lograr mostrar.

Se acogieron a su nuevo hogar y a nosotros, como si hubieran estado aquí con nosotros desde siempre. Les encantaba su gimnasio. Bueno, a Albóndiga le encantaba más. Espagueti prefería buscar las mejores posiciones para la siesta bajo el sol de otoño en el suelo del salón desde el amanecer hasta el atardecer.

A ambos les encantaba acurrucarse en el sofá frente al televisor con mantas. Y se adaptaron desde el principio, al igual que Keats y yo.

Así era como siempre se suponía que debía ser.

Como siempre iba a ser.

No tenía ninguna duda de que esto sería algo para siempre.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Keats en voz baja. Estábamos en el sofá, los gatos acurrucados sobre nosotros, como hacíamos todas las noches. Keats tenía su cabeza apoyada en mi hombro.

—Pensando en ti —respondí—. Sobre nosotros.

—¿Ah?

—Sí. Pensando en lo perfecto que es con estos dos. —Le rasqué a

Espagueti debajo de la oreja—. Pensando en lo perfecto que es contigo. —Besé la parte superior de su cabeza—. Pensando en para siempre.

Keats se irguió y sus ojos se encontraron con los míos.

—Para siempre, ¿eh?

Le sonreí.

—Esta es mi etapa de felicidad doméstica y papá-gato. Estoy bastante seguro de que es algo para siempre.

Keats se inclinó y me besó.

—Cien por ciento.

~FIN~

FLORIOGRAFÍA

LOS SIGNIFICADOS de las flores han cambiado con el tiempo y la mayoría de las flores tienen significados diferentes para diferentes culturas y épocas. Muchas flores tienen múltiples significados.

Algunas de las floriografías victorianas utilizadas en este libro:

- Trébol blanco – Piensa en mí
- Zarzamoras – No te sobreviviré
- Flor de durazno – Este corazón es tuyo
- Álamo blanco – El tiempo
- Guisante de olor - Placeres delicados
- Hibisco – Belleza delicada
- Mezereón – Deseo de agradar
- Narciso – Por favor, corresponde mi cariño
- Pensamiento salvaje – Piensa en mí

Nuevos significados:

- Jacinto blanco – Belleza
- Trébol blanco – Piensa en mí
- Amarilis – Increíblemente hermosa
- Rosa lavanda – Encantamiento

SOBRE LA AUTORA

N.R. Walker es una autora australiana a la que le encanta su género, el romance gay.
Le encanta escribir y pasa demasiado tiempo haciéndolo, pero no lo haría de otra manera.
Es muchas cosas: madre, esposa, hermana, escritora. Tiene chicos muy, muy guapos que viven en su cabeza, que no la dejan dormir por la noche si no les da vida con palabras.
A ella le gusta cuando hacen cosas sucias, muy sucias... pero le gusta aún más cuando se enamoran.
Solía pensar que tener gente en su cabeza hablándole era raro, hasta que un día se encontró con otros escritores que le dijeron que era normal.
Ha estado escribiendo desde entonces...

nrwalker.net







INSCRÍBETE AL BOLETÍN INFORMATIVO

Para mantenerte al tanto sobre las últimas noticias, actualizaciones, material gratuito y ventas, puedes suscribirte al boletín informativo de N.R. Walker.

REGISTRATE AQUÍ

TAMBIÉN DE N. R. WALKER

ESPAÑOL

Sesenta y Cinco Horas *(Sixty Five Hours)*

Los Doce Diaz de Navidad

Código Rojo *(Atrous Series 1)*

Código Azul *(Atrous Series 2)*

Queridísimo Milton James *(Dearest Milton James 1)*

Queridísimo Malachi Keogh *(Dearest Milton James 2)*

El Peso de Todo (*The Weight Of It All)*

Una Navidad Muy Henry

Tres Muérdagos en Raya *(Hartbridge Christmas Series #1)*

Lista de Deseos Navideños: *(Hartbridge Christmas Series #2)*

Feliz Navidad Cupido: *(Hartbridge Christmas Series #3)*

Spencer Cohen, Libro Uno

Spencer Cohen, Libros Dos

Spencer Cohen, Libros Tres

La Historia de Yanni

La Cometa

Davo

Hasta la Luna y de Vuelta

Segunda Oportunidad Al Primer Amor

Venciendo A La Lluvia

El Toque Del Rayo

En La Tempestad

Serie Chicos de la Tormenta Colección: Edición Completa

ECB

TÍTULOS EN INGLÉS

Blind Faith

Through These Eyes (Blind Faith #2)

Blindside: Mark's Story (Blind Faith #3)

Ten in the Bin

Gay Sex Club Stories 1

Gay Sex Club Stories 2

Point of No Return – Turning Point #1

Breaking Point – Turning Point #2

Starting Point – Turning Point #3

Element of Retrofit – Thomas Elkin Series #1

Clarity of Lines – Thomas Elkin Series #2

Sense of Place – Thomas Elkin Series #3

Taxes and TARDIS

Three's Company

Red Dirt Heart

Red Dirt Heart 2

Red Dirt Heart 3

Red Dirt Heart 4

Red Dirt Christmas

Cronin's Key

Cronin's Key II

Cronin's Key III

Cronin's Key IV - Kennard's Story

Exchange of Hearts

The Spencer Cohen Series, Book One

The Spencer Cohen Series, Book Two

The Spencer Cohen Series, Book Three

The Spencer Cohen Series, Yanni's Story

Blood & Milk

The Weight Of It All

A Very Henry Christmas (The Weight of It All 1.5)

Perfect Catch

Switched

Imago

Imagines

Imagoes

Red Dirt Heart Imago

On Davis Row

Finders Keepers

Evolved

Galaxies and Oceans

Private Charter

Nova Praetorian

A Soldier's Wish

Upside Down

The Hate You Drink

Sir

Tallowwood

Reindeer Games

The Dichotomy of Angels

Throwing Hearts

Pieces of You - Missing Pieces #1

Pieces of Me - Missing Pieces #2

Pieces of Us - Missing Pieces #3

Lacuna

Tic-Tac-Mistletoe - Hartbridge Christmas Series #1

Christmas Wish List - Hartbridge Christmas Series #2

Merry Christmas Cupid - Hartbridge Christmas Series #3

Bossy

Dearest Milton James

Dearest Malachi Keogh

Code Red - Atrous Series #1

Code Blue - Atrous Series #2

Davo

The Kite

Learning Curve

Merry Christmas Cupid

To the Moon and Back

Second Chance at First Love

Outrun the Rain

Into the Tempest

Touch the Lightning

TÍTULOS EN AUDIO

Cronin’s Key

Cronin’s Key II

Cronin’s Key III

Red Dirt Heart

Red Dirt Heart 2

Red Dirt Heart 3

Red Dirt Heart 4

The Weight Of It All

Switched

Point of No Return

Breaking Point

Starting Point

Spencer Cohen Book One

Spencer Cohen Book Two

Spencer Cohen Book Three

Yanni’s Story

On Davis Row

Evolved

Elements of Retrofit

Clarity of Lines

Sense of Place

Blind Faith

Through These Eyes

Blindside

Finders Keepers

Galaxies and Oceans

Nova Praetorian

Upside Down

Sir

Tallowwood

Imago

Throwing Hearts

Sixty Five Hours

Taxes and TARDIS

The Dichotomy of Angels

The Hate You Drink

Pieces of You

Pieces of Me

Pieces of Us

Tic-Tac-Mistletoe

Lacuna

Bossy

Code Red

Learning to Feel

Dearest Milton James

Dearest Malachi Keogh

Three's Company

Christmas Wish List

The Kite

Davo

Learning Curve

Merry Christmas Cupid

To the Moon and Back

Second Chance at First Love

Outrun the Rain

Into the Tempest

Touch the Lightning

EWB

LECTURAS GRATUITAS:

Sixty Five Hours

Learning to Feel

His Grandfather's Watch (And The Story of Billy and Hale)

The Twelfth of Never (Blind Faith 3.5)

Twelve Days of Christmas (Sixty Five Hours Christmas)

Best of Both Worlds

OTRAS TRADUCCIONES

Italiano

Fiducia Cieca (Blind Faith)

Attraverso Questi Occhi (Through These Eyes)

Preso alla Sprovvista (Blindside)

Il giorno del Mai (Blind Faith 3.5)

Cuore di Terra Rossa Serie (Red Dirt Heart Series)

Natale di terra rossa (Red dirt Christmas)

Intervento di Retrofit (Elements of Retrofit)

A Chiare Linee (Clarity of Lines)

Senso D'appartenenza (Sense of Place)

Spencer Cohen Serie (including Yanni's Story)

Punto di non Ritorno (Point of No Return)

Punto di Rottura (Breaking Point)

Punto di Partenza (Starting Point)

Imago (Imago)

Il desiderio di un soldato (A Soldier's Wish)

Scambiato (Switched)

Tallowwood

The Hate You Drink

Ho trovato te (Finders Keepers)

Cuori d'argilla (Throwing Hearts)

Galassie e Oceani (Galaxies and Oceans)

Il peso di tut (The Weight of it All)

Francés

Confiance Aveugle (Blind Faith)

A travers ces yeux: Confiance Aveugle 2 (Through These Eyes)

Aveugle: Confiance Aveugle 3 (Blindside)

À Jamais (Blind Faith 3.5)

Cronin's Key Series

Au Coeur de Sutton Station (Red Dirt Heart)

Partir ou rester (Red Dirt Heart 2)

Faire Face (Red Dirt Heart 3)

Trouver sa Place (Red Dirt Heart 4)

Le Poids de Sentiments (The Weight of It All)

Un Noël à la sauce Henry (A Very Henry Christmas)

Une vie à Refaire (Switched)

Evolution (Evolved)

Galaxies et Océans (Galaxies and Oceans)

Qui Trouve, Garde (Finders Keepers)

Sens Dessus Dessous (Upside Down)

La Haine au Fond du Verre (The hate You Drink)

Tallowwood

Spencer Cohen Series

Alemán

Flammende Erde (Red Dirt Heart)

Lodernde Erde (Red Dirt Heart 2)

Sengende Erde (Red Dirt Heart 3)

Ungezähmte Erde (Red Dirt Heart 4)

Vier Pfoten und ein bisschen Zufall (Finders Keepers)

Ein Kleines bisschen Versuchung (The Weight of It All)

Ein Kleines Bisschen Fur Immer (A Very Henry Christmas)

Weil Leibe uns immer Bliebt (Switched)

Drei Herzen eine Leibe (Three's Company)

Über uns die Sterne, zwischen uns die Liebe (Galaxies and Oceans)

Unnahbares Herz (Blind Faith 1)

Sehendes Herz (Blind Faith 2)

Hoffnungsvolles Herz (Blind Faith 3)

Verträumtes Herz (Blind Faith 3.5)

Thomas Elkin: Verlangen in neuem Design

Thomas Elkin: Leidenschaft in Klaren Linien

Thomas Elkin: Vertrauen in bester Lage

Traummann töpfern leicht gemacht (Throwing Hearts)

Sir

Tailandés

Sixty Five Hours (Traducción al Tailandés)

Finders Keepers (Traducción al Tailandés)

Chino

Blind Faith (Traducción al Chino)

Japonés

Bossy

Gracias por leer